EL SEMANARIO *ESTO ES: ENTRE EL DEBATE HISTORIOGRÁFICO Y* EL LANZAMIENTO DE LA HISTORIA ARGENTINA DE ERNESTO PALACIO.

Aporte documental para un estado de opinión sobre la historiografía argentina en las postrimerías del peronismo clásico.

DARÍO PULFER

2015

INDICE

Nota Introductoria ……..3

Anexos……..……..6

Anexo I. ¿Por qué NO SE ESCRIBE UNA HISTORIA NACIONAL? Debe reabrirse la polémica entre clásicos y revisionistas. Por RICARDO CURUTCHET……7

Anexo II. Entrevista a Carlos Ibarguren y Ricardo Levene…….. ……13

Anexo III. Entrevistas a Enrique de Gandía y José María Rosa……..……21

Anexo IV. Entrevistas a Manuel Gálvez y Ricardo Piccirilli……29

Anexo V. Entrevistas a Alberto Palcos y Rodolfo Puiggrós……..……35

Anexo VI. Entrevistas a José Luis Busaniche y Gabriel del Mazo……..……..42

Anexo VII. Entrevistas a Jorge Abelardo Ramos y Ricardo Zorraquín Becú ……..52

Anexo VIII. Entrevistas a Juan Canter y Vicente D.Sierra……61

Anexo IX. Entrevistas a Julio Irazusta y Alberto Erro……..70

Anexo X. LA "HISTORIA DE LA ARGENTINA" de Ernesto Palacio, corona nuestra encuesta……..79

Anexo XI. "Historia de la Argentina 1515-1938". De Ernesto Palacio (Ed.ALPE). ……86

Anexo XII. Prólogo de Historia de la Argentina de Ernesto Palacio……..87

Anexo XIII. Testimonio del editor A. Peña Lillo sobre la salida de la Historia de la Argentina de Ernesto Palacio……..93

NOTA INTRODUCTORIA.

En el año 1954 la Revista *Esto Es*[1] lanza una encuesta sobre la escritura de la historia argentina. Titula la convocatoria en los términos de una polémica entre "clásicos y revisionistas". Para ordenar el debate organiza un cuestionario al que se sometieron los autores. Unido a ello, y concluyendo la serie, se anuncia la salida de la obra *Historia de la Argentina* de Ernesto Palacio.

Creemos necesario poner a disposición de los analistas este proceso de consulta a historiadores que documenta el estado de opinión sobre la producción historiográfica en la Argentina al final del ciclo peronista.

Una lectura de los materiales permite visualizar los posicionamientos, caracterizaciones mutuas, autopercepciones, las alianzas intelectuales, las diferenciaciones políticas y el reconocimiento de la emergencia de vertientes internas al interior del revisionismo subrayado por los mismos protagonistas así como el reconocimiento de la existencia de una tradición en formación como es la de las expresiones revisionistas "socialistas" o de "izquierda". Pueden reconocerse variados antecedentes de posturas que quedaron explicitadas con mayor claridad y precisión con posterioridad al derrocamiento de Perón(línea Mayo-Caseros; Roquismo en Ramos, cortes en el revisionismo por la cuestión política y metodológica, etc).

En la convocatoria quedan excluidos de la encuesta los referentes de la izquierda clásica –socialista o comunista- y los emergentes autores que integran el círculo de Contorno.

Por las constataciones realizadas en los materiales que abordan la historiografía argentina en el período[2] no lo hemos encontrado citado de manera directa, aunque podemos inferir su manejo por parte de ciertos autores[3] .

LA REVISTA *ESTO ES* Y EL LANZAMIENTO DE LA *HISTORIA DE LA ARGENTINA* DE ERNESTO PALACIO.

---

[1] Semanario ilustrado de información general. Su estructura incluye: editorial de la dirección, notas de política nacional y referidas a Latinoamérica; reportes internacionales, cuentos, anticipos de novelas y secciones fijas de comentarios de libros, teatro, cine, música, humor. También Carta de lectores y crucigramas. Entres sus ilustradores iniciales se cuenta a Joaquín Lavado(Quino) y Garaycochea. Sale desde 1953 a 1957 con 174 números. Es del estilo de las revistas de la época *Qué*(primera época) o *De Frente*. Eran sus directores Tulio y Bruno Jacovella, de orientación nacionalista. Sufren la intervención de la revista en enero de 1956 por parte de la "Revolución Libertadora", acusados de recibir apoyos de Jorge Antonio. Ceden el sello Azul y Blanco(que tenían registrado) a Marcelo Sánchez Sorondo para el lanzamiento de la publicación. En 1957 saldrán con el semanario Mayoría.

[2] HALPERIN DONGHI, Tulio. El revisionismo histórico argentino. Bs.As., Siglo XXI, 1971. QUATTROCCHI-WOISSON, Diana. Los males de la memoria. Bs.As., Emecé Editores, 1995. DEVOTO, F.; PAGANO, N. Historia de la HistoriografÍa argentina. Bs.As., Sudamericana, 2009.

[3] Por ej. SCENNA, Miguel A. Los que escribieron nuestra historia. Bs.As., La Bastilla, 1976 o CHAVEZ, Fermin. José Luis Busaniche. Bs.As., Ediciones Culturales Argentinas, 1961. .

Como presentación general y previo a la serie de entrevistas a historiadores aparece en la Revista *Esto Es* una nota firmada por Ricardo Curutchet, del 11 de mayo de 1954, planteando el interrogante de por qué no se escribe una historia nacional con carácter integral y conforme a la actualidad y afirmando la necesidad de reiniciar el debate entre "clásicos" y "revisionistas"(Anexo I).

El proceso de entrevistas a los historiadores –Ibarguren, C., Levene, De Gandia, Rosa, Gálvez, Piccirilli, Palcos, Puiggrós, Busaniche, Del Mazo, Ramos, Zorraquín Becú, Canter, Sierra, Irazusta, Erro- se cierra con el anuncio de la publicación de la *Historia de la Argentina* de Ernesto Palacio y un reportaje al autor(Anexo X) .

Los redactores de la Revista *Esto Es* señalan que es a instancias de Gálvez y de Irazusta que se enteran de la existencia del proceso de elaboración del libro por parte de Palacio.

Palacio firma el prólogo en mayo de 1954, para la fecha que sale la primera nota en la revista y en el mismo menciona en los agradecimientos a Ricardo Curutchet Oromí.

Por otra parte, conocemos que Palacio tenía trato con Bruno Jacovella, al menos con uno de los directores de la Revista *Esto Es*, con quien había militado en las filas del nacionalismo de fines de los treinta e inicios del cuarenta además de formar parte del grupo que publicaba la Revista *Nuevo Orden* por ese entonces. En apoyo de esa línea tenemos la referencia de Arturo Peña Lillo, co-editor del libro, quien plantea un acuerdo de "difusión"(Anexo XIII).

Anexamos el Prólogo del texto de Palacio en la que se exponen varios de los motivos de su obra y que resultan coincidentes con los ejes de la encuesta y con los contenidos del reportaje que la Revista publica (Anexo XII).

Cabe subrayar que todo el proceso se desarrolla dando por sentado la inexistencia de obras generales sobre la historia nacional realizadas con carácter sintético y respondiendo a los requerimientos del momento. Ello suponía hacer caso omiso del material de Romero(*Las ideas políticas en la Argentina* de 1946); de Ramos(*América Latina un país* de 1949) y de Sierra(*Las ideas políticas en la Argentina* de 1950, aunque el mismo autor refiere a la obra en su entrevista) que llegan en todos los casos a dar cuenta –cada cual a su modo y entender- del surgimiento del peronismo.

Cerrando este ciclo se agrega una nueva nota de Curutchet ponderando el libro de Palacio(Anexo XI).

LAS ENTREVISTAS.

De manera independiente a la creación de un clima favorable a la salida de la obra de Palacio, resulta interesante rescatar el contenido de las respuestas de los entrevistados. En ellas aparecen una serie de datos y tendencias que constituyen un corte de la opinión para la época acerca de las características de la producción historiográfica y sus posicionamientos.

En cada número salen dos historiadores.

El orden de salida es el siguiente Carlos Ibarguren y Ricardo Levene(Anexo II); Enrique De Gandía y José María Rosa(Anexo III); Manuel Gálvez y Ricardo Piccirilli (Anexo IV), Alberto Palcos y Rodolfo Puiggrós (Anexo V) José Luis Busaniche y Gabriel Del Mazo(Anexo VI, Jorge A. Ramos y Juan Canter(Anexo VII), Juan Canter y Vicente D.Sierra(Anexo VIII); Julio Irazusta y Alberto Erro(Anexo IX).

Cabe acotar que excepto Canter y Puiggrós todos los demás autores son citados por Palacio en su Prólogo como perfiles significativos y contribuyentes al mejor conocimiento del pasado argentino.

En el anexo documental reproducimos las notas y entrevistas, que se constituyen en una interesante base testimonial del estado de la producción historiográfica en las postrimerías del peronismo o al menos de las percepciones que tenían sus más connotados protagonistas.

ANEXOS

ANEXO I. ¿Por qué NO SE ESCRIBE UNA HISTORIA NACIONAL? Debe reabrirse la polémica entre clásicos y revisionistas. Por RICARDO CURUTCHET. En ESTO ES. N° 24. 11 de mayo de 1954.

El debate entre los historiadores a quienes, para entendernos, llamaremos clásicos y los historiadores revisionistas de nuestro pasado se halla en una especie de "cuarto intermedio" que se prolonga alarmantemente. ¿Es sólo cesación momentánea, Tregua de Dios dialéctica para que la razón beligerante no ofenda a la Justicia, o agotamiento en la confusión de la realidad presente? Dicho sin metáfora, ¿es prudencia o debilidad?

Cualquiera sea la respuesta, lo cierto es que el tema de nuestro pasado histórico no anima por el momento la pasión del hombre de la calle. Y que el país parece como extravertido, hacia afuera y hacia el futuro. Estas dos direcciones de su espíritu pueden significar un desborde de vitalidad, pero también un desarraigo. Si lo primero, habría que ver hasta qué punto esa vitalidad implica fortaleza o solamente fuerza, o simplemente desorientación y búsqueda. Si lo segundo, estaríamos ante un peligro cierto de agostamiento por desvinculación con las raíces.

Para uno u otro supuesto es indispensable volver a la contemplación, no narcisista y estática sino crítica y dinámica, de nuestro ser histórico nacional; es indispensable "entusiasmar" nuevamente al país con el estimulante de sus savias raigales; es indispensable que los historiadores salgan de su silencio; es urgente que se reabra la polémica.

La tradición vivificante.

"El árbol se juzga por sus frutos". Es una frase, desmentida por las flores que crecen sobre las tumbas. La verdad que es mejor se lo juzga por sus raíces. Los frutos, buenos o malos, pueden ser contingentes, obra de una generación, de un grupo de hombres, de un solo hombre o de circunstancias fortuitas. Únicamente las raíces pueden dar sentido permanente al desarrollo de una comunidad histórica.

Los historiadores vienen a ser así algo muy semejante a tutores o mentores de su tiempo, especie de magos que cuidan del presente y profetizan el porvenir por adivinación del pasado.

Estos profetas son siempre necesarios. Mas sólo en la medida en que sepan transmitir en alta voz los secretos, las claves, de esa memoria histórica de la que tienen obligación de ser depositarios e intérpretes a la vez. Y esa memoria no es transmisible por vía de la acumulación ni el ordenamiento de datos y documentos, los que desde luego son indispensables para la ciencia histórica. Esa memoria se comunica con la realidad concreta solamente por el cauce ancho y rico de la tradición, corriente que viene de antes y de lejos. (Diríamos que la erudición mata y la tradición vivifica).

No es suficiente investigar –aunque muy importante- , sino incorporar los resultados a la fluente ría histórica tradicional. Y como ésta se enriquece todos los días, hace falta también una capacidad de vivencia simultánea en el pasado y en el presente. En otras palabras, el historiador cabal, el fiel

intérprete de aquella memoria, debe ser un hombre de la Patria vieja y un partícipe de su actualidad viva. Si es sólo lo primero, será un anciano; si sólo lo segundo, un niño. Lo que el país necesita son historiadores en plenitud, dueños de potente voz.

Luchan dos viejas fuerzas.

Esa necesidad es permanente, pero hay momentos en que se agudiza. Este es uno de ellos, porque la Argentina ya no es la comunidad histórica homogénea de hace cincuenta años, obediente en líneas generales a una sola tradición, aun en los períodos en que la negaba. Ahora es un recinto abigarrado y abierto a todas las influencias, diversificado y febril. Si creyéramos que nada más que lo nuevo tiene fuerza dentro de ella, nos resignaríamos tal vez a ser testigos de su nueva fundación. Sin embargo, nos parece evidente que los aportes humanos hechos por setenta años de inmigración, si bien tienen un enorme dinamismo social, carecen de fuerza histórica propia y no intentan de "propósito" modificar nuestra fisonomía. Y también nos parece que las viejas líneas históricas de nuestro pasado están todavía muy vivas y deseosas de abrirse nuevos cauces por la tierra blanda del presente argentino.

No hay una sola fuerza política nacional que no sea sensible al influjo de esas líneas constantes, las que en último análisis se reducen a dos. No obstante, ninguna de las dos tiene primacía en este momento. Y el país espera en un estado de indefinición que le tiene "extrañado" de sí, como vacío de lógica histórica.

Esto, claro está, es sólo aparente, pero configura una posición de ánimo sumamente peligrosa.

¿Cuál es la causa de este fenómeno de desentrañamiento y desencuentro? No hay una sino muchas, pero entre ellas creemos que es especialmente importante **la falta de una versión orgánica, completa y coherente de la historia nacional argentina que satisfaga nuestra actual experiencia histórica y responda con eficacia a sus interrogantes**.

El esquema dogmático.

"La historia significa la aspiración de una cultura a entender el sentido de su pasado y a dar a esté una forma", dice Huizinga.

El sentido del pasado nacional fue objeto de interpretaciones tendientes a darle una forma liberal acorde con los presupuestos ideológicos y los arquetipos mentales de quienes las formularon.

Estos fueron a su vez protagonistas del drama histórico argentino en el preciso momento en que tenía que representarse el desenlace de los actos anteriores. Actores hasta ese momento, desempeñaron rápidamente su papel, corrieron por el foro a sus oponentes y saltaron solos a la platea para escribir el último acto y hacer el juicio crítico de la totalidad de la obra. Y como es hasta cierto punto natural, la dieron por definitivamente concluida y juzgada.

El representante más expresivo de esta suerte de actores victoriosos, y autocríticos de un final escrito por encargo de las circunstancias, fue Vicente Fidel López, el inteligente compañero de

Alberdi y Echeverría en la fundación de la Asociación de Mayo, maestro de escuela en Chile con Sarmiento, parlamentario dialéctico y brillante, autor de novelas románticas y ensayos históricos, y de la apasionada y apasionante "Historia de la República Argentina, su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852", publicada en diez volúmenes.

El "Manual" que de dicha obra escribiera para la enseñanza escolar, se cierra con cuatro párrafos densos en los que se halla contenido el pensamiento liberal de su generación. En el primero hace la apología del "régimen de gobierno culto y nacionalmente centralizado". En el segundo declara que la capitalización de Buenos Aires corona gloriosamente la Constitución del 53 y que "no hay ya para qué descender a los detalles accidentales con que se llegó a ese resultado". En el tercero da por terminada la tarea de organizar la nación y lo expresa con estas palaras de inequívoco sentido finalista, casi mesiánico: "La obra relativa de los hombre sy de las generaciones que se sucedan en la serie de los tiempos consistirá en perfeccionar la verdad y la vitalidad de las funciones administrativas y de los actos electorales…". En el cuarto entona un himno a la Constitución y al Progreso, cuyos resultados y símbolos vivos eran para él el aumento de la población, las vías férreas, los caminos vecinales, el comercio, el crédito y la europeización de la cultura.

Estos párrafos quieren decir, respectivamente: despotismo ilustrado, subestimación y superación del pasado, dogmatismo constitucional y democrático, fe mercantilista en el futuro.

Sobre tales pivotes asentó su interpretación del país y de su cultura y tendió las líneas de un esquema histórico que aún tiene influencia en el pensamiento argentino.

Las esencias vivas.

A pesar de ello, los principios, los mitos, en que dicho esquema está fundado no tiene un vigor histórico correspondiente al fresco prestigio de éste. Es innecesario y fuera de oportunidad aquí tratar de demostrarlo.

¿Cuál es entonces la causa de esa supervivencia del esquema sobre la quiebra de sus principios sustentadores?

La circunstancia de que frente a aquella concepción orgánica de la historia argentina, concepción plasmada sobre un coherente sistema de ideas, sistema de ideas que parecía definitivamente promulgado por los hechos, no se ha levantado una estructura interpretativa igualmente orgánica, igualmente coherente e igualmente eficaz.

Sin embargo, el aparato crítico necesario existe desde hace largo tiempo. Comenzaron a montarlo espontáneamente los acontecimientos políticos mismos subsiguientes a aquella explosión de fe liberal, sincera, infautada e ingenua.

Bien pronto se vio que el régimen de "centralismo culto" era capaz de gobernar técnicamente a la nación, pero no de encauzarla hacia el logro de la totalidad de su destino histórico; que el país real no se acomodaba a las fórmulas principistas impuestas a fuerza de "rémington" e ilustración; que los "detalles accidentales" a los cuales no había "para que descender" –según la frase de López-

eran esencias vivas de la Patria que pugnaban por florecer de nuevo; que la armazón jurídica del 53 crujía peligrosamente; que el progreso indefinido se detenía bruscamente en crisis convulsivas y frustradas. El propio López, como ministro de Hacienda en el noventa, hubo de intentar la represión del pánico financiero.

Paralelamente a los acontecimientos, se despertó la intuición poética nacional que sigue una línea desde José Hernández a Lugones, y se alzaron acentos críticos en la voz de escritores políticos como Guido Spano y Magnasco, de financistas como Terry, de jurisconsultos como Zeballos, de políticos del Valle, Alem e Yrigoyen, de historiadores como Ernesto Quesada y Adolfo Saldías.

La demolición constructiva.

Todo este gran movimiento en procura del reencuentro del país con los valores de su memoria histórica, con su línea tradicional, suscitó una pujante corriente revisionista del pasado.

Desde distintos ángulos de apreciación política y aun ideológica, acudieron a la lucha en el campo de la especulación histórica hombres de distinta procedencia: Carlos Ibarguren, Manuel Gálvez, Ricardo Caballero, Gabriel del Mazo, Julio y Rodolfo Irazusta, Ernesto Palacio, José María Rosa, Raúl Scalabrini Ortiz. Ricardo Font Ezcurra, Diego Luis Molinari, Martín Gras, Alberto Ezcurra Medrano. Algunos de ellos se agruparon en el Instituto de Investigaciones Históricas "Juan Manuel de Rosas". Otros batallaron desde la tribuna política o periodística. Otros, como Jorge Abelardo Ramos o Rodolfo Puiggrós, desde el punto de vista del materialismo histórico.

Puesto que era una lucha polémica y violenta, los defensores de aquella concepción liberal impugnada apretaron filas. Ricardo Levene, Arturo Capdevilla, Ricardo Rojas, Enrique de Gandia, Ricardo Piccirilli, Alberto Palcos, Ricardo Caillet Bois y tantos otros, hicieron frente a los "demoledores radicales". Junto a los "clásicos" también pueden incluirse los nombres de dos marxistas-stalinistas, Luis V.Sommi y Juan José Real, quienes aceptaron con curioso conformismo oficialista el esquema aludido.

Y hubo debate, diálogo y pasión. Como tiene que ser cuando se lucha por ideas vivas. El entusiasmo trascendió de las esferas especializadas a la calle y de ésta penetró en los clubes, en los partidos políticos y en los hogares. El tema del pasado en relación con el presente y el futuro sacudía los ánimos. Varias generaciones de argentinos hurgaban las raíces de la Patria y trataban de reencontrar la línea de la lógica histórica nacional.

Por un futuro con raíces.

Desde hace un tiempo este fecundo fragor ha cesado. Los contendientes han envainado sus armas y ya no hay gritos de guerra en el campo de la historia argentina.

Sin embargo, no se ha librado aún la batalla que decida la suerte final de tantas gloriosas escaramuzas; no se ha escrito el libro integral que permita ratificar o sustituir el boceto clásico-liberal diseñado hace más de setenta años. Y el país, que desde los valiosos estudios de Mitre cuenta con brillantes monografías y ensayos sobre aspectos parciales de su pasado, carece todavía

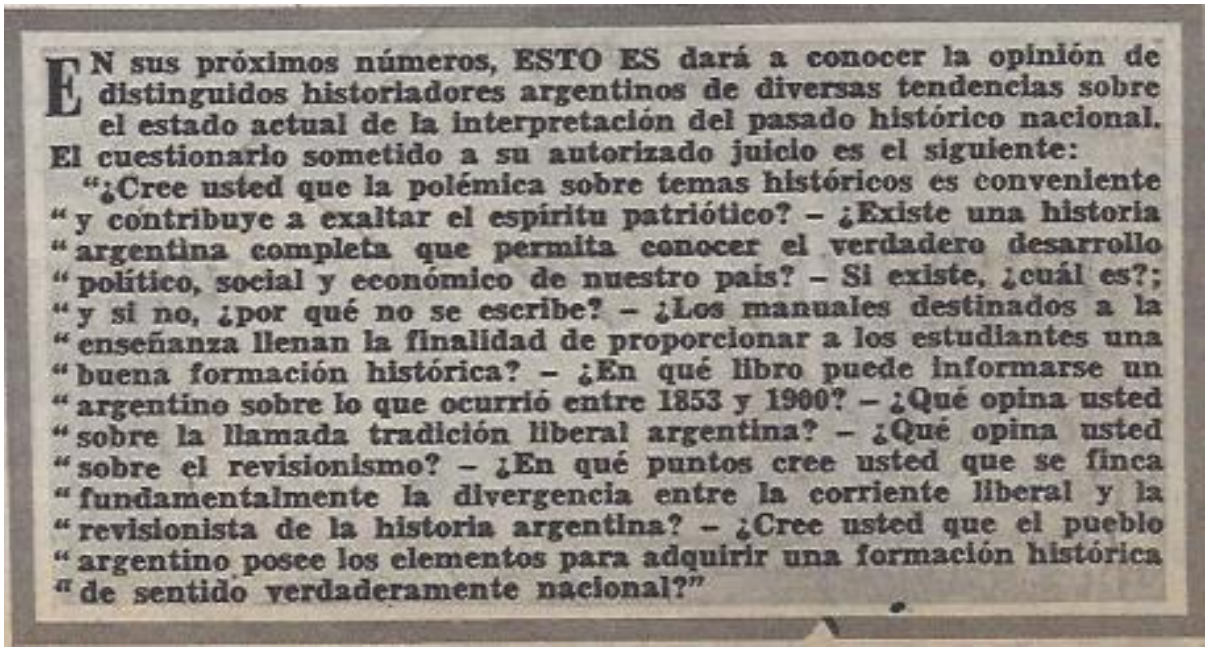
de la obra que, ya sea desde un punto de vista clásico o revolucionario, liberal o tradicionalista, lo analice uniforme y totalmente y satisfaga nuestra actual experiencia histórica.

Dice Berdiaeff que “si el individuo humano no pudiera asimilar la experiencia histórica sería verdaderamente un ser vacío, lamentable y perecedero”. ¡Claro!, tendría que recrear todos los días su propia existencia para no morir. Pero esa experiencia, que, equivocándose o no , pero con sana intención patriótica, recogió en su momento López, ha continuado dictando sus lecciones y nosotros también debemos recogerla.

¿Qué se opone a ello? ¿Pueden darse acaso por cerrados los interrogantes abiertos cuando se inició el debate? ¿Tienen los revisionistas dificultades especiales para substituir el esquema liberal, todavía imperante, por una nueva visión de la historia argentina? ¿Creen los historiadores clásicos que el revisionismo no ha conmovido ni los cimientos ni la estructura de la versión dada por Mitre, López y sus continuadores? ¿Qué valor se asignan mutuamente ambas tendencias?

Pensamos que las páginas de ESTO Es pueden dar cabida a las correspondientes respuestas. Y que ellas implicarían un importante aporte común a la integración del presente argentino en vista de un futuro nacional con auténtica raigambre histórica.

Nota 1: En la parte final reproduce el siguiente cuestionario:



EN sus próximos números, ESTO ES dará a conocer la opinión de distinguidos historiadores argentinos de diversas tendencias sobre el estado actual de la interpretación del pasado histórico nacional. El cuestionario sometido a su autorizado juicio es el siguiente:

“¿Cree usted que la polémica sobre temas históricos es conveniente “y contribuye a exaltar el espíritu patriótico? – ¿Existe una historia “argentina completa que permita conocer el verdadero desarrollo “político, social y económico de nuestro país? – Si existe, ¿cuál es?; “y si no, ¿por qué no se escribe? – ¿Los manuales destinados a la “enseñanza llenan la finalidad de proporcionar a los estudiantes una “buena formación histórica? – ¿En qué libro puede informarse un “argentino sobre lo que ocurrió entre 1853 y 1900? – ¿Qué opina usted “sobre la llamada tradición liberal argentina? – ¿Qué opina usted “sobre el revisionismo? – ¿En qué puntos cree usted que se finca “fundamentalmente la divergencia entre la corriente liberal y la “revisionista de la historia argentina? – ¿Cree usted que el pueblo “argentino posee los elementos para adquirir una formación histórica “de sentido verdaderamente nacional?”

Nota 2: El texto va acompañado de imágenes de Mitre(“El general don Bartolomé Mitre, a cuya labor historiográfica se deben varias obras y estudios muy valiosos”); López(“Vicente Fidel López, ilustre historiador, jurisconsulto y hombre público, cuyo esquema del pasado tiene aún una muy poderosa influencia”); Levene(“Ricardo Levene, laborioso investigador y publicista. Es catedrático de derecho, presidió la Academia y dirigió su monumental Historia Argentina”); Saldías(“Adolfo Saldías, historiadores, político y autor de importantísimos trabajos históricos. Tejedorista y radical,

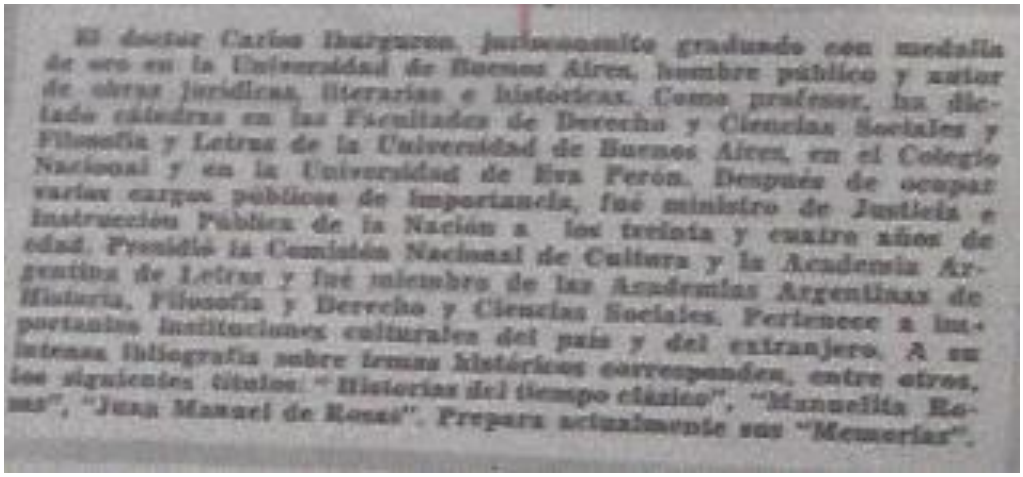
fue ministro de don Bernardo de Irigoyen”), Quesada(“Ernesto Quesada, eminente polígrafo y autor de valiosos ensayos sobre la época del general don Juan Manuel de Rosas y de nuestras guerras civiles”), Irazusta(“Julio Irazusta, ensayista e historiador y uno de los más calificados “revisionistas” de nuestro acervo histórico”).

Nota 3: Se agrega una imagen de Rosas(”Rosas, recia figura argentina a cuyo alrededor centraron su ardorosa polémica clásicos y revisionistas”).

ANEXO N° 2. Entrevista a Carlos Ibarguren y Ricardo Levene. En ESTO ES N ° 26. 25 de mayo de 1954.

Foto

Recuadro:



El doctor Carlos Ibarguren, jurisconsulto graduado con medalla de oro en la Universidad de Buenos Aires, hombre público y autor de obras jurídicas, literarias e históricas. Como profesor, ha dictado cátedras en las Facultades de Derecho y Ciencias Sociales y Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en el Colegio Nacional y en la Universidad de Eva Perón. Después de ocupar varios cargos públicos de importancia, fué ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación a los treinta y cuatro años de edad. Presidió la Comisión Nacional de Cultura y la Academia Argentina de Letras y fué miembro de las Academias Argentinas de Historia, Filosofía y Derecho y Ciencias Sociales. Pertenece a importantes instituciones culturales del país y del extranjero. A su intensa bibliografía sobre temas históricos corresponden, entre otros, los siguientes títulos: "Historias del tiempo clásico", "Manuelita Rosas", "Juan Manuel de Rosas". Prepara actualmente sus "Memorias".

-Cree usted que la polémica sobre temas históricos es conveniente y contribuye a exaltar el espíritu patriótico?

-Toda polémica sobre temas históricos es conveniente, porque deja cómo resultado para los estudiosos muchos elementos de juicio aclaratorios para discernir dónde está la verdad. La discusión y el análisis de los acontecimientos pasados y de las personalidades que actuaron en ellos exalta, sin duda, el espíritu patriótico porque al penetrar en la existencia argentina de otros tiempos y evocarla nos convencemos de que ella ha engendrado a la que hoy vivimos e influye decisivamente en ésta, de que hay una continuidad en la línea histórica de un pueblo, no obstante las evoluciones que puedan alterar en apariencia su fisonomía. Esa línea histórica está nutrida e impulsada por los factores entrañables de ese pueblo, que arraigan en su espíritu y lo caracteriza. Ese espíritu , transmitido de padres a hijos, forma, a través de las generaciones, la tradición nacional, y su recuerdo, así como su culto, realza el patriotismo. La Nación que ahoga su espíritu pretendiendo transformarlo y reniega de su pasado, pierde su línea y sale de su historia para convertirse en un conglomerado sin alma, unida solamente por intereses materiales y circunstanciales.

-¿Existe una historia argentina completa que permita conocer el verdadero desarrollo político, social y económico de nuestro país?

-No existe. Se ha escrito únicamente la historia de algunas épocas y de ciertos próceres que actuaron en ellas. Se han publicado numerosas monografías sobre temas y aspectos de algún período, nada más. ¿Por qué no se escribe? Sería muy interesante escudriñar las causas de esa falta de historia argentina completa. Nuestros dos historiadores clásicos, Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre, han abarcado en sus obras de historia argentina sólo de un período limitado. El doctor López, en los diez tomos de su Historia termina en el año 1828. El general Mitre, que trata la historia a través de la acción de Belgrano en una obra y de San Martín , en otra, se detiene en la primera en el año 1820, en que muere Belgrano y la segunda en 1823, cuando San Martín se ausenta a Europa, no estudia nuestros héroe en sus veintisiete años de expatriación. ¿Por qué se detuvieron, el uno en 1818 y el otro en 1823? ¿Por no tratar la época de Rosas, que se prolongó de 1829 a 1852? Quizás estos historiadores que fueron enconados enemigos de Rosas y lo atacaron encarnizadamente, no quisieron tratar una época contra la que combatieron con saña.

--¿Los manuales destinados a la enseñanza llevan la finalidad de proporcionar a los estudiantes una buena formación histórica?

-Los manuales destinados a la enseñanza –conozco solamente algunos- no llenan, a mi juicio, la finalidad de proporcionar a los estudiantes una buena formación histórica. Se reducen a enumerar sumariamente los principales acontecimientos políticos y militares sin explicar su significado ni su trascendencia. Además están inspirados en el criterio político dominante cuando se escribieron y recogen los ecos de las pasiones consiguientes.

Ningún libro proporciona a los argentinos en forma integral la historia de lo ocurrido entre los años 1853 y 19000.

-¿Qué opina usted sobre la llamada tradición liberal argentina?

-La tradición liberal en la historia o mejor dicho la corriente liberal en la Argentina, como el romanticismo político-democrático, como el liberalismo burgués materialista, como el laicismo hostil a la religión y a la Iglesia Católica, han sido fenómenos difundidos en Europa en todo el siglo XIX –efectos de la Revolución Francesa- y en las dos primeras décadas del XX hasta fin de la guerra mundial de 1914 a 1916, cuyas consecuencias produjeron un vuelco en las concepciones políticas y sociales, e iniciaron las revoluciones soviética, fascista y nazi, todas ellas destructoras del liberalismo político.

La tradición liberal en la historia argentina, sostenida desde los comienzos de la Revolución de Mayo de 1810 por una minoría metropolitana, pugnó con el sentimiento popular de las provincias. Los unitarios, ideológicamente liberales y políticamente centralistas, fueron vencidos por los federales enemigos del liberalismo, de la influencia europea y del centralismo bonaerense. Rosas, caudillo principal del país durante un cuarto de siglo, levantó la bandera federal, luchó conduciendo a las masas populares porteñas y provincianas con éxito contra el liberalismo dominante en el mundo y guerreó contra las grandes potencias extranjeras que intentaron someter a su protectorado a la Confederación Argentina. La reacción representada y dirigida por Rosas, fue esencialmente antiliberal, antieuropea, tradicionalista y nacionalista., manteniéndose victoriosa aquí durante el período en que triunfaba en Europa el liberalismo romántico de la revolución de 1830 y el burgués materialista y social de 1848. Después de la caída de Rosas en 1852, la corriente política liberal dominó en la Argentina el fin de la primera guerra mundial, momento en que comenzó a estremecerse los pueblos con las revoluciones que hasta hoy agitan al mundo.

-Qué opina usted sobre el revisionismo? ¿en qué puntos cree usted que finca fundamentalmente la divergencia entre la corriente liberal y la revisionista de la historia argentina?

-El revisionismo argentino es, a mi juicio, una reacción contra la forma cómo se han presentado los hechos en la historia llamada “oficial”, o sea la que obedece a la inspiración política del liberalismo del partido triunfante, sobre todo después de la batalla de Caseros, y sobre la interpretación de esos hechos históricos. El punto principal de divergencia gira alrededor del juicio que el criterio liberal ha pronunciado y pronuncia sobre Rosas, su época y la interpretación de la misma. Las nuevas generaciones, principalmente los hijos de la inmigración que no recibieron en herencia la pasión política que agitó a los viejos hogares argentinos, querían conocer la verdad acerca de Rosas y su época, tan combatida por la historia “oficial”. Ello me determinó, hace treinta y dos años, en 1922, a dictar un curso sobre Rosas en la Facultad de Filosofía y Letras, donde enseñaba Historia Argentina, en el que estudié a fondo y con imparcialidad a ese período histórico y al personaje que lo gobernaba. Ese curso, que inicié ante un pequeño grupo de alumnos, despertó tan vivo interés que a las pocas conferencias tuve que trasladar la cátedra al gran salón de actos públicos, el que resultó estrecho a la concurrencia, que asistía en número tan considerable que rebazaba del salón a los pasillos. Después de cada conferencia la gente comentaba en la galería, al salir, los puntos tratados, y los discutía con calor. Ese curso fue el fundamento de mi libro “Juan Manuel de Rosas: su vida, su drama, su tiempo”, que salió a luz en 1930, del que se han publicado

en doce ediciones más cien mil ejemplares, sin contar con las fraudulentas impresas en Chile. La razón de ese interés en el público radica en que la revisión sobre este punto histórico de la historia "oficial" he procurado explicar a esa personalidad y a su época, sin hacer apología y mostrar la verdad documentada, con todos los aspectos encomiables y vituperables del hombre y del momento. El legado que hizo San Martín a Rosas de su espada libertadora –que los historiadores liberales apenas mencionan y pasan como sobre ascuas sobre este hecho- explica una faz de la acción de Rosas en defensa de la independencia y la soberanía argentinas frente a las grande potencias europeas que le declararon la guerra.

-¿Cree usted que el pueblo argentino posee los elementos para adquirir una formación histórica de sentido verdaderamente nacional?

-El pueblo argentino no pone posee hoy los elementos para adquirir su formación histórica en sentido verdaderamente nacional, porque no se le ha proporcionado una historia completa nuestra que le permita conocer bien su formación y su evolución, dentro de su línea histórica. Por otra parte, los estudios parciales escritos sobre períodos determinados no comprenden integralmente a toda la Nación, sino que han sido contempladas especial y principalmente desde Buenos Aires, sin penetrar en la vida de las provincias ni concordarlas entre sí en su significación y desarrollo, ni relacionar las vicisitudes y evoluciones de su pasado con el de la metrópoli. Las divergencias y la lucha entre Buenos Aires y las provincias constituyen el eje en derredor del que ha girado la historia política y económica argentina desde la Revolución de Mayo hasta la Revolución de 1880, en que la rica ciudad de los porteños fue nacionalizada para convertirse en la Capital de todos los argentinos. Este aspecto de nuestra historia no ha sido estudiado.

RICARDO LEVENE

Recuadro:

El doctor Ricardo Levene, abogado, catedrático, publicista e historiador. Profesor en Colegios Nacionales y en la Escuela Superior de Guerra, ejerció su magisterio universitario en las Facultades de la Universidad de Buenos Aires y en la de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de Eva Perón, de la que fué presidente en dos períodos. Actualmente, y desde hace largos años, es titular de Introducción a las Ciencias Jurídicas y Sociales en la primera de las citadas casas de estudios. Presidió varios congresos de historia y la Academia Nacional de Historia, cuya "Historia de la Nación Argentina" dirigió, así como la "Historia de América" y la "Historia de la Provincia de Buenos Aires y formación de sus pueblos". Fundador y Director del Archivo Histórico de este último Estado. Académico de derecho, Filosofía y Ciencias Económicas, autor de numerosísimas obras y laureado en el país y en el extranjero.

Foto:

-¿Cree usted que la polémica sobre temas históricos es conveniente y contribuye a exaltar el espíritu patriótico?

-Considero que las polémicas en general entre hombres de pensamiento y de ciencia revelan la cultura de un pueblo cuando se discuten los problemas con amor a la verdad.

La historia es una ciencia del espíritu, documental y crítica y las polémicas entre historiadores, no sólo revelan el nivel de una cultura general, como he dicho, sino que contribuyen a proyectar luz en la noble tarea de la restauración del pasado.

Entre nosotros, las polémicas históricas de Mitre con Velez Sársfield(1865) y con López(1881-1882) y de Pablo Groussac con Norberto Piñeiro(1896) abarcaron cuestiones fundamentales e ideas directrices de la investigación y crítica histórica, y aunque en esta última se exteriorizaron algunos juicios apasionados las divergencias resultaron fecundas para el progreso de la ciencia histórica argentina.

Nuevas polémicas se han producido después y continuarán manifestándose otras más, porque son inherentes al desarrollo del saber histórico.

Además de lo expuesto, las polémicas históricas exaltan el espíritu patriótico, y en mucho ayudan a hacer de la historia una ciencia social. El hombre contemporáneo actúan en el seno de una vida intensa y agitada y con el espíritu lúcido siente ansias por una ciencia histórica –la maestra de la vida en la concepción clásica- para comprender el pasado y explicar el presente, como lo demuestra la abundante bibliografía mundial en obras históricas.

El pueblo argentino siente y se apasiona por su historia, que no puede ser escrita sino con el esfuerzo sostenido y solidario de las generaciones.

Los hechos históricos se suceden, no se repiten, y la historia es irreversión, y de ahí su constante superación. Hay una Historia eterna que viene a nosotros como fundamento de un orden estable y da justicieramente a los pueblos y a sus hombres representativos una nueva vida en la posteridad.

-¿Existe una historia argentina completa que permita conocer el verdadero desarrollo político, social y económico de nuestro país?

-Para contestar esta pregunta se debe reconocer, en primer término, en honor a la verdad, que la Argentina figura entre las naciones que han tenido y tienen extensa e intensa cultura histórica. Desde los puntos de vista de la investigación y la síntesis, la tara ha sido llevada a cabo por altos valores individuales y por instituciones científicas y culturales, y entre estas últimas, la Academia Nacional de la Historia, los Institutos de Investigación de las Universidades, los Archivos Históricos de la Nación y las Provincias, las Juntas de Historia del interior del país o instituciones de extensión cultural.

Precisamente la Academia Nacional de la Historia, fundada por el eminente historiador Mitre, ha publicado la Historia de la Nación Argentina, en 10 volúmenes(14 tomos) desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862, conforme a un plan, concebido con pensamiento histórico y filosófico a la vez, que abarca el proceso genético de nuestra sociedad desde la época más antigua y las manifestaciones políticas, económicas, culturales, militares, religiosas, así de la Nación como de las provincias y el significado del factor heroico en nuestra Historia. Corresponde anotar la circunstancia de que la "Historia de la Nación Argentina" está escrita por investigadores o estudiosos representativos de la anterior y la nueva generación, maestros consagrados y jóvenes con vocación en la materia. Lo importante en obras de esta naturaleza, construidas principalmente con aportes originales, es asegurar el estudio en las fuentes del saber, y para lograrlo dicha labor se debe realizar detenida y serenamente, en archivos, bibliotecas y museos. Falta editar el "Manual" en dos volúmenes y el "Atlas histórico y geográfico".

El eminente historiador francés M.Andrés Fugier escribió un juicio sobre la "Historia de la Nación Argentina", en el que dijo que había sido posible realizar esa publicación "porque el país estaba mauro para producir ese monumento de ciencia histórica. Después de generaciones que han trabajado, es la escuela actual, heredera de sus esfuerzos, la que ha sido capaz de hacer la obra".

En la actualidad se ha emprendido la redacción de la Historia Nacional como en la Argentina, en varios Estados de la América Latina, por la unión de las inteligencias dedicadas a los estudios históricos.

-¿En qué libro puede informarse un argentino sobre lo que ocurrió entre 1853 y 1900?

-Contesto esta pregunta comenzando por manifestar que no son muchos los historiadores argentinos especializados en nuestra Historia contemporánea. El hecho se explica porque todos los esfuerzos se consagraron a la investigación desde los orígenes hispano-indígenas hasta Rosas.

Mucho se ha logrado ya en el conocimiento de las etapas anteriores a 1853 y ahora será posible emprender sistemáticamente el estudio de la segunda mitad del siglo pasado y de la primera mitad del siglo XX argentinos.

Los historiadores norteamericanos tiene especial preferencia por la crónica y explicación de la historia contemporánea y así me lo manifestaba mi ilustre colega el historia William Spencer Robertson autor de la vida de Miranda.

Para promover el conocimiento de la Historia Argentina después de 1853 se impone incorporar esa enseñanza en los planes de estudio de las facultades de Filosofía y Humanidades y dar comienzo a la importante tarea de ordenación del acervo documental de esa época en los Archivos de la Nación y las provincias.

-¿Qué opina usted sobre el revisionismo?

-Esta pregunta se contesta con la anterior, sobre la tradición liberal argentina, porque considero que todas las corrientes del pensamiento –clásicas o modernas- tienen su alta significación cuando sus representantes emprenden la labor con un ideal histórico exclusivamente, es decir, sin pasión partidaria por supuesto, aún más, con la pasión por la verdad misma, que es el lema del historiador de buena fe, consagrado a la tarea en la dimensión de su vida porque estima demasiado su calidad de historiadora para asumir otra conjuntamente, como escribió Taine.

Nadie que cultive la historia con espíritu científico en busca de la verdad, puede oponerse a la revisión histórica.

En estado de constante revisionismo, con sentido constructivo y crítico, se encuentran igualmente las ciencias de la naturaleza y del hombre.

Al organizar y dirigir la Comisión Revisora de Textos de Historia y Geografía Americana y Nacional hace un cuarto de siglo, dije que la palabra “revisión” nos guiaría en la labor de intensificación del estudio del pasado para resolver problemas de forma y de fondo, limpiar el lenguaje de palabras mortificantes y corregir el criterio unilateral que desfigura los valores históricos.

Esa obra de la Comisión Revisora de Textos de la Argentina, concretada en ideas directrices para la investigación científica y para la enseñanza, fue patrocinada por la Academia Nacional de la Historia, que ha practicado muy sinceramente el revisionismo histórico.

Ahí están como ejemplos de ello, la nueva valoración sustentada sobe la época hispánica que destruye la leyenda negra o del oscurantismo y la leyenda roja o de los crímenes de España en Indias; la interpretación genética y predominantemente vernácula del proceso que conduce a la Revolución de Mayo; la moderna teoría sobre el caudillismo como fenómeno social, que ha dado impulso al movimiento de la opinión pública a favor de los caudillos Artigas, López, Bustos, Heredia; los volúmenes dedicados en la “Historia de la Nación Argentina a la época de Rosas y el estudio intensivo de la Historia de las Provincias y Territorios Nacionales y las investigaciones

llevadas a cabo por el Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires sobre la Historia de sus Pueblos.

La Academia aprobó por unanimidad de votos una declaración conforme a la cual las instituciones dedicadas a los estudios históricos existentes en el país vienen realizando una seria labora de investigación y crítica histórica.

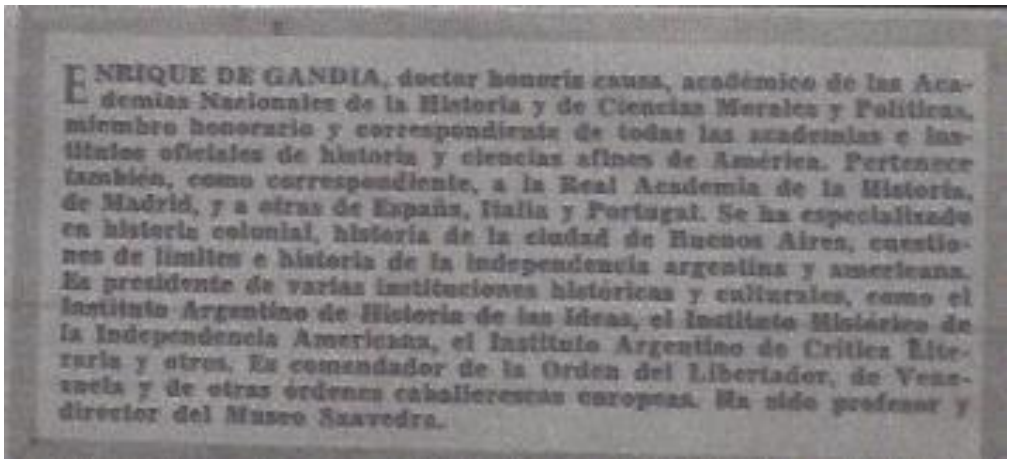
-¿Cree usted que el pueblo argentino posee los elementos para adquirir una formación histórica de sentido verdaderamente nacional?

-Ya dije que nuestro pueblo siente y ama la Historia Argentina, disciplina que es formativa de la nacionalidad. El método comparativo sobre la filiación propia de las instituciones y el desarrollo de instituciones análogas en otros pueblos, relaciona el pasado con el presente a la luz de los acontecimientos del proceso histórico.

De los estudios intensivos sobre el pasado argentino han resultado robustecidos el concepto de la personalidad de nuestra historia, que está unido al sistema de la civilización americana y universal; la fe en nuestros grandes destinos que mucho ha influido para vigorizar la Nación y estructurar el organismo político del Estado y el amor a las instituciones republicanas, fiel a la tradición de mayo.

ANEXO N ° 3. Entrevistas a Enrique de Gandía y José María Rosa. En ESTO ES N° 27. 1 de junio de 1954.

Recuadro.



ENRIQUE DE GANDIA, doctor honoris causa, académico de las Academias Nacionales de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas, miembro honorario y correspondiente de todas las academias e institutos oficiales de historia y ciencias afines de América. Pertenece también, como correspondiente, a la Real Academia de la Historia, de Madrid, y a otras de España, Italia y Portugal. Se ha especializado en historia colonial, historia de la ciudad de Buenos Aires, cuestiones de límites e historia de la independencia argentina y americana. Es presidente de varias instituciones históricas y culturales, como el Instituto Argentino de Historia de las Ideas, el Instituto Histórico de la Independencia Americana, el Instituto Argentino de Crítica Literaria y otros. Es comendador de la Orden del Libertador, de Venezuela y de otras órdenes caballerescas europeas. Ha sido profesor y director del Museo Saavedra.

Foto

¿Cree usted que la polémica sobre temas históricos es conveniente y contribuye a exaltar el espíritu patriótico?

Sí, creo en forma rotunda. Sólo lo niegan o rehuyen los fariseos de la historia, los que temen que deshagan leyendas y errores y pierdan autoridad sus obras o las que ellos continúan. Están en

contra de estas polémicas los que saben que van a perderlas o, por odios contra la gloriosas España, quieren que se siga enseñando mentiras y calumnias. La verdad nunca debe ser rechazada. Los verdaderos argentinos no debemos reverenciar a figuras no lo merecen. Las juventudes deben saber quiénes han hecho realmente Patria y en qué consiste el nacionalismo. Todo esto lo aclaran las polémicas y lo ponen en vista para que nadie lo ignore. El espíritu patriótico debe ser exaltado con verdades y con el auténtico conocimiento de los ideales que han creado nuestra nación y nuestra nacionalidad.

¿Existe una historia argentina completa que permita conocer el verdadero desarrollo político, social y económico de nuestro país?

Aunque existieran muchas, yo diría que siempre hace falta una mejor. En realidad no hay una obra que reúna, a fondo, todos esos aspectos. El ensayo más completo, en un solo tomo, es el que yo escribía con más de mil páginas, titulado "Historia de la República Argentina en el siglo XIX", y editó la casa Estrada. Lleva dos ediciones y se prepara la tercera. La Editorial Sopena ha hecho una reedición de vieja historia de Vicente Fidel López. La gran historia que publicó la Academia Nacional de la Historia se detiene en el año 1863. Un grupo de amigos historiadores estamos preparando, en dos tomos, una historia argentina en que se estudiarán esos aspectos en grandes síntesis.

¿Por qué no se escribe? La gran historia argentina, que podríamos llamar integral, no se escribe porque hay dificultades de orden técnico y de orden ideológico. Muchos hechos aun no los sabemos en forma definitiva. Otros no se quiere o no se puede decirlos. Hay enseñantes que se escandalizan de cualquier novedad. Cuando demostré el exacto lugar en que se fundó la primera Buenos Aires, muchos estudiosos me pidieron que no lo probase porque contradecía la opinión de un eminente historiador fallecido que había dicho lo contrario. Cuando comencé a publicar las extraordinarias memorias del general Tomás de Iriarte llovieron los ruegos y las amenazas para que las siguiese manteniendo en secreto, ocultas, envueltas en fábulas y calumnias. Cuando a demostrar que Martín de Alzaga, en ver de ser un traidor, como aun se enseña en tantos manuales, fue el precursor de la independencia argentina, más de un historiador quiso exigirme que suspendiera esos estudios porque contradecían las versiones corrientes. Ahora estoy empeñado en explicar los verdaderos orígenes de la independencia americana yt tengo que combatir contra incontables tradicionalistas empeñados en sostener que la independencia se hizo por el odio de los criollos a sus padres españoles y no por noble amor a un sistema de gobierno liberal. La ignorancia, las supersticiones históricas y verdaderos caprichos de escritores hacen que la historia pague el pacto y se mantengan atrasada en más de un siglo en muchos aspectos. Por eso no es posible lanzar una historia argentina realmente crítica y superior. Por otra parte, los costos de ediciones están cada vez más elevados y son pocos los editores que podrían hacer frente a una publicación voluminosa.

¿Los manuales destinados a la enseñanza llevan la finalidad de proporcionar a los estudiantes una buena formación histórica?

No. Son muy pocos los verdaderamente útiles. La mayoría son obras copiadas o imitadas de otras anteriores, hechas por puros fines comerciales o con otros de otro carácter. Los buenos historiadores, salvo dos o tres casos, no descienden a escribir un buen manual. El extranjero que

llega a la Argentina y quiere enterarse de nuestra historia tiene que comprar una obra en gran número de tomos o leer un manual para niños. El, justo término medio no existe. Sólo podría exceptuarse la historia del Padre Lafond y la que me publicó la casa Estrada.

-¿En qué libro puede informarse un argentino sobre lo que ocurrió entre 1853 y 1900?

En un tomo bien olvidado: el que Emilio Vera y González dedicó como ampliación a la historia de Vicente Fidel López. Además, hay muchas otras obras que estudian, cada un aspecto parcial. La verdadera gran historia de los orígenes de la Argentina contemporánea están aún por escribir.
¿Qué opina usted sobre la llamada tradición liberal argentina?
Yo he destacado la importancia del liberalismo en la formación de la Argentina y de la argentinidad. No debemos olvidar, los verdaderos nacionalistas, no los que así se titulan y son todo lo contrario, que la guerra civil de donde surgió la independencia argentina y americana se originó por puro amor a la libertad de pensamiento, de comercio, de gobierno y de todo lo que representan la vida humana. Por amor a la libertad, americanos y españoles rompimos el imperio más grande del mundo. El ideal de la liberad hizo nuestra Patria y representa nuestro nacionalismo y la más fuerte tradición de la argentinidad. La tradición liberal argentina tiene su origen en las más remotas libertades españolas, de los Concilios de Toledo y de las viejas Cortes, del partido republicano y liberal hispano, que promovió revoluciones en Madrid y en Am´reica a fines del siglo XVIII y se levantó contra favoritos y serviles cuando cayó Carlos IV y amenazaron conquistar América. Liberales fueron Moreno, Castelli y los hombres que los acompañaron a sus luchas por el autogobierno. Luego fueron liberales todos los grandes hombres de nuestra historia. En su contra tuvieron a los antiliberales, como Rosas y ciertos caudillos. San Martín defendía el liberalismo. El Congreso de Tucumán daba cartas de ciudadanía a quienes habían adherido ”al partido liberal”. Son hechos que no deberían olvidarse en nuestros manuales.

¿Qué opina usted sobre el revisionismo?

He sido el creador del moderno revisionismo integral de la historia argentina. MI último libro se titula, precisamente, “La revisión de la historia argentina”. Hay historiadores que creen, ingenuamente, que el revisionismo es revisar la época de Rosas y enaltecer al tirano. Esto es ignorancia e inocencia. Más se revisa la época de Rosas, más se comprueba que Rosas fue el más grandes de los antiargentinos porque defendió las ideas absolutistas, anticonstitucionales, las que significaban el oscurantismo y la tiranía y contra las cuales se hizo el 25 de Mayo y el 9 de Julio. Hay que revisar nuestra historia constantemente. Más aún: la historia es una perpetua revisión. En historia no hay, como en derecho, por injusta imposición, “cosas juzgadas”. Yo he proyectado una sociedad revisionista o un instituto revisor de la historia argentina, con miembros de todas las tendencias, con tal de que estudien y sean sinceros en el reconocimiento de los resultados obtenidos.

¿En qué puntos cree usted que se finca fundamentalmente la divergencia entre la corriente liberal y la revisionista de la historia argentina?

Empiezo por creer que no hay divergencia entre estas dos corrientes y que las dos son una sola. Diferencia entre las corrientes liberal y revisionista, por un parte, y la corriente antirrevisionista y a la vez, antiliberal. El historiador liberal es, por esencia, revisionista, y el antiliberal es, también por esencia, antirrevisionista. La divergencia, para sintetizar, entre quienes quieren revisar nuestra historia y quienes se oponen consiste en que unos historiadores buscan la verdad y otros prefieren mantener mentiras, fábulas, tradiciones ridículas, inventadas para llenar vacíos, cuando no se conocía los documentos que hoy se conoce.

¿Cree usted que el pueblo argentino posee los elementos para adquirir una formación histórica de sentido verdaderamente nacional?

Como Presidente propuesto del Instituto Revisionista Argentino, próximo a fundarse, puede declarar abiertamente que la historia argentina, bien "revisada", es una de las más ricas del mundo en elementos históricos para dar vida a una doctrina nacionalista realmente superior e insuperable.

Nuestra Patria no se hizo por odios de razas, por odios de los hijos a los padres, como se ha enseñado siempre; no se hizo por afán de lucro, como han explicado los seguidores de Marx y de Engels; no se hizo por traiciones de políticos, como han querido sostener los que presentan a los Padres de la nacionalidad jurando, el 25 de Mayo, sobre los Evangelios y el Crucifijo, falsamente, cínicamente, con reservas mentales y propósitos completamente distintos al os de sus juramentos. Nacimos a la vida independientes por amor a la libertad, como nos habían enseñado los teólogos vascos y españoles Francisco de Vitoria y otros de la escuela de Salamanca; por amor al autogobierno, es decir, a un gobierno del pueblo surgido del pueblo y destinado al pueblo, como nos enseñaron las Juntas españolas que se levantaron contra Napoléon; por amor a nuestra tierra, como nos enseñaron los guerrilleros españoles que en la Península luchaban ferozmente contra los invasores franceses y cuyas hazañas leíamos diariamente en los días que precedieron y siguieron al 25 de Mayo, y por amor a una Constitución, como nos enseñaron los constitucionalistas españoles que en 1812 se reunieron en las Cortes de Cádiz y cuyas resoluciones hicimos nuestras en la Asamblea de Buenos del año siguiente(1813). En síntesis: estos ideales liberales son tan antiguos como Platón y la escuela filosófica presocrática; como las tradiciones rancias españolas; sobre , como Santo Tomás y aunque parezca extraño, como Rousseau que, en muchos puntos, habló en forma parecida al más grande de los teólogos. Estos ideales políticos tenían vieja tradición en América, desde los primeros conquistadores. NO tuvimos ninguna influencia de la Revolución francesa ni de Inglaterra ni de otros países. Nuestra historia está alimentada de ideales españoles y americanos. Ellos nos dieron vida y ellos deben seguir inspirando las más puras aspiraciones del pueblo argentino. **Enrique DE GANDIA**

JOSE MARÍA ROSA

Recuadro

JOSE MARIA ROSA. - Profesor de Historia Constitucional en la Facultad de Derecho de Eva Perón. Ex profesor de Historia Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. En 1938 fundó y luego presidió el Instituto de Estudios Federalistas de Santa Fe que iniciara el revisionismo histórico; actualmente es presidente del Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas. Ha escrito varios libros, entre ellos uno fundamental para el conocimiento de la época de Rosas, Defensa y pérdida de nuestra independencia económica. Ha dado conferencias revisionistas en el país y en el extranjero: en 1967 dictó cursos de historia argentina en las universidades de Madrid, Salamanca y Santiago de Compostela.

Foto

-¿Cree usted que la polémica sobre tremas históricos es conveniente y contribuye a exaltar el espíritu patriótico?

Si y mucho. Lleva al pueblo la verdad de nuestra historia y aclara qué es, y dónde se encuetra, el "espíritu patriótico".

-¿Existe una Historia Argentina completa que permita conocer el verdadero desarrollo político, social, y económico de nuestro país?

La historia es una ciencia y por lo tanto están en continua elaboración: no podemos pedirle ni conocimientos completos ni verdades absolutas. Pero podría exigirse un libro que diera sintéticamente y con visión argentina, una impresión de nuestro proceso histórico de acuerdo con el estado actual de la investigación. Ese libro no existe. Hay algunos que tratan, con rigor en el método y desde un punto de vista nacional, algunos aspectos fragmentarios de nuestro pasado. Falta la obra de conjunto.

-¿Los manuales destinados a la enseñanza llenan la finalidad de proporcionar a los estudiosos a una buena formación histórica?

Nuestros manuales históricos responden, en general, a la orientación pedagógica que se llama "normalista", la cual se propuso exaltar la versión liberal de la historia a la categoría de un culto inmutable e irrefutable. Pero fuera de algunas vice directoras y de ciertos políticos, nadie creyó en la verdad revelada por lso "textos". Era un poco fuerte hacernos pasar a hombres que fueron unitarios, monárquicos y anduvieron gestionando protectorados extranjeros, por próceres de una nación soberana, republicana y federal.

-¿En qué libro puede informarse un argentino sobre lo que ocurrió entre 1853 y 1900?

Ni en un libro ni en una biblioteca. De capítulos enteros está por hacerse la investigación.

-¿Qué opina usted sobre la llamada Tradición Liberal Argentina?

Los liberales del siglo XIX eran inteligentes y patriotas. Pero no tenían el mismo concepto de la patria que se tiene hoy. Creían sinceramente en la humanidad, en la civilización, en la libertad de comercio, en las repúblicas atenienses y otras abstracciones por el estilo. Ser patriota para ellos era lograr esos beneficios. La Asamblea y Albear quisieron patrióticamente en 1815 que fuéramos colonia inglesa, así tendríamos leyes liberales; para lo mismo el congreso votó en 1819 un protectorado francés con el príncipe de Luca como rey. Eran sincero patriotas los unitarios de 1839, que en nombre de la "libertad" apoyaban a Francia en su conflicto contra la Argentina; como era muy patriota Florencio Varela al irse en 1844 a gestionar la intervención de Francia e Inglaterra contra la tierra que lo vio nacer. Indiscutiblemente lo eran quienes convencieron a Urquiza en 1851 que debería pronunciarse con el ejército argentino, preparado para la guerra con Brasil, y tomar parte en esta guerra, pero del lado de Brasil. Era sincero Sarmiento cuando pedía en 1861 el exterminio de los gauchos en nombre de la civilización; y profundo el fervor

hispanoamericano de Mitre al exterminar a casi todos los paraguayos para enseñar a los sobrevivientes las ventajas del libre cambio y del sistema constitucional de equilibrio de poderes.

Pero en 1954 nadie(o pocos) creen ya que la patria es la humanidad, o la civilización, o la libertad de comercio a el sistema métrico decimal. Hoy barruntamos todos(casi todos) que esas bellas palabras encubren en realidad el predominio de las potencias más fuertes. Hoy sentimos que la patria somos “nosotros” sencilla y exclusivamente. -tenemos de la patria el mismo concepto que tuvo San Martín, que tuvo Rosas y que tuvieron los grandes caudillos de nuestra historia. POr eso los liberales del siglo XX han tenido que recurrir al escamoteo de la verdad. Tenían que cohonestar la patria de hoy con los próceres de ayer, y les atribuyeron un tipo de patriotismo que no tuvieron. Para eso ocultaron sistemáticamente lo que fue la razón primordial de su política. Ese fraude es lo que se llama “tradición liberal argentina”. En el caso de Rosas lo que interesa es aclarar si es verdad(como hemos dicho y probado los revisionistas) que por su energía impuso el respeto a la autoridad y terminó con la constante anarquía; si por su habilidad política hizo la unidad nacional y no fuimos una centroamérica de catorce republiquetas independiente; si logró el bienestar económico con sus leyes protectoras de la industria; si defendió la soberanía en dos guerras desiguales contra los imperialismo extranjeros; si intentó la unidad del Plata y tenía planeado la reconstrucción del virreinato; si su caída se debió a factores extranacionales.

-¿Qué opina sobre el revisionismo?

La historia es una ciencia que se propone, como toda ciencia, el conocimiento de una parte de la realidad. -En la historia esa ”parte de la realidad” es el pasado. Pero no concluye ahí: la historia no es conocimiento puro, no es solamente investigación. El historiador es un juez que debe valorar los hechos históricos conforme a una regla de criterio determinada. Ahora bien: los historiadores liberales del siglo XIX conocieron deficientemente los hechos históricos porque escribieron sin sujetarse(hay sus excepciones) a un severo método de investigación. Pero sobre todo lo que caracteriza su corriente es que los interpretaron desde el punto de vista del liberalismo; es decir, valoraron los hombres y las cosas conforme estuvieran más cerca o más lejos del planteo liberal. A principios de este siglo surge la Nueva Escuela Histórica(Torres, Carbia, Ravignani, etcétera) que realizó una meritoria labor de investigación pero, por motivos fáciles de comprender, prefirió eludir los juicios críticos. Las pocas veces que se arriesgaron a hacerlo, lo hicieron tímidamente desde la nacionalidad. El revisionismo histórico aparece como escuela sistemática con posterioridad a 1930, aunque tuvo naturalmente sus precursores dentro y fuera del pais. Yo creo que continuamos (me incluyo entre los revisionistas) el camino que señalaron, pero que no recorrieron, nuestros maestros de la Nueva Escuela. A mi parecer el revisionismo consiste en estas dos cosas: 1°) investigar metódicamente todo el pasado(aún la época de Rosas, eterno **tabú** de los historiadores; aún la época de Mitre, más **tabú** aún); 2°) interpretarlo desde el punto de vista de la nacionalidad. Y nada más. Por supuesto que nuestros adversarios nos atribuyen todos los propósitos posibles políticos o ideológicos. Pero eso se debe a su imaginación o a su clase de buena fe. Nada tiene que hacer el revisionismo con la política. No defiende las dictaduras como le ha imputado algunos(los liberales reducen todos los problemas a "formas de gobierno"), y mucho menos "libra las batallas del presente con los hombres del pasado".

No está demás decir que el revisionismo no estudia exclusivamente la época de Rosas. Lo que ocurre es que la interpretación revisionista de Rosas y su tiempo es la que más choca con los prejuicios normalistas.

Y, finalmente, tampoco estaría de más aclarar que hoy en día todos los historiadores liberales se llaman "revisionistas". Eso es inevitable cuando se triunfa y un nombre se impone.

-¿En qué puntos cree usted que finca fundamentalmente la divergencia entre la corriente liberal y la revisionista de la historia argentina?

No solamente en la época de Rosas, como he dicho. En toda la historia argentina. No nos ponemos de acuerdo en nada, ni es posible que nos pongamos de acuerdo. Vemos las cosas desde puntos de vista distintos.

Un enfoque tan opuesto tiene necesariamente que producir una divergencia absoluta en la apreciación del pasado. Es fácil comprenderlo: muchos hombres que estaban muy bien, considerados desde el liberalismo, están en cambio muy mal si los vemos con criterio argentino: por ejemplo, los unitarios aliados a Francia para traer la civilización en 1839. Otros, que desde un punto de vista liberal eran muy objetables, estudiados con un criterio nacional resultaron grandes figuras: como Rosas que gobernó con la suma del poder pero defendió admirablemente la soberanía.

-¿Cree usted que el pueblo argentino posee los elementos para adquirir una formación histórica de sentido verdaderamente nacional?

La enseñanza normalista nunca pudo conseguir que el pueblo argentino perdiera la conciencia de su nacionalidad. Hubo y hay una intuición del escamoteo histórico. Las figuras de los caudillos entusiasman, aún a aquellos que solamente conocen la historia falsificada. Hay grandeza en ellos; hay argentinismo, hay calor de vida: Artigas con sus "Pueblos Libres" es inmensamente más nuestro que todos los Directores que tienen oleografías en las escuelas; lo mismo ocurre con Güemes y sus gauchos y con Facundo y sus gestos de héroe de la Iliada. Estanislao López entusiasma a los santafecino no obstante haber estudiado otra cosa en los libros escolares. Lo mismo Ramírez en Entre Ríos, Heredia en Tucumán, Bustos en Córdoba, Nazario Benavídez en San Juan, el heroico fraile Aldao en Mendoza. En cambio nunca fue muy convincente la figura de Rivadavia, no obstante las telas democráticas y patrióticas con que quiso vestírselo.

José María ROSA

ANEXO N °4. Entrevistas a Manuel Gálvez y Ricardo Piccirilli. En ESTO ES N° 28. 8 de junio de 1954.

Recuadro

Manuel Gálvez, escritor y autor de numerosas novelas y biografías históricas. Miembro fundador y primer presidente del PEN Club y académico correspondiente de la Real Academia Española. Fundó y dirigió la revista "Ideas". Su novela "Nacha Regules" mereció el Primer Premio Municipal para obras en prosa en 1919, y "El General Quiroga" el Primer Premio Nacional de Literatura. Sus obras han sido traducidas a numerosos idiomas.

Foto

-¿Cree usted que la polémica sobre temas históricos es conveniente y contribuye a exaltar el espíritu patriótico?

-Es conveniente, porque es preciso hacer conocer al país la verdad. Y hacer conocer la vedad significar realizar una obra de justicia.

-Existe una historia argentina completa que permita conocer el verdadero desarrollo político, social y económico de nuestro país? Si existe, ¿cuáles?; y si no, ¿por qué no se escribe?

Hasta este momento, ninguna. Pero sé que hay dos inéditas: una de Ernesto Palacio, en un tomo, que saldrá pronto, y otra en tres o cuatro tomos, si no me equivoco, de Vicente D.Sierra.

-Los manuales destinados a la enseñanza llenan la finalidad de proporcionar a los estudiantes una buena formación histórica?

-No conozco los que ahora se escriben. Los de Pierotti, únicos que he leído, se acercan bastante a la verdad. También considero discreto el de Julio Aramburu, que leí hace unos años, aunque discrepo con algunas opiniones suyas.

¿En qué libro puede informarse un argentino sobre lo que ocurrió entre 1853 y 1900?

-En mis biografías de Yrigoyen, de Rosas y de Sarmiento está todo lo ocurrido entre 1853 y 1932. Creo que nada falta, o casi nada.

-¿Qué opina sobre la llamada tradición liberal argentina?

No ha existido, ni existe, la tradición liberal, como existe una tradición federal y adversa al liberalismo político. Eso del "dogma de Mayo" es un cuento inventado por Echeverría, que era poeta, aunque muy malo. Entre los hombres que llevaron a cabo la Revolución de Mayo los había de las más diferentes ideas. Si Moreno era casi un jacobino, Saavedra, verdadero fautor de la Revolución, era conservador. Belgrano tenía ideas harto distintas de las de Monteagudo. Y si Rivadavia fue liberal, era evidente que no lo fue del mismo modo que Moreno.

-¿Qué opina usted del revisionismo?

-A fines del siglo pasado, Artigas y Estanislao López eran considerados por Mitre y Vicente Fidel López como dos gauchos asesinos, ladrones y analfabetos. Hoy sabemos que nada de eso fueron, y así lo ha reconocido la misma historia oficial. ¿Y debido a qué motivos se ha producido ese cambio? A la campaña revisionista. Esto basta para demostrar que es preciso dejar a un lado los prejuicios liberales y estudiar mejor nuestra historia. En nuestro pais se ha producido una trasmutación, como dijera Nietzche, de los valores morales. En otro tiempo, servir al capitalismo extranjero contra los intereses del país, no le parecía mal a nadie, o a casi nadie. Ahora millones de argentinos consideramos como traidores a los que eso hicieron. La libertad, dentro del país, es cosa muy buena, pero superior a la libertad de la independencia y la soberanía de la Patria. En esto han coincidido San Martín y Perón, y con ellos coincidimos los que de veras amamos a la Patria.

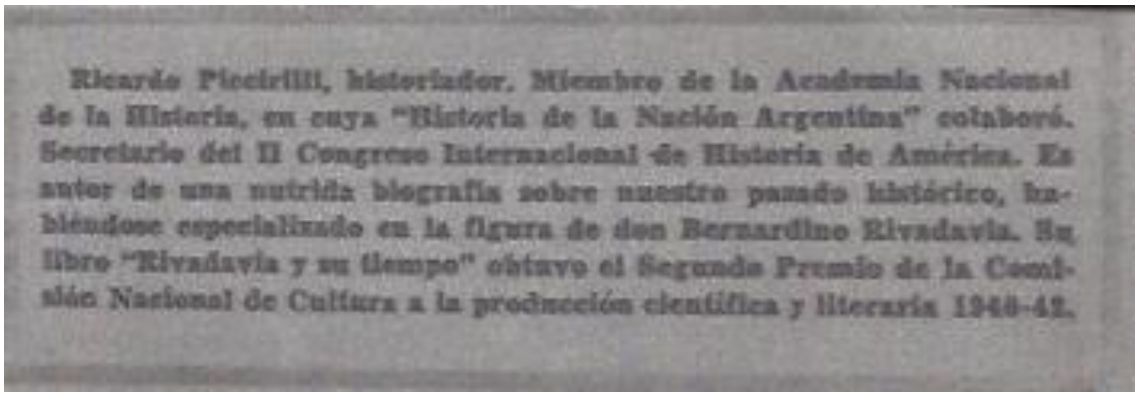
Por otra parte, el llamado "revisionismo" ya ha triunfado. Los libros contra Rosas no tienen el menor éxito. Del Rosas de Ibarguren, aparecido en 1927, se han vendido más de cien mil ejemplares. El mío, aparecido en 1940, y agotadas con alguna lentitud las dos primeras ediciones, está saliendo de una manera asombrosa, a razón de diez mil volúmenes por año. Cuarenta y cuatro mil han sido vendidos desde fines de 1949, y en estos días se harán treinta mil más. Y Como, según, consenso aceptado, cada ejemplar de un libro de interés es leído por diez personas, debo calcular que los lectores de mi Rosas, en los últimos años, pasan de cuatrocientos mil. Me molesta tener que dar estos pormenores, pero me parece que nada demuestra mejor que la opinión país sobre Rosas ha cambiado.

-¿Cree usted que el pueblo argentino posee los elementos para adquirir una formación histórica de sentido verdaderamente nacional?

-Supongo que sí. La cuestión está en que desde la escuela primaria se enseñe a los niños la verdad. Ellos deben saber, sobre todo, que la grandeza principal de un hombre reside en haber defendido la independencia y soberanía de su patria.

RICARDO PICCIRILLI

Recuadro



Ricardo Piccirilli, historiador. Miembro de la Academia Nacional de la Historia, en cuya "Historia de la Nación Argentina" colaboró. Secretario del II Congreso Internacional de Historia de América. Es autor de una nutrida biografía sobre nuestro pasado histórico, habiéndose especializado en la figura de don Bernardino Rivadavia. Su libro "Rivadavia y su tiempo" obtuvo el Segundo Premio de la Comisión Nacional de Cultura a la producción científica y literaria 1940-42.

Foto

-Cree usted que la polémica sobre temas históricos es conveniente y contribuye a exaltar el sentimiento patriótico?

Las polémicas sobre temas de naturaleza histórica son siempre convenientes y contribuyen a exaltar el espíritu patriótico, siempre que ellas se libren con absoluta objetividad; recurran a la exposición serena de los argumentos y constituyan no asuntos de familia sino de auténtico interés nacional. La polémica histórica, conceptúo que orienta e ilustra cuando la probidad de los contendores se ahinca en la confrontación de la bibliografía correspondiente y efectúa la investigación documental, a efectos de poder incorporar nuevos elementos de juicio y substanciales ideas para producir la exégesis del asunto histórico debatido. Un modelo clásico entre los argentinos fue el suministrado por Vicente F.López y Bartolomé Mitre , que dio origen a las Comprobaciones Históricas, el Debate Histórico y a las Nuevas Comprobaciones Históricas. Lo expuesto en tal oportunidad integró el conocimiento cabal sobre las invasiones inglesas.

-¿Existe una historia argentina completa que permita conocer el verdadero desarrollo político, social y económico de nuestro país? Si existe, ¿cuál es?; y si no, ¿por qué no se escribe?

-En nuestro país los estudios históricos reconocen una añeja y honrosa tradición. Con prescindencia de los cronistas de Indias, que con evidente celo y penetración calaron y explayaron los orígenes de esta parte de América hispana, los argentinos sintieron la urgencia de los temas referentes al pasado. A los dos años apenas de estallada la Revolución de Mayo, ya se había enunciado el propósito de escribir la historia filosófica de la patria. Con posterioridad, es indiscutible la manifiesta propensión que ha existido y persiste en nuestros hombres de letras, por abordar el esclarecimiento de la cuestiones históricas. A partir del maestro de la comprobación documental, que lo fue entre nosotros el general Mitre, muchos son los autores y las obras que nutren el acervo bibliográfico de esta disciplina. El g´nero biográfico y las monografías sobre temas concretos y de área circunscripta son frecuentes, recomendables, y en muchas ocasiones de evidente erudición. En lo atinente a una obra integral y de síntesis histórica –más de carácter pronunciado monográfico- poseemos los argentinos para filiar el dearrollo

político, social y económico, la Historia de la Nación Argentina, originada en la Academia Nacional, bajo la dirección del historiador Ricardo Levene. Y a este respecto, sí la cita no resultara ociosa, podría añadirse, que aspira asimismo a suministrar el acervo integral de los conocimientos generales sobre nuestra historia, el desarrollo de los asuntos que corren tratados en el Diccionario Histórico Argentino, actualmente en impresión. Sus directores, mu8y lejos de calcular que han agotado el repertorio de los temas, han deseado dar vigencia a cuánto de esforzado y digno posee la Patria de ayer y de hoy, para acreditarlo al saber del pueblo de manera objetiva y documentada.

-¿Los manuales destinados a la enseñanza, llenan la finalidad de proporcionar a los estudiantes una buena formación histórica?

-La historia argentina que se enseña actualmente en nuestras casas de estudio, cuenta, especialmente en la enseñanza secundaria y normal, con algunos buenos textos trabajados por autores responsables. Es de desear sin embargo, que el buen ejemplo cunda, y que la faena didascálica no se cumpla a espaldas de las publicaciones efectuadas por los institutos especializados y los investigadores de nuestros archivos. No obstante, conceptúo que el mal libro de texto posee una gravedad relativa; todo depende de la calidad del profesor. Cabe anotar asimismo que nuestros textos de historia argentina, a partir del año 1860, poco más o menos, tratan de manera sucinta los hechos ocurridos hasta fines del siglo XIX. Una enumeración cronológica concatena los hombres y los acontecimientos con prescindencia de la valoración que unos y otros suscitan en el espíritu del lector. Aunque esta circunstancia pudiera ser interpretada como una austera y necesaria perspectiva suministrada sólo por el tiempo para apreciar hombres y sucesos , es posible que la causa fundamental resida en la falta de una continuada y metódica investigación del período histórico citado.

En general, se carece de una obra orgánica capaz de informar acabadamente sobre los sucesos ocurridos desde 1860 hasta el año 1900. En tanto semejante obra se escriba, una serie de libros seriamente documentaos integran una bibliografía estimable y solvente.

-**¿Qué opina usted sobre la llamada tradición liberal argentina?**

-En los estudios históricos la tradición liberal argentina ha realizado aportes muy estimables al desarrollo y prosperidad de la disciplina. Un gran lote de obras fundamentales sobe la materia está nutrido por ideas liberales, que han dado a la vez una determinada manera de apreciar los fenómenos sociales. La corriente liberal, en algunos movimientos de nuestra historia incurrió en sensibles errores; mas si se la considera desposeída de la incomprensión y los excesos con que en algunas circunstancias apareció revestida, es juicioso convenir que ha efectuado su aporte a la evolución institucional del país.

-**¿Qué opina usted del revisionismo?**

En los últimos tiempos ha aparecido en nuestros estudios la corriente revisionista. Existe una evidente preocupación por rever el pasado; por forjar nuevos moldes; por dar vigencia a otras expresiones singulares. La tendencia apuntada no debe conceptuarse repudiable. El revisionismo

es conveniente, y si no hubiera aun aparecido debiera crearse. Pero este aspecto de la labor histórica debe ser encarado sin ira y con la serena probidad con que se cumple una tarea científica. En ciertos temas de nuestra historia, donde con más persistencia se ahinca el revisionismo, lo que suele tornarlo fatigoso en la abundancia de los conceptos que promueven; son ellos aparentemente novedosos en la forma, más desalodaromente viejos en su contenido. El revisionismo no necesita conceptos sino que reclama con urgencia nuevos documentos. Revisemos la historia dilatando la esfera del conocimiento; aumentado las fuentes de la investigación; publicando los códices documentales sin mutilaciones deliberadas. Revisar la historia implica dar a conocer todos los documentos, aquellos favorables y también los otros que no lo son con respecto al tema estudiado. De acuerdo con la intensidad y altura que han cobrado los estudios entre nosotros, no es cuestión de estar repitiendo el texto de los viejos y conocidos documentos que ofreció una generación extinta. Hace falta nuestro aporte investigativo, el único camino de donde ha de salir robustecido el revisionismo histórico.

En qué puntos cree usted que se fina fundamentalmente la divergencia entre la corriente liberal y la revisionista de la historia argentina?

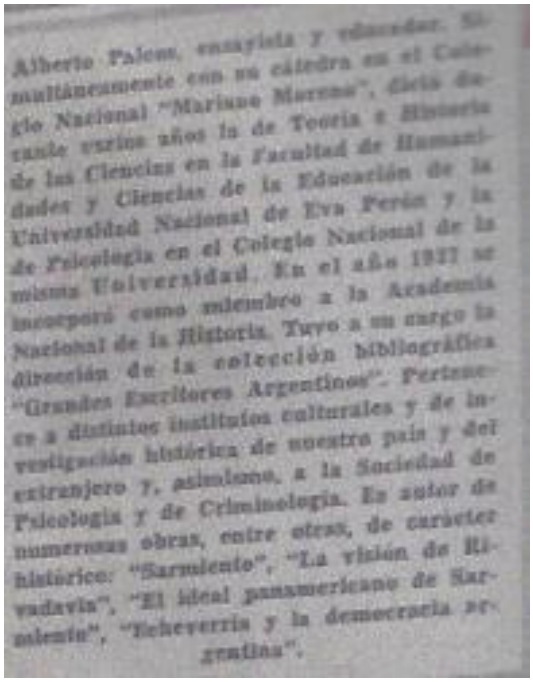
En nuestra historia podrían señalarse cuatro puntos en los cuales finca según mi opinión la divergencia suscitada entre la corriente liberal y la revisionista, son ellos: la conquista y colonización del nuevo mundo por España; la actuación de Bernardino Rivadavia; la generación de 1837 y el gobierno de don Juan Manuel de Rosas. Con respecto al primer punto, la resistencia ha dejado de ser sistemática para ser sólo esporádica. Sn muchas por ventura las buenas obras de investigación y crítica, que han aportado la necesaria luz para formar conciencia de la misión civilizadora cumplida por España en América; v.gr.la obra jurídica tratada extensamente por Ricardo Levene y la obra cultural abordada por José Torre Revello y el Padre Guillermo Furlong. Con respecto a los puntos restantes considero que hay que seguir investigando; ni unitarios, ni nueva generación, ni federales; sólo estudiosos con escrúpulos. Hay que ir a los archivos. No existen los estudios ni los textos exhaustivos.

-¿Cree usted que el pueblo argentino posee los elementos para adquirir una formación histórica de sentido verdaderamente nacional?

-El pueblo argentino posee desde la hora de su alumbramiento una conciencia nacional Cuenta con un rico venero de tradiciones y una trayectoria limpia y fecunda de hechos hazañosos, que lo promueven al porvenir. El pueblo argentino no solamente posee historia, sino que advierte las características de estar llamado para cumplir un quehacer histórico.

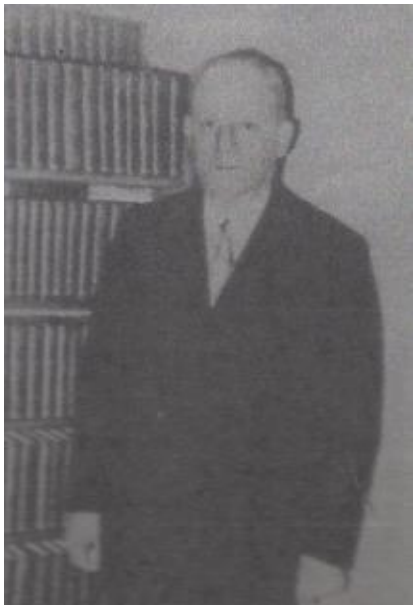
ANEXO N° 5. Entrevistas a Alberto Palcos y Rodolfo Puiggrós. En ESTO ES. N° 29. 15 de junio de 1954.

Recuadro



Alberto Palcos, ensayista y educador. Simultáneamente con su cátedra en el Colegio Nacional "Mariano Moreno", dictó durante varios años la de Teoría e Historia de las Ciencias en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de Eva Perón y la de Psicología en el Colegio Nacional de la misma Universidad. En el año 1937 se incorporó como miembro a la Academia Nacional de la Historia. Tuvo a su cargo la dirección de la colección bibliográfica "Grandes Escritores Argentinos". Pertenece a distintos institutos culturales y de investigación histórica de nuestro país y del extranjero y, asimismo, a la Sociedad de Psicología y de Criminología. Es autor de numerosas obras, entre otras, de carácter histórico: "Sarmiento", "La visión de Rivadavia", "El ideal panamericano de Sarmiento", "Echeverría y la democracia argentina".

Foto



-Cree usted que la polémica sobre temas históricos es conveniente y contribuye a exaltar el sentimiento patriótico?

-Las polémicas ayudan a esclarecer y a dar difusión a los temas históricos; incitan al público a ahondarlo. Por otra parte, cada punto de vista histórico supone, expresa o tácitamente, la refutación de los que se oponen. Estos debates son fecundos y exaltan el sentimiento patriótico siempre que ambas partes dominen la cuestión, sean auténticos historiadores y se propongan únicamente la austera dilucidación de la verdad. Discutir en historia no es empresa fácil. La historia reposa sobre bases filosóficas, es una ciencia de espíritu -flor de la cultura de una nación- y un arte maravilloso. El historiador da nueva vida a épocas en las cuales no ha vivido y a personajes a quienes nunca pudo tratar personalmente.

-¿Existe una historia argentina completa que permita conocer el verdadero desarrollo político, social y económico de nuestro país? Si existe, ¿cuál es?; y si no, ¿por qué no se escribe?

-Aunque la Argentina es uno de los países que más se destacan en América por la calidad y el número de sus historiadores, no dispone todavía de una historia completa. Su historia social está por escribirse casi totalmente, y se notan extensas lagunas en lo relativo a su cultura, economía y finanzas, amén de ciertas facetas políticas. Es una historia fresca, de ayer, cabe decirlo. Se la va trazando por etapas, a medida que se serenan las pasiones y se pone al alcance de los estudiosos los depósitos documentales y bibliográficos indispensables. La Academia Nacional de la Historia ha brindado al país la Historia de la Nación Argentina, obra de monumentales dimensiones, dirigida por Ricardo Levene. Reconstruye nuestro pretérito hasta el año 1860 y colma una necesidad fuertemente sentida. Vale la pena hacer el esfuerzo de llevar el pleno conocimiento de nuestra historia hasta el primer centenario de nuestra vida independiente-

-¿Los manuales destinados a la enseñanza, llenan la finalidad de proporcionar a los estudiantes una buena formación histórica?

-Ningún manual puede por sí solo, a mi entender, suministrar a los alumnos una impecable formación histórica. Los manuales son preciosos auxiliares de la enseñanza, jamás toda la enseñanza. La palabra viva e ilustrada de los catedráticos es irreemplazable. Tampoco sienta mal matizar las lecciones con la lectura comentada de algunas páginas de celebrados historiadores y biógrafos. Y constantemente serán muy útiles los manuales debidos a prestigiosos historiadores que circulan entre los estudiantes.

-En qué libro puede informarse un argentino sobre lo que ocurrió entre 1853 y 1900?

-Libros meramente informativos acerca de lo ocurrido durante ese lapso hay varios, pero ninguno, que yo sepa, comparable a las obras maestras referentes a períodos anteriores a 1853. La deplorable falla, según barruntamos, se explica, en parte cuando menos, por la dispersión de nuestro acervo documental concerniente a esa época. Urge concentrarlo en los archivos públicos, organizarlo adecuadamente y obtener, para el Estado, papeles importantes del dominio privado. El conocimiento orgánico de ese pasado nos hace muchísima falta en nuestra vida cotidiana.

-¿Qué opina usted sobre la llamada tradición liberal argentina?

-Nuestra patria es hija de una revolución profunda, guiada por un pensamiento constructivo, el de Mayo. Lo expone Mariano Moreno, siendo su más amplio realizador Rivadavia -conforme creo haberlo corroborado en mi libro La visión de Rivadavia y en el de próxima publicación Historia de Rivadavia-. Sobre vastas y generosas perspectivas sociales, Echeverria despliega de nuevo la bandera de Mayo, como inspirador y jefe de la segunda gran generación argentina, la de los proscriptos. Bajo el amparo de ese emblema, se dicta la Constitución de 1853, se opera la unidad definitiva del país y éste pasa a ocupar una posición cada vez más espectable en el concierto mundial. Mayo -expresé en 1941 en mi obra Echeverria y la democracia argentina- no constituye un pensamiento concluso y cerrado sobre sí. Es un ideario abierto, henchido de savia renovadora y popular. Se amolda a las vicisitudes, cambios y mutaciones de los acontecimientos. LO alimenta el sentimiento de solidaridad humana y afirma los derechos del pueblo -formado por una inmensa mayoría de gente pobre y necesitada- a una existencia sana y digna y a introducir el soplo de la democracia en todos los sectores de las actividades y no exclusivamente en el político. A fuer de integral, el ideario de Mayo abarca, también, el dilatado campo de las realizaciones sociales, económicas y culturales , que marcan hoy el nivel y dan el tono a la vida de las naciones. Sin ellas, la democracia genuina queda detenida a mitad del camino y no desenvuelve sus más perdurables posibilidades.

-¿Qué opina usted del revisionismo?

-Prerrogativa de cada generación de historiadores es la de revisar la labor y los juicios de los precedentes, para confirmarlos o rectificarlos total o parcialmente. Rasgo inherente a esta clase de saber, el pasado del globo entero está sujeto a revisiones periódicas. Pero esta delicada tarea se realiza objetivamente, tras de prolongadas y muy pacientes investigaciones, a fin de no demoler, sino de construir más cumplidamente el edificio común. Entre nosotros me parece advertir distintas variedades de revisionistas. En el sentido que acabo de describir lo han sido nuestros más excelentes historiadores y nadie puede dejar de serlo. Pero hay revisionistas que ambicionan echar abajo casi toda la historiografía argentina y derrumbar a próceres que son columnas fuertes de la nacionalidad, sin que esta actitud se funde en un examen prolijo y desapasionado de la historia. Otros, en cambio, se limitan a refutar y corregir los juicios desfavorables a Rosas. Están en su derecho. Inició esa corriente Adolfo Saldías, el primer y hasta la fecha el más completo y el mejor documentado reivindicador de Rosas. Elogia francamente a Rivadavia, Echeverría y Sarmiento y se enorgullece de haber sido amigo íntimo y devoto secretariop del autor de Facundo. Saldías, pese al mérito de sus producciones, no logró modificar el juicio de su generación. Frente a sus obras se levantaban las de adversarios de Rosas, como las de Ramos Mejía. Resta por develar muchas incógnitas y por conocer numerosos aspectos de la personalidad y del gobierno de don Juan Manuel. El tema exige una labor asidua y profunda. Pocos la realizan: no pasan de dos o tres los historiadores que lo enfocan bajo nuevas luces y agregan al debate elementos de juicio no contemplados antes, favorables o adversos al Restaurador. En el capítulo Sarmiento y Rosas, de mi libro Sarmiento, cuya primera edición data de 1929, sostengo la conveniencia de reescribir la historia de ese período. Abono mi opinión en la autoridad del propio

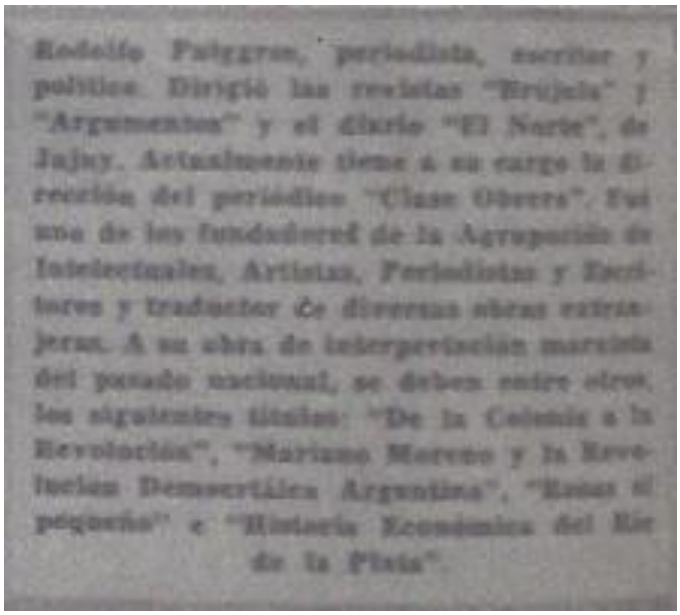
Sarmiento, nada menos. Se podrá descargar al Restaurador de algunas culpas y revalorar la gallarda defensa que, en ciertas oportunidades, hizo de la soberanía nacional. La consigna es examinar desprejuicidamente la época y completar así los cuadros de nuestra historia, no insultar y gritar. "Donde se grita no hay verdadera ciencia", dice lapidariamente Leonardo da Vinci.

-¿Cree usted que el pueblo argentino posee los elementos para adquirir una formación histórica de sentido verdaderamente nacional?

-El pueblo argentino se halla muy lejos aún de haber completado su formación. Joven y en desarrollo es como la levadura del inmenso pueblo que llegará a ser en el futuro, cuando, merced a nuestra población, riquezas, cultura, gravitemos más decididamente en el orbe. Y con ser files al mandato de Mayo superaremos las serias dificultades derivadas de la circunstancia de no haber terminado todavía el proceso de fusión étnica de los habitantes del país y de la carencia de prolongado arraigo a su suelo e instituciones de muchos de ellos. Nuestro pueblo dispone, por fortuna, de un dinamismo histórico formidable; él explica la recia unidad que consolidó después de espantosas luchas intestinas. El conocimiento de nuestro pasado es imprescindible para la imprevista edificación del porvenir. Nuestra historia constituye un sutil agente de solidaridad moral, un incentivo para llevar a cabo vastos planes de organización y un poderoso elemento argentinizador. **Alberto PALCOS**

RODOLFO PUIGGROS

Recuadro



Rodolfo Puiggros, periodista, escritor y político. Dirigió las revistas "Brújula" y "Argumentos" y el diario "El Norte", de Jujuy. Actualmente tiene a su cargo la dirección del periódico "Clase Obrera". Fue uno de los fundadores de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores y traductor de diversas obras extranjeras. A su obra de interpretación marxista del pasado nacional, se deben entre otros, los siguientes títulos: "De la Colonia a la Revolución", "Mariano Moreno y la Revolución Democrática Argentina", "Rosas el pequeño" e "Historia Económica del Río de la Plata".

Foto

-¿Cree usted que la polémica sobre temas históricos es conveniente y contribuye a exaltar el espíritu patriótico?

-Desde hace años sostengo que la polémica sobre nuestra historia " es la condición básica de toda labor de investigación y creacón, así como de toda orientación positiva en política"("Los caudillos de la Revolución de Mayo" Editorial Problemas. Buenos Aires, 1942, pag.7). En la segunda edición de mi libro "Historia Económica del Río de la Plata"(Editorial Siglo Veinte. Buenos Aires, 1948, pag.8), afirmo: "En nuestro medio se desconoce la polémica abierta, sana y creadora. No se sigue la buena tradición de Sarmiento y Alberti, trenzados en una discusión que alumbra el fondo de una época…La conspiración del silencio, escudo de la impotencia o el vitriolo de comadrería, suministrado por manos ocultas, reemplazan a la exposición franca de criterios antitéticos. Pero en el descubrimiento de las leyes que rigen nuestro desarrolla nacional, lo mismo que en el encuentro de los caminos que nos conduzcan a la plena realidad y la revolución agraria y antiimperialista, no es posible dar pasos seguros hacia adelante sin esa conjunción de esfuerzos contradictorios entre sí, tenaces en la búsqueda afanosa del mismo objetivo". Creo que la polémica sobre temas históricos es imprescindible, no sólo para exaltar a los hombres y a los acontecimientos que han contribuido a la emancipación y al progreso del pueblo argentino sino también para descubrir las leyes objetivas de nuestro desarrollo nacional.

-¿Existe una historia argentina completa que permita conocer el verdadero desarrollo político, social y económico de nuestro país?

-Siendo la historia una ciencia y obedeciendo al desarrollo político, social y económico de un país a leyes objetivas que esa ciencia tiene como misión descubrir, podemos decir que todavía no se ha escrito esa "historia argentina completa", aunque si existe fragmentariamente, en libros, artículos, folletos y conferencias que enfocas aspectos parciales.

-¿Los manuales destinados a la enseñanza llevan la finalidad de proporcionar a los estudiantes una buena formación histórica?

-La bondad y eficacia de los manuales destinados a la enseñanza de la historia de pende del grado de adelanto alcanzado en la investigación e interpretación científica de la historia. Es evidente que en los últimos años se registran progresos importantes en este sentido, ya que los manuales que se emplean en la enseñanza suelen reflejar, en la mayoría de los casos, las conquistas de nuestro pueblo en el terreno de la independencia económica, la soberanía política y la justicia social, en contraste con un pasado de dependencia e inferioridad. Creemos que debería eliminarse de la enseñanza todo libro que no explicara nuestra historia en función de los grandes objetivos revolucionarios.

-¿En qué libro puede informarse un argentino sobre lo que ocurrió entre 1853 y 1900?

-Sería largo enumerar las obras que pueden consultarse sobre ese período de la historia nacional, que se caracteriza por la incorporación de la Argentina al mercado mundial, el encauzamiento y el desarrollo de las fuerzas productivas nacionales dentro de las formas del orden capitalista y la penetración del capital imperialista extranjero que se apoderó de los comandos de nuestra economía. En ese período se diferenciaban entre sí las diversas clases de la sociedad argentina(oligarquía terrateniente, burguesía industrial y comercial, pequeña burguesía urbana y rural, clase obrera) y se trazan las grandes líneas de contradicción entre el imperialismo por una parte, y el pueblo argentino en conjunto por la otra.

-¿Qué opina usted sobre la llamada tradición liberal argentina?

-La tradición liberal argentina pertenece a un pasado decididamente superado. Hay que ubicarla en su lugar y en su época. Algunos creen que siendo Alberdi, Sarmiento, Mitre o López hombres progresistas hace un siglo, que contribuyeron a elevar económica y culturalmente a nuestro país, tenemos todavía hoy que seguir aplicando sus ideas e imitar su política. Piensan los reaccionarios y los liberal-burgueses que se oponen a nuestra revolución nacional emancipadora. En el campo de la historia, como en el de la política inmediata, se dan la mano los oligarcas con los socialistas y los codovillistas, reedición de los que ya dijeron los historiadores liberales del siglo pasado cubiertas con una falsa etiqueta marxista: niegan a nuestros caudillos como auténticos representantes de un pueblo que luchaba por su liberación y exaltan a las minorías selectas que despreciaban al pueblo y deseaban nuestra incorporación a una potencia extranjera. Son cosmopolitas ante el pasado como ante el presente argentino.

-¿Qué opina sobre el revisionismo?

-Opino que la historia argentina debe revisarse y reconstruirse con los riquísimos materiales de que disponemos, interpretados científicamente. Pero no creo, de ninguna manera, que este revisionismo histórico deba encararse desde el punto de vista del pasado. Hay que mirar hacia adelante y no hacia atrás, hasta cuando se escribe la historia. El error que invalida, por completo, la obra de los rosistas, por ejemplo, reside en que revisan y critican la historia de los liberales conel propósito de reivindicar a don Juan Manuel de Rosas y su régimen, a los que presentan como prototipo y modelo a imitar. Considero necesario destruir la montaña de falsedades con que un tecnicismo sin ideas ha deformado nuestra verdad histórica. Considero necesario terminar de una

vez con la corriente reaccionaria que pretende enraizar nuestros orígenes nacionales con la monarquía española y no en el pueblo español y la sociedad indígena, en las leyes de Indias y no en la lucha conjunta de españoles, criollos e indios por la emancipación.

-¿En qué punto cree usted que se finca fundamentalmente la divergencia entre la corriente liberal y la revisionista de la historia argentina?

El proceso histórico de la Argentina, como el de todo país, se desarrolla a través de contradicciones. Es contradictorio como la vida misma. Daré un ejemplo. Después de la Revolución de mayo aparecieron dos corrientes política –unitarios y federales- que representaban dos tendencias de clase contrapuestas. Pues bien: la casi totalidad de nuestros historiadores(lberales y revisionistas) se creen obligados a definirse por una u otra corrientes, sin comprender que lo esencial para el historiador de nuestros días,, que desea descubrir las leyes objetiva de nuestro desarrollo nacional, es el análisis de la contradicción misma entre federales y unitarios, de sus causas y de su superación, es decir, de la terminación(o culminación) del proceso antiguo, para dar lugar a nuevas contradicciones de un nuevo proceso en un nivel superior. Es un anacronismo repetir hoy la polémica entre unitarios y federales. Tan reaccionarios son los que reivindican a Rivadavia para atacar a Rosas, como los que reivindican a Rosas para atacar a Rivadavia. El historiador tiene el deber de interpretar el pasado en su conjunto, o sea, estudiando las contradicciones entre las diversas fuerzas en lucha. El sectarismo rosista y el sectarismo liberal nos acusa a los historiadores marxistas de “liberalismo” o de “rosismo”, respectivamente, sin comprender que en los trabajos de Eduardo Astesano, Reinaldo Frigerio y míos nos colocamos por encima de esa contradicción e interpretamos el pasado como militantes activos de la revolución nacional emancipadora que vive la Argentina actual. Creemos que TODO el pasado debe ser revisado y superado y que la grandeza de los próceres de nuestra historia se agiganta y comprende cuando se la ubica en las condiciones sociales de cada momento histórico.

-¿Cree usted que el pueblo argentino posee los elementos para adquirir una formación histórica de sentido verdaderamente nacional?

-Nunca el pueblo argentino ha estado tan preparado como hoy para adquirir una formación histórica de sentido verdaderamente nacional. Es explicable que así sea, no sólo por su mayor cultural, sino también y muy particularmente, porque la revolución nacional emancipadora argentina tiene al pueblo como artífice a través del Conductor que la interpreta. Esta revolución con sus conquistas, arroja luz sobre el pasado y da al pueblo una conciencia firme de lo nacional.

Rodolfo PUIGGROS.

ANEXO N°6 Entrevistas a José Luis Busaniche y Gabriel del Mazo. En ESTO ES. N° 31. 31 de junio de 1954.

Foto:

José Luis Busaniche.

Recuadro:

JOSE LUIS BUSANICHE. Doctor en Derecho y Ciencias Sociales. Ha sido profesor de Historia Argentina, y de Historia del Arte en el Instituto Nacional del Profesorado de Paraná. Es Profesor de esas mismas materias en el Instituto Nacional del Profesorado de Buenos Aires donde inauguró y dictó el curso de Historia Argentina Contemporánea (1862-1912) y desempeñó interinamente las cátedras de Literaturas de la Europa Septentrional y Meridional. Es Profesor de Historia Argentina y de Historia Moderna y Contemporánea (europea) en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Autor de diversos libros sobre temas de Historia Argentina y traducciones de viajeros ingleses y franceses que visitaron el país. Su último libro publicado por la Editorial Kraft en el mes de octubre del año en curso con el título "Rosas visto por sus contemporáneos". Ha colaborado en diversas revistas y diarios del país y dirige la parte literaria de la Editorial SOLAR cuyos libros llevan en su mayoría autorizado prólogo de su pluma.

-¿Cree usted que la polémica sobre temas históricos es conveniente y contribuye a exaltar el espíritu patriótico?

-Si ha de ser mantenida la polémica entre personas que puedan aportar el provechoso fruto de una seria investigación, o bien de una interpretación novedosa de los hechos, sí, la polémica puede ser oportuna y conveniente. Pero ocurre a menudo que esas personas afortunadas son poco afectas a la polémica, y antes que discutir, prefieren discurrir o seguir avanzando en sus trabajos y meditaciones. Por desdicha, el mayor número de polemistas está entre los improvisados y arbitristas de café, entre los que no empezaron nada, nunca, por el principio; desde el viejo gruñón que no admite réplica porque la historia es la que le contaron a él en su casa, hasta el mozalbete audaz que saldría reprobado en un examen elemental de Historia Argentina pero se expide con afirmaciones rotundas y ridículo tono de suficiencia. ¿A qué pueden conducir estas polémicas verbales o escritas, si no es a la confusión del criterio y al descenso de nivel en una materia tan delicada como la historia del propio país? Por lo que hace al patriotismo, muy vinculado está con la historia, como que se ha dicho, y no sin razón, que "la historia de la patria es la patria"(Faguet). Pero de ser ése, el único objetivo de la disciplina, llegaríamos a la triste conclusión de que dejaría de existir la historia universal, porque la historia del vecino de nada sirve para exaltar nuestro patriotismo.

-¿Existe una historia argentina completa que permita conocer el verdadero desarrollo político, social y económico de nuestro país?

-Las historias escritas, por excelentes que sean (unas mejores que otras) no pueden, en mi opinión, ser completas, en el sentido de que ofrezcan todo el enorme contenido de un proceso político, social, cultural, económico, etc., durante un período de años. Por eso se hacen de continuo y se complementan unas a otras. Suele también ocurrir que la mejor historia es la que no pretende abarcarlo todo, y descubre, entre el flujo constante y abrumador de los hechos, los valores representativos y permanentes. Sus autores, por lo general, no cargan al hombro muchos kilos de documentos….Por lo que a nuestra historia propiamente argentina se refiere, el lector común o el estudioso cuenta con un material édito(como dicen ahora) nada despreciable, y aunque no disponemos de un instituto bibliográfico(necesario para que las bibliotecas no se conviertan en osarios de libros) siempre se hallará el profesor o el especialista que pueda ilustrar en materia de publicaciones. Por otra parte, el ritmo de la vida es hoy tan acelerado, y urgente que no han de ser muchos los que ambicionen saberlo todo en Historia Argentina. Me pregunto si algunos hay que lo saben todo….La "Historia de la Nación Argentina" publicada por la Academia de la Historia con mucho rebullicio, y en la que a mi hora colaboré, es una simple colección de monografías, buenas y malas, pero sin orden ni concierto, un conjunto heteróclito cuya única ventaja consiste en la vecindad material con que están presentadas las monografías. Imagine el lector que cada composición hubiera sido publicada en fascículo. ¡Qué folletería más enfadada para la consulta!...Y le dan a usted todo en diez o doce volúmenes. La dificultad –no hay duda- ha

sido superada. Pero asimismo, deja usted esta colección para leer a Mitre, por ejemplo, y experimenta un gran alivio….¿Qué por qué no se hace cosa mejor? La verdad no lo sé.

-¿Los manuales destinados a la enseñanza llevan la finalidad de proporcionar a los estudiantes una buena formación histórica?

-Los manuales….Permítaseme recordar un juicio de Marcelino Menéndez y Pelayo, juicio que no comparto en todo, pero, como del maestro, tiene densidad de pensamiento y originalidad: "Confieso que siempre he profesado, en cuanto a los Manuales y Epitomes de cualquier arte o ciencia, aquel viejo y trillado aforismo compendia sunt dispendia, no sólo porque hacen perder tiempo a quien los escribe, sino porque sirven de poca ayuda, y aun suelen extraviar a quien por ellos pretende adquirir recto y adecuado conocimiento de las cosas. Sólo la investigación propia y directa pueden conducir a este fin, tanto en las ciencias históricas como en todas las demás que tienen por base la observación y la experiencia". Don Marcelino era un portento de erudición y podía permitirse el lujo de desestimar este linaje de publicaciones. A él le pidieron toda su vida un manual de literatura española. No lo escribió y todavía estamos echándolo de menos. Los manuales son útiles, también necesarios, y no es cosa fácil hacer un buen manual. Constituye un instrumento de iniciación y puede también servir como guía para el estudioso cuando sea bien logrado. Ahora que, si en general un buen manual de historia es de difícil realización, un buen manual de historia en los países hispanoamericanos lo es mucho más. El proceso histórico argentino en sus primeros cincuenta años, ha sido anárquico, caótico; y la descripción, mucho más la síntesis de ese proceso, supone el conocimiento de un cúmulo de hechos menudos y de apariencia inconexa que integran la vida nacional. Supone también un conocimiento, más que superficial de la historia de cada provincia. Aquella norma de Fustel de Coulanges: "Un año de análisis para una hora de síntesis", debería ser observada con estrictez. Por desdicha, se ha impuesto siempre la tendencia a la improvisación; a no empezar nada por el principio y con método; a creerse todo el mundo capacitado para todo. De ahí que los manuales de historia sean malos, por lo general: confusos, difusos, exageradamente tendenciosos. También debe decirse que no bastaría un buen manual para asegurar la "formación histórica" de los alumnos. Algo y mucho tendrán que hacer los profesores….

-¿En qué libro puede informarse un argentino sobre lo que ocurrió entre 1853 y 1900?

-No es tan escasa la bibliografía sobre el tema, pero anda, sí, muy desperdigada. En mi sentir, el libro que contiene más informaciones en materia política sobre el período 1853-1900 es un libro de historia constitucional, del de Luis H. Sommariva, "Historia de las Intervenciones federales en las provincias".

-¿Qué opina usted sobre la llamada tradición liberal argentina?

-Me pone un tanto perplejo la pregunta. Pero voy a contestarla. Soy demócrata liberal en materia de política porque, a pesar de todas las pruebas que ha soportado, sigue siendo para mí el menos malo de los sistemas de gobierno, el que más satisface al sentido moral para explicar el por qué de la autoridad y el que mejor contempla la dignidad de la persona humana. Y sin embargo no siento

ninguna simpatía por la llamada *tradición liberal argentina.* Entendámonos. La revolución de independencia justificó su movimiento con la doctrina de la soberanía del pueblo y del liberalismo político. Estos términos, en una democracia liberal, son teóricamente inseparables. Lo han sido también en la práctica, desde la revolución francesa, en todas partes menos en algunas regiones de Hispanoamérica. La participación del pueblo en el gobierno –imprescindible en una democracia liberal- fue impedida por los primeros hombres que tuvieron el poder en la revolución del Río de la Plata. Descubrieron algo tarde que el pueblo "no estaba preparado para el gobierno". Y acaso fuera así, pero surge en seguida el interrogante: Y entonces, ¿por qué el movimiento de independencia?....En 1826, Rivadavia y su círculo de liberales, fueron protagonistas de una famosa trapacería política de trascendencia internacional. No pudieron llevarla hasta el fin, y entonces Lavalle, otro héroe liberal, beneficiario de un motín, fusiló, sin proceso y "por su orden", a un gobernador de Buenos Aires, encargado de las relaciones exteriores. Por una terrible y justificada reacción sobrevino el desorden y se sucedieron gobiernos más o menos de hecho. El pueblo estuvo presente en todas partes y casi nadie se sustrajo a la lucha. Desde Puente de Márquez(1829), batalla en que fue vencido Lavalle, hasta Pavón(1861), victoria del liberalismo político, hubo anarquía, dictadura, tiranía, crímenes, separatismo, pero por uno y otro lado, también hubo sacrificios, abnegaciones, amor a la patria, coraje sin límites y un sentido heroico de la vida digno de un gran pueblo en acción, que por desgracia habría de perderse. Hubo todo eso pero no liberalismo. Después de Pavón, planteóse un problema muy parecido al de cincuenta años atrás. ¡Libertad! ¡Libertad! Era el grito de todos…Pero ¿participación del pueblo en el gobierno? No. Eso no. Todos eran demócratas liberales pero….Y ahí estaba sin embargo la Constitución de 1853, con las reformas del 60, proclamando la forma de gobierno representativa. Los constituyentes habían dejado la clave del secreto con sólo callar lo principal. Una ley electoral nacional y catorce leyes electorales provinciales, bien amañadas, podían acabar con el sistema. Leyes electorales sin garantía de voto libre, gobiernos fuertes, sobre todos gobiernos que se dejaran tumbar, y el liberalismo, aunque claudicante, podría vivir. ¡Triste solución". ¿Liberalismo sin democracia? Ni eso. La república patricia de Venecia, aseguraba por lo menos el voto al patriciado y nadie podía llamarse a engaño. En el nuevo sistema instaurado en el Río de la Plata podían votar todos y ninguno. Para la exportación, sufragio universal. En el orden interno, carencia de libertad para votar. Y al que desobedece al comisario…¡fuego!...La técnica fue perfeccionándose con objeto de alejar definitivamente al ciudadano de la escena y evitar crímenes y desórdenes. Al final de la primera presidencia de Roca, el nuevo sistema estaba casi consolidado. Pocos querían votar…Después, nadie. ¿Cómo pudo ponerse en obra semejante aberración?....La respuesta es más sencilla de lo que se cree. Un capitalismo desenfrenado –y en eso si fueron LIBERALES aquellos gobiernos- aseguró contra cualquier riesgo a las autoridades: presidentes y gobernadores. Los empréstitos extranjeros daban para todo. Con dinero se compraban buenas armas, se reclutaban soldados (no había conscripción obligatoria) y ninguna revolución podría triunfar. Asi fue vencida la de 1874, la de 1880, y , la más justificada de todas, la del 90. El capital obraba maravillas. Escucho ya la voz hueca y solemne de la *tradición liberal argentina.*

-¿Y los códigos?

-Si, es verdad, contesto, los derechos civiles…No está mal…Pero en tiempo de Napoléon ya se observó que el código civil era laley de los ricos….En efecto, hay que tener algo para interesarse por el derecho de propiedad, por la posesión, por las sucesiones, los contratos, las obligaciones. El derecho que hubiera podido interesar a la mayoría, el voto, se negaba rotundamente, agresivamente. Como antes del liberalismo. Cincuenta años de pueblo sin liberalismo y cincuenta de liberalismo(?) sin pueblo.

-El progreso, los ferrocarriles, los bancos….(sigue la tradición liberal….)

-Muy bien, muy bien, no lo niego…; pero acérquese el argentino a la llamada "crisis de 1890" que provocó la revolución de ese mismo año…y si tiene sensibilidad moral retrocederá poseído de una amarga repulsión.

Aquello tenía que terminar y terminó…al cabo de cincuenta años. (Mitre no era Roca, es verdad, y yo tengo veneración, lo confieso, por la figura de Mitre, y quiero verlo al margen de to aqeullo; por eso me duele el famoso acuerdo del 91 y otros abrazos que vinieron después). Terminó ese estado de cosas al dictarse la ley electoral de 1912. ¡A los ciento dos años de la Revolución de Mayo!...Un presidente: "Quiera el pueblo votar"….no será baleado ni escarnecido, y el veredicto de las urnas se respetará. Gran indignación entre la *minoría selecta*… Gritos a la traición…Pero uno de los más ilustres autores argentinos de derecho público, ex ministro de Roca y gobernador en tiempo de Juárez Celman, el doctor Joaquín V.González, le hizo al régimen de la tradición liberal argentina(al cual había pertenecido y que veía desaparecer) la siguiente despedida en el Senado de la Nación, al tratarse la Ley Electoral del voto secreto: "El horror al comicio, señor Presidente, ha nacido en nuestro país del horror a la sangre, a la violencia y al atropello brutal….Este país, según mis convicciones, después de un estudio prolijo de nuestra historia, no ha votado nunca….Han sido, pues, en gran medida, los nuestros, gobiernos de hecho. Nosotros somos un organismo político roido por el fraude y la mentira…"(Jurisprudencia y política).

¿gobiernos de hecho los de Sarmiento, Avellaneda, Pellegrini, Roca?...¿Gobiernos de fraude y mentira?....¿Y el bronce de las estatuas?...Maravillosa *tradición liberal argentina*: Que otros canten loas a tus prohombres….

-¿Qué opina sobre el revisionismo?

-El término parece argentino y de invención reciente, porque no figura en el diccionario de la Academia española. Su acepción no es muy clara. Pero no importa. Si quiere indicar libertad para interpretar sin imposiciones extrañas de cualquier índole, los hechos históricos, me parece bien. Pero dicen por ahí que es palabreja inventada para defender aquello de que "la raison du plus fort est toujoure la meilleur", com en la fábula de La Fontaine.

-¿En qué punto cree usted que se finca fundamentalmente la divergencia entre la corriente liberal y la revisionista de la historia argentina?

Como no sé a punto cierto lo que es el *revisionismo* (el señor Gandía –antirrosista exaltado- dirige una revista de historia que se llama "Revisión") y no sé si los revisionistas rosistas forman centro

aparte, o se llaman así todos los que, sin pertenecer al instituto “Juan Manuel de Rosas” , se interesan por el estudio de la dictadura e investigan sobre el tema: como no sé tampoco si la *corriente liberal* están en la academia oficial de la historia y si es ahora revisionista también, pido que se me excuse de contestar a esta pregunta.

-¿Cree usted que el pueblo argentino posee los elementos para adquirir una formación histórica de sentido verdaderamente nacional?

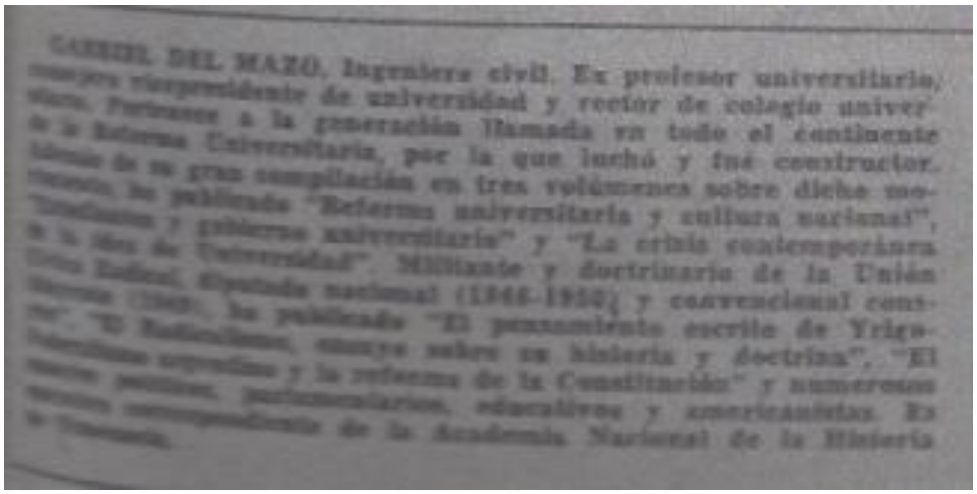
-Creo que no habrá de carecer de elementos quien se proponga adquirir una buena “formación histórica” de sentido nacional, pero cabe decir que la verdad histórica es una verdad muy relativa y, en cuanto tiene de más interesante, no se adquiere como la verdad experimental y matemática. Esa parte más interesante no está, por lo general en los documentos, aunque los simples papelitos sueles un poco infautados….Ellos son los causantes de que a veces se nos hagan preguntas como esta que se me formuló no hace mucho, previa fijación de lugar y hora: “¿Dónde puedo encontrar la verdad sobre Rosas?...” ¡La historia es una ciencia!, dicen de continuo. Me parece que no discutiríamos tanto si lo fuese. Por lo menos ciencia experimental, como quisieron algunos, no lo es. “El hombre –decía Renan- se hace matar por opiniones y no por certidumbres”. Y recordaba el e pur si muove, de Galileo. La frase tiende a demostrar que no hay otra certidumbre u opiniones las que adquirimos por la historia, lo cierto es que el hombre se hace matar por ellas y esto mismo no acredita mucho el carácter científico de la disciplina. Si su profundo sentido humano. Paul Valery no la quería nada. “La historia –decía- es el producto más peligroso que la química del intelecto humano haya podido elaborar. Sus propiedades son conocidas: hace soñar y produce la embriaguez en los pueblos, exagera sus reflejos, mantiene vivas sus antiguas llagas, los atormenta en el reposo y los conduce al delirio de las grandezas. La historia justifica todo lo que uno quiere que justifique…”. Y Gabriel Hanotaux respondíale con evidente inquietud: “La Historia, señor, es la memoria de las generaciones. La Historia diferencia a la sociedad humana de las sociedades animales. La Historia ha construido la civilización. No puede concebirse la inteligencia sin la memoria, ni la continuidad social sin la Historia”. Como se ve, también en el dominio de la filosofía histórica existen clásicos y revisionistas…como quiere la ilustrada dirección de ESTO ES.

GABRIEL DEL MAZO

Foto

Gabriel del Mazo.

Recuadro:



GABRIEL DEL MAZO, Ingeniero civil. Ex profesor universitario, ex vicepresidente de universidad y rector de colegio universitario. Pertenece a la generación llamada en todo el continente de la Reforma Universitaria, por la que luchó y fué constructor. Autor de su gran compilación en tres volúmenes sobre dicha movimiento, ha publicado "Reforma universitaria y cultura nacional", "Tradición y gobierno universitario" y "La crisis contemporánea de la idea de Universidad". Militante y doctrinario de la Unión Cívica Radical, diputado nacional (1946-1950) y convencional constituyente (1949), ha publicado "El pensamiento escrito de Yrigoyen", "El Radicalismo, ensayo sobre su historia y doctrina", "El Radicalismo argentino y la reforma de la Constitución" y numerosos ensayos políticos, parlamentarios, educativos y americanistas. Es miembro correspondiente de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela.

-¿Cree usted que la polémica sobre temas históricos es conveniente y contribuye a exaltar el espíritu patriótico?

-Baste decir que no hay posibilidad de formación política sin el conocimiento de la historia, el primero de los conocimientos que le son indispensables. La polémica histórica liquida las versiones mentirosas o equivocadas y mueve los temas que están en la base de la cultura cívica y social y de los problemas del Estado. Es suscitadora del interés histórico y aviva y sustancia el sentido patriótico de la actuación privada y pública.

-¿Existe una historia argentina completa que permita conocer el verdadero desarrollo político, social y económico de nuestro país? Sí existe, cuál es; y si no, por qué no se escribe.

-No existe un libro de historia argentina completa. Cuando no fallan por ausencia de las respectivas épocas contemporáneas, son incompletos por no abarcar el conjunto de los factores fundamentales de los que resulta la historia, entre ellos los ético-políticos, olvidando frecuentemente que la historia es un saber moral, por lo mismo que constituye una ciencia política. Los estudios históricos en el país han llegado a ser importantes. Hay una enorme y a veces brillante producción monográfica. Falta para la cultura nacional una obra de decantación y de síntesis –que incluso señale hasta ese momento todo cuanto quede por investigar o poseer a fondo- que se desarrolle sin documentaciones prohibidas ni personajes "tabú" ni limitaciones portuarias: una versión orgánica, genuina, de amplitud nacional, lúcida y animadora, nutrida en el hondón germinal del acontecer histórico argentino.

¿Por qué no es escribe? No es sencillo. Una obra de gran condensación exige no sólo profunda y firme información sobre el pasado, sino amplia cultura; capacidad de vuelo para la comprensión integral de los factores; profundo sentido de los valores de la nacionalidad. Pero sobre todo, valentía intelectual para decir las verdades fecundas, cualesquiera sean las consecuencias.

Un gran libro de historia nacional puede contribuir decisivamente a formar la vigorosa conciencia defensiva y creadora de una nacionalidad, y ser así un acontecimiento patrio.

-¿Los manuales destinados a la enseñanza llenan la finalidad de proporcionar a los estudiantes una buena formación histórica?

-Los manuales destinados a la enseñanza que conozco no llenan la finalidad formativa histórica. Adscriptos, en general, a los esquemas historiográficos que ejercieron largo imperio mental, se vuelven inaceptables para una conciencia histórica renovada.

Tampoco en el sentido cívico. Nótese que en la mayoría de los manuales destinados a la enseñanza pública sigue burlada la opción reiterada y constituyente de nuestros pueblos, que lucharon por una organización republicana, federal y representativa. En ellos se realzan –sin observaciones- las figuras que en los sucesos decisivos para la nacionalidad estuvieron precisamente en la posición contraria; como monarquistas, centralistas o fraudulentos fueron la negación de aquellos pronunciamientos nacionales. A partir de 1810, a los monarquistas, unitarios, "liberales" y oligárquicos debieron oponérseles, luchando por defender lo histórico, los republicanos, federales, autonomistas y radicales respectivamente. Y esta dialéctica fundamental de que se nutre nuestra historia no aparece en aquéllos textos. Ni se explica ni entiende el significado clave de la lucha por la capitalización de Buenos Aires.

Tal vez es en cierta medida por todo ello que los estudiantes más lúcidos no creen en los manuales. Más: les desconfían. Intuyen una prestidigitación; o consideran que se trata de exposiciones de tipo convencional –"representaciones"- que ellos y sus profesores están destinados a repetir como una fórmula escolástica. He tratado toda mi vida con estudiantes y

tengo comprobaciones y anécdotas significativas. En general, esa historia no les interesa. Buscan las lecturas históricas en otra parte. Cuestión muy importante: pues sin interés, no hay pedagogía posible.

-¿En qué libro puede informarse un argentino sobre lo que ocurrió entre 1853 y 1900?

- No sólo en las compilaciones voluminosas, sino en los manuales, la historia nacional relativa a las cinco y hasta siete últimas décadas ha sido hurtada. Algunos tratados tienen atraso mayor: se remontan hasta 1860, es decir, hasta hace un siglo; de modo que es mayor el decurso no tratado que aquél a que se refieren. El año 1880, fecha de fundación del largo "unicato" oligárquico –en que aparece nítidamente lo que los radicales llamamos "el régimen" y toma bríos la dialéctica de Régimen y Causa que con variantes de época aún subsiste-, aparece, casi sin excepción, como el momento en que se consolida la "organización nacional", cuando lo que se consolida en verdad es la organización de la oligarquía, tema sobre el que se pasa como sobre ascuas. A partir de 1912 o 1916, fechas cuya importancia no queda ni medianamente esclarecida, los libros de enseñanza se resuelven en listas de Presidentes. Se da entonces el caso que, sobre el acontecer argentino de medio siglo y más, no traen valoraciones ni referencias suficientes para los que están pisando ese tiempo histórico. El Radicalismo acto eminente –cuando no protagonista- de cerca de medio siglo de la historia contemporánea, está relegado. Los historiógrafos en su mayoría lo han tenido por inexistente o sólo lo han mencionado para denostarlo. Esto no es nuevo. Cuando publiqué hace quince años la primera edición de El pensamiento escrito de Yrigoyen, quedó revelado inusitadamente para los jóvenes de la época –como un descubrimiento- la extraordinaria personalidad histórica y el magisterio político que nadie había enseñado de Yrigoyen, quien había sido dos veces Presidente de la República y para quien subsistía, cultivada por los usufructuarios de su caída, la antigua conspiración de descrédito, silencio y deformación de su figura.

-¿Qué opina usted sobre la llamada tradición liberal argentina?

-La gran tradición argentina es la de la libertad. Tradición cuya consistencia inconmovible resulta de que la libertad, a pesar de las vicisitudes pasadas y presentes, es la idea y el sentimiento más vivo y profundo del alma argentina. Por eso la palabra "liberal", que incluye en su raíz el concepto de la libertad, se presta a todos los equívocos, algunos de los cuales han traído dañosas consecuencias. Si la corriente llamada "liberal" es la que procede del "liberalismo" –que es una doctrina a la vez política y económica, inescindible en estos componentes- esa corriente no es la nuestra. El liberalismo fue una ideología que influyó en todo el mundo; representó en Europa el paso del poder político y económico de un estamento social a otro; pero de ningún modo representó ni significó la renuncia de Europa a sus planes colonialistas sobre el resto del mundo. El siglo XIX europeo llegó a ser su expresión más completa a través de la organización industrial y positivista, y del mercantilismo e imperialismo colonizadores. Predicó la libertad y convirtió al mundo en factoría. Proceso de expansión en contra nuestro, no puede ser considera para señalar una tradición emancipadora argentina o americana.

A su vez, la palabra "liberal", al ser utilizada sin definiciones claras, trae también engañosas situaciones, cuando la posición crítica "anti-liberal" no lleva el afán de reivindicar la libertad ni de

hacerla efectiva, sino tal vez una secreta admiración del despotismo. Eso tampoco es lo nuestro. Una Nación es una forma diferenciada de espiritualidad creadora que nunca podrá fundarse en lo ínfimo de la condición del hombre. Ni sería congruente que el revisionismo de los distintos campos que protesta su derecho a la revisión del pasado, negase libertad al presente o al futuro.

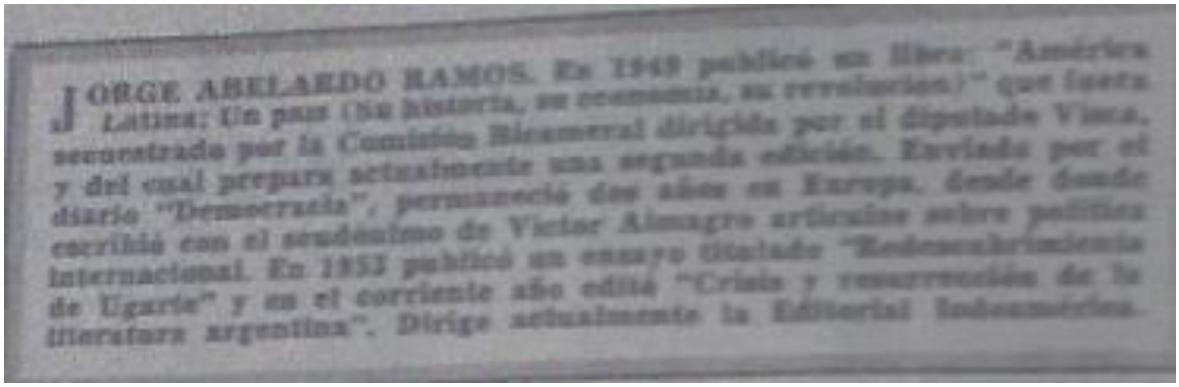
-¿Qué opina usted sobre el revisionismo?

La historia nacional es una conciencia de la personalidad nacional. Además, es una relación con el destino querido de la nacionalidad. Constituye así una unidad –compuesta de futuro, presente y pasado- cuyo conjunto es lo que sufre variación; porque es de tal modo cosa viva, renovada, prospectiva, dejos de lo inmutable; capaz de sugerir en cada momento, a cada generación, el deber y la acción necesarios para que el país –el único lugar donde el mundo se da en nosotros- se adueñe de sí y sea él y no otro. El juicio histórico es revisible, no sólo por la modificación de los datos del pasado que surgen de nueva investigación, sino porque depende de su teología; porque conjura nuestra experiencia histórica actual con nuestra idea sobre el sentido del hombre en la historia y de la Nación como persona del mundo.

A partir de la llamada “escuela nueva”, el revisionismo ha prestado en el país grandes servicios historiográficos y revelado brillantes mentalidades de escritores y estudiosos. Exhumó constancias escondidas y conmovió un orden dogmático e intocable. Imperaba entre nosotros una historia escrita sobre fórmulas congeladas, cuyos titulares principales ejercieron tiranía intelectual y , desde la política, la prensa y la Universidad fulminaron toda tentativa de apreciación independiente. Como que es reacción contra excesos, ha cometido excesos. Padece de unilateralidad sobre personajes y épocas más cercanas. Pero la ley de todo revisionismo es ser revisado, para así obtener y conservar de él todo lo que con su esfuerzo haya dado de perdurable.

ANEXO N°7. Entrevistas a Jorge Abelardo Ramos y Ricardo Zorraquín Becú. En ESTO ES. N° 32. 6 de julio de 1954.

Recuadro



JORGE ABELARDO RAMOS. En 1949 publicó su libro "América Latina: Un país (su historia, su economía, su revolución)" que fuera secuestrado por la Comisión Bicameral dirigida por el diputado Vieta, y del cual prepara actualmente una segunda edición. Enviado por el diario "Democracia", permaneció dos años en Europa, desde donde escribió con el seudónimo de Víctor Almagro artículos sobre política internacional. En 1953 publicó un ensayo titulado "Redescubrimiento de Ugarte" y en el corriente año editó "Crisis y resurrección de la literatura argentina". Dirige actualmente la Editorial Indoamérica.

Foto

-Cree usted que la polémica sobre temas históricos es conveniente y contribuye a exaltar el sentimiento patriótico?

-El debate sobre nuestro pasado se reabre constantemente. ¿A qué se debe esta persistente actualidad de los problemas históricos en nuestro país? Creo que la vigencia del tema de Rosas o Rivadavia(con todo el odio faccional implicado en esos nombres), del mismo modo que la presencia en el espíritu público del carácter infame de la guerra del Paraguay y del funesto rol de

Mitre en esa guerra, así como la creciente popularidad de la significación política del "Martín Fierro", tienen una clara explicación, que rechazarán de inmediato todos los historiadores profesionales. Si en la Argentina se discuten apasionadamente temas históricos, es porque un ciclo decisivo de su historia aún no ha terminado. En cierto sentido, Rosas, Mitre, Roca o Yrigoyen todavía forman parte de nuestro presente, simbolizan fases de nuestra revolución democrática inconclusa. A nadie se le ocurriría en Francia o Inglaterra discutir en nuestros días con espíritu partidario las figuras de Robespiere y Luis XVI, de Cronwell o Carlos I. Habiéndose consumado en esas naciones la revolución burguesa en los siglos XVII y XVIII, esos políticos del ayer son hoy personajes históricos, yacen estratificados en los manuales escolares y en la iconografía oficial. No despiertan en el espectador contemporáneo sino una vaga simpatía o aversión retrospectivas, según los gustos. No son seres vivos. Pero en la Argentina se combinan raramente el pasado y el presente, la historia y la política; hay rosistas y antirrosistas, mitristas y antimitristas, roquistas y antirroquistas, para no hablar de los grandes olvidados, como Alberdi, que forman parte esencial de nuestro proceso intelectual. La polémica histórica es imprescindible para fortalecer la conciencia nacional de la nueva generación, generalmente subyugada por la influencia cultural del imperialismo. Por otra parte, el país necesita de la polémica como del oxígeno para comprender los fines que la historia le impone, y que no son otros que contribuir a la fundación de la gran nación latinoamericana. La secular victoria oligárquica anuló durante muchos años la polémica como recursos didáctico. Bastaban las conferencias de Levene, las teorías económicas de Pinedo o los chismes literarios de Victoria Ocampo para satisfacer el apetito intelectual de un país hundido en el pantano del coloniaje. Parece que comenzamos a salir de ese clima, como lo prueba la acogida que la juventud intelectual ha dado a mi ensayo "Crisis y resurrección de la literatura argentina", donde desnudo hasta la raíz la farsa de una cultura que no nos pertenece y las razones históricas de esa farsa. El miedo a la polémica no podría distinguir a la juventud de un país caracterizado por la osadía revolucionaria de su clase obrera.

-¿Existe una historia argentina completa que permita conocer el verdadero desarrollo político, social y económico de nuestro país? Si existe, ¿cuál es?; y si no, ¿por qué no se escribe?

-No existe, a mi juicio, una Historia Argentina con esas características. La historia argentina fue escrita por los usufructuarios porteños de Caseros, en primer lugar por Mitre, representante de la burguesía comercial de Buenos Aires. El fundador de "La Nación" forjó la leyenda aceptada y estableció las zonas prohibidas y los temas intocables, uno de los cuales era él mismo. Pero las nuevas fuerzas actuantes en la Argentina, la clase obrera en primer lugar, han abierto el camino para reescribir y reinterpretar los hechos del pasado de acuerdo con un punto de vista genuinamente nacional. Esta tarea saneadora constituye uno de los altos privilegios de toda revolución que aspire a ser trascendente.

-En qué libro puede informarse un argentino sobre lo que ocurrió entre 1853 y 1900?

-Sería difícil citar alguno. NO debe asombrar esta gigantesca omisión, pues ya dijimos que la historia es para los argentinos una rama de la política, y no un capítulo cerrado. Debe tenerse presente que la organización nacional no empezó en 1853, sino en 1880. Si las fábulas mitristas

dicen lo contrario, es simplemente porque la completa victoria ulterior del capital extranjero en la Argentina encontró en la burguesía comercial porteña y los terratenientes bonaerenses a su más sólido punta. Lo que en realidad ocurrió fue que el partido rivadaviano, encabezado después de Caseros por Mitre, se creía propietario por derecho divino del puerto y de sus rentas. Urquiza expresó una vieja aspiración de las provincias del interior al nacionalizar la Aduana de Buenos Aires en agosto de 1852. Pero la revolución del 11 de septiembre del mismo año constituyó la réplica de los intereses localistas de Buenos Aires a esa atrevida tentativa provinciana; así pudo verse abrazados a los unitarios y a los rosistas de la víspera, a Lorenzo Torres y a Valentín Alsina, a los "mazorqueros" y a los emigrados, todos porteños y unidos todos en la defensa del puerto de Buenos Aires, la Vaca Sagrada. La medida nacionalizadora de Urquiza, al tocar la intangibilidad del las rentas aduaneras, que pertenecían en realidad a la nación entera, levantó en armas a los porteños; MItre fue su poeta y su profeta. ¿Mitre, organizador de la Nación? en 1854, con el apoyo del capital europeo, el traductor del Dante separaba a Buenos Aires de la Confederación Argentina y creaba un Estado independiente y soberano, servido por un cuerpo consular y diplomático que ni la propia Confederación podía sostener en el exterior. La base económica del nuevo Estado era un despojo: la Aduana y sus rentas. Para no entregar al pueblo argentino los ingresos aduaneros, Mitre, junto con los hacendados y comerciantes de Buenos Aires, prefería destruir la unidad nacional. Este es un hecho histórico inconmovible, que "La Nación" jamás podrá borrar. Fue en esos días que Mitre empezó a alentar la formación de los Estados Unidos del Sur o de la República del Plata, con el propósito de crear un Estado que, uniendo a Uruguay con la provincia de Buenos Aires, mantuviese el control de ambos puertos y sometiese así al interior argentino y sudamericano. Por todos estos hechos no existe el libro a que ustedes aluden. ¿Qué historiador podría haber publicado investigaciones auténticas de este período sin ser lapidado y convertido en un muerto civil? El único que se atrevió fue el eminente uruguayo Luis Alberto de Herrera. Pero, fuera de un círculo reducido, ¿quién conoce los libros de Herrera en la Argentina? Toda la presidencia de Mitre, es decir, de nuestro principal historiador, se destaca por dos hecho: la exterminación los últimos caudillos populares en el interior, a cargo del ejército de línea, y la iniciación de la catastrófica guerra del Paraguay. Esos son los títulos de Mitre para la posteridad. Nuestros caudillos constituían la personificación de la democracia elemental de la campaña, productos de la economía natural y formas políticas criollas de un nivel social precapitalista. El Chacho no necesitó hojear a los federalistas norteamericanos para encarnar vigorosamente a los pueblos de su provincia. Pero Mitre aniquiló por el engaño, el asesinato y la persecución más despiadada a los restos del criollaje alzado. La anda de especuladores, banqueros y agiotistas europeos de Buenos Aires aplaudía la obra civilizadora de Mitre. En cuanto a la guerra del Paraguaya -contra la cual se levantaron Alberdi, José Hernández, Carlos Guido y Spano y muchos otros-, estaba dictada por los intereses del capitalismo europeo. Era el Paraguay el Estado más adelantado de América del Sur. Fue destruido por la Triple Alianza, encabezada por Mitre, para restaurar el latifundismo bárbaro en la economía agraria paraguaya y restablecer el dominio de la oligarquía probritánica. Mitre dejo la presidencia en medio de la indignación general, lo que no le impidió en 1874 encabezar otra revolución contra Avellaneda, representante de los intereses provincianos, y tomar las armas nuevamente en 1880, detrás de Tejedor, para oponerse a la federalización de Buenos Aires, impuesta por Roca y los intereses nacionales. Así fue como el

mitrismo porteño forjó la leyenda del antirroquismo, y así fue como se le atribuyó a la revolución del 90 un carácter popular que nunca poseyó fuera de la Capital Federal. ¡Como para escribirse la historia de ese medio siglo!...Sería escribir el proceso a la oligarquía, que comienza con Mitre, poeta de los importadores, y termina con Ortiz, abogado de los ferrocarriles ingleses y corolario de la década infame. La historia del período de 1853 a 1900 deberá ser escrita desde un punto de vista argentino y latinoamericano, revolucionario y antiimperialista; de otro modo, no podrá comprenderse. Y sólo podrá escribirse a partir de nuestros días, puesto que la oligarquía, de la cual el mitrismo continúa siendo su más importante elemento ideológico, ha sido expropiada del poder político, pero no está verdaderamente vencida. Hay que derrotarla en el plan intelectual, pues sólo así habrá muerto históricamente. Las polémicas sobre los temas de nuestro pasado entrañan verdaderas batallas teóricas para una completa emancipación espiritual del pueblo argentino. "La tradición de las generaciones muertas -ha escrito Marx- oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos". Es solamente con el método marxista -prostituido durante un cuarto de siglo por el stalinismo, antinacional y contrarrevolucionario-, que podremos iluminar nuestro pasado, esclarecer nuestro presente y preparar el porvenir.

-¿Qué opina usted sobre la llamada tradición liberal argentina?

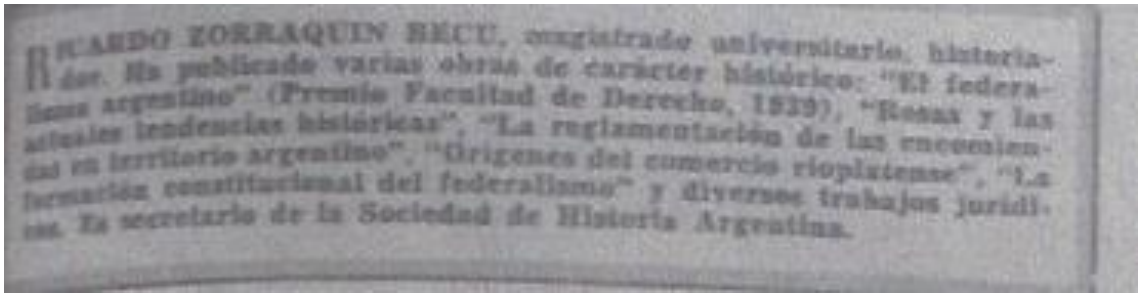
-Los que hablan actualmente de la "tradición liberal" o de la "generación de Mayo" en la Argentina, lo hacen generalmente como un recurso retórico para hostigar a la revolución nacional argentina, a la que suponen una aberración histórica o la negación de aquella tradición. Como vemos, la historia es entre nosotros tributaria de la política. Al imperialismo le conviene este equívoco. Digamos ante todo que el liberalismo del siglo XIX difiere sustancialmente del liberalismo en el siglo XX. El liberalismo en el pasado constituyó la filosofía política de la burguesía, es decir, del capitalismo en expansión. En nuestra época, que es la época del imperialismo(una forma especial de remate y de crisis capitalista) el liberalismo político ha perdido los fundamentos materiales que le dieran origen y sólo permanece como una sobrevivencia teórica, interesante para algún museo de las Ideologías. Su contenido vital está agotado. Pero en el siglo XIX el liberalismo disponía de una escena histórica apropiada: era innegablemente progresivo y revolucionario; lo que no significa que debamos confundir el liberalismo de Mariano Moreno con el de Rivadavia, el de Alberdi con el de Mitre, el de Roca con el de Juárez Celman, el de los constructores del país con el de sus entregadores. El carácter embrionario de la burguesía nacional argentina determinó la debilidad de nuestro liberalismo, su inconsecuencia, su estilo pactante. Pero es preciso distinguir cuidadosamente cada personaje y cada política y aislar en ellos los elementos de resistencia nacional que encarnaban, al mismo tiempo que su voluntad de progreso y su ambición de construir una nación moderna. Bien sabemos que Echeverría y Alberdi no eran unitarios. Ambos llegaron incluso a aproximarse a Rosas con el objeto de ligar el pensamiento liberal con los caudillos enraizados en las masas. La incomprensión de Rosas a este respecto, producto de condiciones personales y circunstanciales objetivas, constituyó un elemento fatal: Echeverría y Alberdi se vieron arrojados y confundidos en el exterior con toda la emigración. Al caer Rosas se verían claramente las profundas diferencias entre los emigrados. El resultado concreto fue que Rosas no supo o no pudo ligar la resistencia al extranjero con el progreso en el

interior con el desarrollo de una cultura nacional. Estuvo en estos aspectos fundamentales muy por debajo de Carlos Alberto López, sucesor del doctor Francia en el Paraguay, que no fue menos celoso de la soberanía paraguaya pero que aplicó en Sudamérica el método japonés de combatir a Europa apropiándose de su técnica y de sus métodos de progreso. La incapacidad de Rosas para realizar esta doble tarea dejó inerme al país cuando se produjo su caída: Argentina en manos del mitrismo, fue fácil presa del capital extranjero. La genuina tradición liberal argentina se reiniciaría con el triunfo de las provincias en 1880, al federalizar a Buenos Aires: Roca es la realización de las ideas de Alberdi, de quien también se proclama discípulo José Hernández, autor del "Martín Fierro" y antiguo montonero de López Jordán. La generación del 80 organiza el país, pero lo hace con los exiguos materiales heredados de la historia. Ya Europa había clavado aquí su zarpa y Roca salva lo que puede salvar. Juárez es su antítesis. Lo que sería Alvear para Irigoyen.

No hay que confundir el liberalismo con el librecambismo ni con el cipayismo. No es precisamente con métodos liberales que se puede construir en nuestros días una nación; pero ¿alguien se atrevería a tratar a los jacobinos franceses del siglo XVIII de "entreguistas"?. Sin embargo, era liberales, revolucionarios y asumían los intereses generales de su patria frente a la Santa Alianza, de la contrarrevolución europea. El revisionismo histórico es menester practicarlos a fondo, incluso contra toda tentativa de aquellos ideólogos feudales que quieren remontar hacia atrás la rueda de la historia.

RICARDO ZORRAQUIN BECU

Recuadro


RICARDO ZORRAQUIN BECU, magistrado universitario, historiador. Ha publicado varias obras de carácter histórico: "El federalismo argentino" (Premio Facultad de Derecho, 1939), "Rosas y las actuales tendencias históricas", "La reglamentación de las encomiendas en territorio argentino", "Orígenes del comercio rioplatense", "La formación constitucional del federalismo" y diversos trabajos jurídicos. Es secretario de la Sociedad de Historia Argentina.

Foto

-¿Qué opina usted sobre la llamada tradición liberal argentina?

-El liberalismo tiene entre nosotros, exactamente, dos siglos de existencia. Comenzó persiguiendo y luego expulsado a los jesuitas; impuso el libre cambio con Cevallos y se hizo progresista con Vértiz; Moreno le dio un impulso jacobino y Rivadavia quiso implantarlo a fuerza de leyes y decretos; no le faltaron defensores militares ni propagandistas económicos; la Asociación de Mayo lo vistió de un ropaje romántico que mantuvo en épocas posteriores; la organización nacional fue el período de su máximo esplendor, porque supo conservar una postura espiritualista y darse un contenido jurídico; en la década que comienza en 1880 se hizo materialista y ateo, provocando la reacción de un grupo católico que también era liberal, pero con otro sentido; y es notorio que a partir de entonces estuvo inscripto en las banderas de todos o casi todos los partidos aunque adoptaron matices a veces muy diversos.

Hablar, por consiguiente, de una tradición liberal argentina significa, o bien olvidar esas diferencias muchas veces fundamentales, o bien creer que a pesar de sus contenidos tan diversos existe un fondo ideológico común, que mantiene la continuidad requerida por toda tradición. Si ese fondo común consiste en el respeto por la personalidad humana, en el reconocimiento de sus libertades esenciales, y en las garantías jurídicas que las acompañan, nadie podrá negar honestamente la continuidad y persistencia de un sentimiento liberal, de carácter moderado, humanista y jurídico, que en definitiva es el que la doctrina católica acepta. Pero no creo, en cambio, que exista una tradición liberal referida a las persecuciones religiosas, al laicismo, al libre cambio, y a todos los demás excesos ideológicos que han jalonado su tránsito por la historia.

En ese liberalismo del siglo XIX, aunque con algunas variantes entre sí, se inspiraron los cuatro historiadores que a mi juicio pueden llamarse clásicos entre nosotros: Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Paul Grousac y Adolfo Saldías. Clásicos por la armonía y la importancia de su obra, lo fueron también como maestros indiscutidos de la historiografía posterior. A pesar del tiempo transcurrido, y de que esas historias han sido rectificadas en muchos detalles, todavía contienen una evocación del pasado de indispensable consulta.

-¿Qué opina usted del revisionismo?

-Rigurosamente hablando, la historia se encuentra en perpetua revisión. Las nuevas investigaciones o los cambios ideológicos obligan necesariamente a repensar lo que se ha escrito y a modificar los juicios anteriores. En este sentido, la historia nunca produce obras definitivas y es, por lo tanto, una disciplina cuyos laboratorios se encuentran en permanente actividad.

Pero entre nosotros se ha llamado revisionista a una actitud iconoclasta, que aspira a colocar en los altares de la patria a otros valores que los consagrados por la historiografía liberal. El debate se ha centralizado, casi exclusivamente, en torno a la figura de Rosas. La legitimidad de esta posición, y su éxito, dependerán del cúmulo de razones que se den para justificar ese trueque de valores.

Causas fundamentalmente políticas han originado esa tendencia rectificadora. Hasta entonces los historiadores -con excepción de Saldías, Quesada y algún otro- había zaherido a Rosas por sus persecuciones, su violencia, y su incapacidad para organizar constitucionalmente al país. Una posición más nacionalista lo admira, en cambio, como autor de la unidad de la República y como defensor tenaz de la integridad territorial frente a la agresiva política extranjera. Y también hay quienes aplauden a Rosas y a los caudillos federales por su inclinación popular y el apoyo que las masas le prestaron, símbolo de una democracia embrionaria. Pero tanto los defensores como los enemigos de la dictadura han sido, por lo general, hombres de partido que convirtieron a la historia en vehículo de sus pasiones, para sostenerlas y difundirlas. La política se sobrepuso a la investigación exacta del pasado, de tal manera que, en el fondo, el debate gira en torno a distintas concepciones políticas.

Sin embargo la historia, si realmente aspira a cumplir su misión formativa, debe prescindir de eas ideologías pasajeras. El partidismo, el afán de zaherir o defender a un personaje o a una época, convierte a la historia en un alegato y sólo da una visión incompleta del pasado. La historia debe exhibirlo tal como fue, con sus defectos y virtudes, y explicarlo por sus causas, para extraer de ese conocimiento integral todas sus enseñanzas.

Me parece indispensable libertar a la historia de la política. Aquella debe ser el antecedente de ésta, no su esclava. Toda buena política debe fundarse en las enseñanzas de la historia, porque para construir y organizar un país es indispensable saber de qué elementos está formado, sus antecedentes y sus reacciones. La conducta anterior de un pueblo es el mejor indicio de sus intereses, y a que toda nación es una resultante de su vida pretérita. Por lo tanto, si la historia se escribe en forma parcial(en el doble sentido de la palabra), no podrá cumplir eficazmente la misión formativa que le incumbe.

-Cree usted que la polémica sobre temas históricos es conveniente y contribuye a exaltar el sentimiento patriótico?

-No creo en la conveniencia de polemizar. Toda polémica divide y exacerba las pasiones, sin contribuir por sí misma a un conocimiento más profundo. La discusión no es clima propicio para investigar y reflexionar con serenidad, como lo exige toda labor verdaderamente científica. La historia polémica provoca enconos a veces irreparables, y se convierte a la fuerza en un alegato, es decir, en lo contrario de lo que debe ser la exposición de los acontecimientos pretéritos.

Lo que sí conviene, para exaltar el espíritu patriótico y crear una verdadera conciencia nacional, es conocer cómo se ha formado el país, para saber cómo hay que seguir construyéndolo. Esto no se consigue discutiendo, sino estudiando. El patriotismo no se nutre con la división, sino que busca la unidad de ideas, de sentimientos, de aspiraciones y de intereses que ha de darle cohesión y fortaleza. La conciencia nacional debe estar por encima de las divisiones de partido, y por lo tanto de las discrepancias ideológicas de los historiadores.

Creo que ha llegado la hora de superar esas discusiones estériles. La historia personalista y fundada en concepciones políticas opuestas ha de ser reemplazada, en el futuro, por la historia nacional, que tendrá como base un amplio espíritu patriótico, y procurará poner en evidencia la evolución del país en su conjunto. La exaltación de los valores individuales debe dar paso al conocimiento más perfecto de las ideas, las instituciones, la sociedad y la economía en el pasado. Los próceres ya no serán ídolos inalcanzables y perfectos, sino seres humanos que actuaron, con todas sus pasiones, en su medio y en su época, realizando o resistiendo tendencias colectivas. A la influencia de las teorías políticas pasajeras se opondrán nuevos criterios fundados en los intereses generales de la nación(que no deben confundirse con los de una clase, una región o un partido), y en los valores eternos del derecho, de la moral y de la cultura. Las opiniones frívolas y las ideas preconcebidas desaparecerán mediante la investigación serena y la crítica constructiva. Y sobre todo, la historia ya no se escribirá para exaltar a un personaje, a una ideología o a un grupo político, sino para referir y explicar las causas de una evolución compleja en la cual el personaje central ha de ser la nación misma, la ideología dominante, los intereses colectivos, y el pueblo en su conjunto el que actúe en los escenarios cambiantes del pasado.

-En qué puntos cree usted que finca fundamentalmente la divergencia entre la corriente liberal y la revisionista de la historia argentina?

-Como ya lo he dicho, la divergencia que separa a los historiadores argentinos es, fundamentalmente, una divergencia de opiniones políticas. La distinta manera de encarar los problemas nacionales es la que alimenta y da energía a la polémica histórica, de tal manera que el estudio del pasado se realiza en función de aquel debate, y tiende a consolidar las posiciones partidistas. No hay problemas exclusivamente históricos que los separen: ni los métodos de investigación, ni la forma de exponer los sucesos pretéritos, ni las concepciones acerca de la naturaleza de la historia dividen a los liberales y a los revisionistas, los cuales solo tienen inclinaciones divergentes respecto a ciertos personajes o movimientos del pasado, en razón de su coincidencia o discordancia con sus preferencias políticas actuales.

Debe agregarse, sin embargo, que esa polémica alcanzó hace ya algunos años su mayor virulencia; pero ahora, posiblemente a causa de un cambio en las opiniones políticas o por la evolución natural de las ideas, ya no constituye la tendencia dominantes en los estudios históricos. Se va destacando, sobre todo entre los verdaderos investigadores, una orientación que aspira a superar ese antagonismo tradicional, y procura explicar la dictadura de Rosas como un producto de la época y como antecedente de la organización nacional, recordando a la vez los méritos evidentes y los errores notorios de ese gobierno.

-¿Cree usted que el pueblo argentino posee los elementos para adquirir una formación histórica de sentido verdaderamente nacional?

-Contestar negativamente esta pregunta significaría dudar de la vitalidad y del porvenir de la nación. Esa formación histórica de sentido verdaderamente nacional es la que propongo y creo indispensable, no sólo para renovar con mayor eficacia el estudio de los acontecimientos pretéritos, sino también para afirmar con mayor energía una conciencia nacional que necesita apoyarse en el pasado para construir el porvenir.

Un pueblo no es un agregado informe de individuos: es un organismo que trae consigo un inmenso caudal hereditario, y que aspira a transmitirlo acrecentado. Saber lo que ha sido y es esa herencia constituye el mejor alimento formativo de una conciencia nacional, porque sólo así adquirirá el pueblo un conocimiento exacto de su propio ser, de sus antecedentes y de sus necesidades, sin el cual el patriotismo resultaría un sentimiento vacuo y el porvenir quedaría librado a la improvisación.

Para logar un conocimiento exacto del pasado es indispensable estudiarlo sin prejuicios y sin exclusiones. La Argentina es una nación construida a la vez por los unitarios y por los federales, por quienes querían una constitución y por quienes la rechazaban, por los que luchaban por la libertad y por los que preferían el orden y la defensa del territorio, por los que organizaron el país y por los sucesivos gobernantes, con sus luchas, sus pasiones, sus tendencias heterogéneas e incompatibles. El carácter nacional es un resultado de todo eso y también de las ideologías predominantes. Para conocerlo es necesario recordar no sólo las glorias comunes y los éxitos colectivos, sino también los errores y los retrocesos que jalonaron el pasado, a fin de no reincidir en ellos. Pero sobre todo es indispensable que la crítica o el juicio de ese conocimiento integral se hagan pensando siempre en la patria, en sus necesidades y en sus intereses, y valorando los hechos con arreglo a criterios superiores que trasciendan el egoísmo partidista. Creo que así, y sólo así, alcanzará el pueblo argentino una formación histórica de sentido verdaderamente nacional.

ANEXO N°8. Entrevistas a Juan Canter y Vicente D.Sierra. En ESTO ES. N° 34. 20 de julio de 1954.

Recuadro

Juan Cánter, historiador, catedrático, publicista. Fue profesor de historia argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, de cuyo Instituto de Investigaciones Históricas fué encargado y miembro durante veintiocho años. Ha sido Académico de la Historia, colaborador de la Historia de la Nación Argentina, por ella editada, y miembro de diversos congresos e instituciones. Sus obras constituyen una extensa bibliografía sobre temas de nuestro pasado.

Foto

¿Cree usted que la polémica sobre temas históricos es conveniente y contribuye a exaltar el sentimiento patriótico?

-La polémica puede llegar a ser provechosa cuando se realiza entre gente responsable, que puede aportar alguna conclusión de sus investigaciones y estudios. No es posible aceptar polémica entre improvisados y gente acoplada a banderías que cubren con el marbete de la historia un partidismo político o una ideología extraña a las formas argentinas. Quizás la polémica entre capacitados pudiera servir para agitar un tanto el achatado ambiente argentino, que muestra el poco optimista cuadro de las excesivas preferencias hacia las actividades deportivas, no cultivándolas sino presenciando los espectáculos de tipo circense, apasionándose, discutiendo y sin cultivar el ejercicio de su cuerpo, ni el de su espíritu. Pues ante lo deportivo, son espectadores y ante lo intelectual indiferentes.

-¿Existe una historia argentina completa que permita conocer el verdadero desarrollo político, social y económico de nuestro país? Si existe, ¿cuál es?; y si no, ¿por qué no se escribe?

-Desde ya debo declarar que no. La Historia de la Nación Argentina, publicada por la Academia Nacional de la Historia sólo llega hasta 1862. Como toda historia monográfica es faltamente inconexa, contando con varios capítulos insuficientes e inaceptables, pues el hecho de ser académico de dicha corporación no autenticaba impositivo saber histórico. Sin embargo, para la realización de una obra tan vasta, sólo es posible la monografía o el desarrollo del proceso completo de un tema, encargado a un autor, al cual no le sea necesario improvisarse en el asunto. En uno de mis capítulos de aquella aludida Historia, debí retomar la materia desarrollada anteriormente, a fin de efectuar una velada rectificación y plantear la creación del gobierno triunviro en forma precisa, a los efectos de poder continuar con claridad para el lector. Si bien se carece de una historia completa para nuestro país, el estudioso cuenta con un gran material publicado al que podrá acudir para ilustrarse. Puedo asegurar que no pasará mucho tiempo sin que nuestro país cuenta con una Historia de la República Argentina de varios volúmenes y que comprenderá el proceso histórico argentino hasta el año 1910.

-¿Los manuales destinados a la enseñanza, llenan la finalidad de proporcionar a los estudiantes una buena formación histórica?

-Hay dos tipos de manuales, unos que en forma condensada, sirven para proporcionar una noción total de la historia al lector que vive en urgencia y no puede entregarse al estudio detenido de la historia de su país. De ese tipo de manual sólo contamos con uno solo recomendable aunque demasiado copioso. Otro tipo de manual está constituido por el texto escolar, que a veces tanta fatiga e indiferencia produce a los alumnos. Indudablemente entre estos últimos manuales contamos con algunos buenos, otros regulares , no pocos tendenciosos y muchos intolerables. Nuestros manuales, como instrumento de clase, son redactados de acuerdo con los sumarios programas oficiales y deben subordinarse a los mismos. Si los programas adolecen de defectos los textos, al marchar a su compás, deben sufrir las mismas deficiencias. La distribución de la materia en los cinco años de estudio actúa también sobre el manual. Muchas fallas de los manuales deben a deformidades y lagunas de planes y programas. El manual es sólo auxiliar de la enseñanza y

ayuda del profesor. NO puede concebirse una clase sin la palabra viva y explicativa de aquél, en cada lección. ¿Por qué entonces denigrar tanto a los manuales que sólo son tomadores de lecciones?

-En qué libro puede informarse un argentino sobre lo que ocurrió entre 1853 y 1900?

-Considero que esta pregunta merece una explicación previa. Del período comprendido entre los años 1853 y 1880 existe una bibliografía abundante. Son insuficientes los conocimientos sobre algunos sucesos, como el movimiento de López Jordán, que algunos jóvenes investigadores norteamericano se encuentran estudiando aún, bajo algunos aspectos novedosos y con el criterio de un movimiento social. En cambio, abunda la información sobre la campaña al desierto y la revolución de 1880. Carecemos de una necesaria historia que nos depare un panorama general y total del período comprendido entre los años 1880, no a 1900, sino a 1910, que es donde se cierra una era de progreso y transformación, para entrar en otra etapa de diferente emoción humana. La historia de esa época no puede ser encarada como una historia de presidencias, como lo hicieran en forma meritoria y somera, Joaquín de Vedia en su volumen dedicado a la Historia Argentina. Será necesario, por lo tanto, emprender una obra que comprenda ampliamente la historia de este período. En las casas de estudio dedicadas a la enseñanza de la historia será indispensable crear los cursos de una materia que podría denominarse: Historia Argentina, nuevos ciclos contemporáneos.

-¿Qué opina usted sobre la llamada tradición liberal argentina?

-La fuente de la historia argentina es la libertad proyectada siempre sobre su futuro; porque un pueblo que estuvo siempre a caballo, sobre una tierra sin confín y bajo un cielo de amplios horizontes, no puede vivir, ni pensar, ni luchar, sino por la libertad. Esa libertad representada en la imagen de la República que, como una matrona augusta desdeña a los que la ofenden, pues sabe que es eterna y que los pueblos vuelven sus miradas hacia ella, por qué su nombre es la representación de la verdad. La tradición liberal argentina arranca de la Revolución de Mayo, es decir, que una representación fundamental argentina por tradición, por imposición geográfica y por propia psicología. La libertad sería la constante historia argentina, con sus correspondientes vaivenes y oscilaciones, pero surgiendo siempre, cada vez más augusta y más potente. Echeverría fue el albacea de Mayo, ha dicho uno de los hombres más esclarecidos de la actualidad. La generación romántica recibió el legado y lo impuso en la Constitución de 1852, con su ideal inmanente de progreso. No olvidemos que la palabra libertad es invocada por los cristiano a través de los siglos y en su gesta de la redención sublime. Alguna vez he sostenido que no podía ser un buen cristiano quien no creyera en la libertad y en la dignidad del hombre. No podemos infamar a los hombres insignes, cuyos nombres se encuentran grabados en las calles y sus efigies vaciadas en el bronce. Sería negar la revolución, la independencia, el pasado y el futuro de la patria, el Himno, la constitución de 1853 y la consolidación definitiva de la Nación. Jamás podríamos admitir una historia y una enseñanza que inculcara el odio al pasado, que tanto repugnaba a Joaquín González. Es posible reconocer algunos errores de Rivadavia y, sobre todo, de muchos hombres que lo rodeaban, pero no podemos disminuirlo porque es progreso, colonización, tratados de comercio,

organización de poderes públicos, reforma religiosa, reforma militar, instrucción pública, cultual, libertad de cultos, aduanas, ilustración, elevación moral, garantías individuales, beneficencia y ayuda social.

-¿Qué opina usted del revisionismo?

-El vocablo revisión y sus derivaciones han cobrado una significación falsa, semejante al de colonia, pero éste con una interpretación peyorativa. Basta esta advertencia para anticipar la necesidad de depurar el juicio de pasiones perturbadoras y encauzar en sus justos límites toda paráfrasis de la palabra revisionismo, cuyo alcance, como digo, ha sido bastardeado. Si a todos los problemas históricos les concedemos, en sus resultados, el debido acento de sinceridad, requerida para todo estudio serio y ecuánime, debemos ajustar la acepción y concepto del término revisionismo. Con propiedad: ¿qué es revisionismo? Para ¿cualquier hombre culto significa: examen, retoque, comprobación, control, rever, verificación, etc. Es decir, nada más opuesto a partidismo, fanatismo, primacías, apegos, tendencias, acontecimientos, embestidas, atestamientos, etc. Pero esta palabra ha cobrado el carácter de símbolo y bandera contra le legítima tradición argentina y lo que abraza auténticamente el luminoso término de "Mayo-", que en su continuidad es Moreno, Echeverría, Mitre y hasta todos nuestros afanes, conciliados en procura del triunfo de las fuerzas morales y adictas a la verdad republicana, constitucional y democrática. El nombre de Rosas no se puede ocultar en nuestra historia , pues llena un amplio período de la misma. Merece ser estudiado, en su época, con los interrogantes que corresponde; sin intención torcida. Así lo hicimos casi todos los hombres que pertenecimos al Instituto de Investigaciones Históricas. Naturalmente, no podemos aplaudir su gobierno discrecional, basado en la violencia, pero si comprenderlo y aún explicarlo dentro de aquella campaña bonaerense. Hay que aceptar intergiversadamente que no ha luchado en las invasiones inglesas, ni tampoco en las guerras de la Independencia y que su discurso sobre la Revolución de Mayo es un alegato de contrarrevolución y restauración, quedando acoplado, ideológicamente, a lo expresado por algunos revisionistas con tendencia "hispánica", que afirman las bondades del régimen colonial y se permiten lanzar la afirmación de que Moreno era "un gran escolástico". Aceptamos con ciertas reservas las investigaciones formales y las conclusiones de estudiosos como Saldías, Quesada e Ibarguren, pero de ninguna manera las improvisaciones difamatorias, las afirmaciones arbitrarias con determinados fines y orientaciones políticas, a veces de sentido nazifascista. Pero, por lo menos, la reivindicación de Rosas, aunque prevaleciendo en ella cierta ideología política que no comparto, la conceptúo de concepción argentina. Precisamente por eso considero más riesgosa la tendencia que reivindica a la colonia, porque sirve a lo foráneo y responde a un extraño españolismo. El distinguido crítico e historiador José P.Barreiro, en su capítulo "La abjuración de Mayo", estudia los orígenes de ese revisionismo, tomado de las conclusiones de Marius André y las directrivas impartidas en Buenos Aires por el embajador Aunós. Las concepciones demenciales de otro grupo de revisionistas, los condujo hasta crear una ingenua y amañada corriente ideológica a fin de fundamentar una historia argentina en procura de una monarquía absoluta; una revista titulada "Sol y Luna" fue la tribuna desde donde se lanzó la extraña intención. En muchos de todos esos alucinados que forman el "revisionismo" total, se aprecia una falta grave de información sobre el

pasado argentino, no obstante la adhesión irrazonada de que gozan y la exaltación poco reflexiva que muestran en sus calificaciones. Así se explica que no comprendan el valor normativo de la historia como escala de la orientación de la conducta, para caer, como consecuencia en lo que Croce llamó la antihistoria. Negar el concepto de colonia para las Américas dominadas por España, es caer en el posibilismo histórica, en las creaciones mentales de los hechos que no se han producido, en lo que Renouvier denominó Ucronía, que es la utopía o la ilusión de imaginar que el hecho acaecido, podría no haber acaecido tal como, fue.

-En qué punto cree usted que se finca, fundamentalmente, la divergencia entre la corriente liberal y la revisionista de la historia argentina?

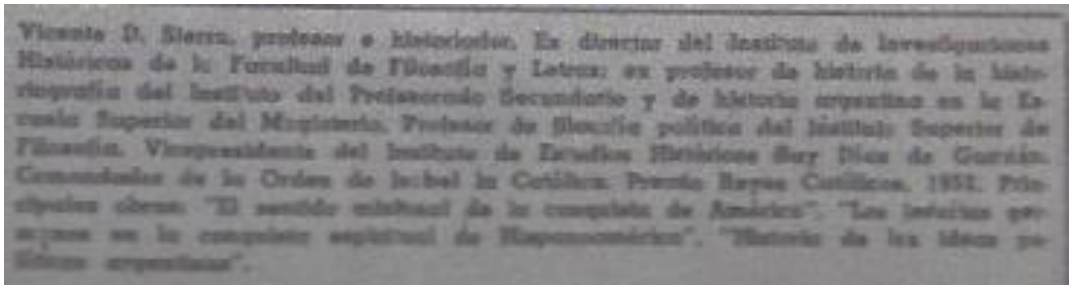
El denominado "revisionismo" posee demasiadas tendencias para poder responder a esta pregunta. Algunas de ellas dicen que están contra la "historia oficial", la cual habría estado albergada en la Academia Nacional de la Historia, pero olvidan que esta derivó, impulsada por su presidente, en el "revisionismo hispano" que niega la colonia.

-¿Cree usted que el pueblo argentino posee los elementos para adquirir una formación histórica de sentido verdaderamente nacional?

-Creo que los especialistas poseen dichos elementos, pero que los mismo no se encuentran al alcance del pueblo por la dificultad horaria de bibliotecas, archivos, museos, etc. desatención de los mismos, alto precio de los libros y falta de ámbito de vivienda para guardarlos.

VICENTE D.SIERRA

Recuadro


Vicente D. Sierra, profesor e historiador. Es director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras; es profesor de historia de la historiografía del Instituto del Profesorado Secundario y de historia argentina en la Escuela Superior del Magisterio. Profesor de filosofía política del Instituto Superior de Filosofía. Vicepresidente del Instituto de Estudios Históricos Ruy Díaz de Guzmán. Comendador de la Orden de Isabel la Católica. Premio Reyes Católicos, 1952. Principales obras: "El sentido misional de la conquista de América", "Los intereses geográficos en la conquista espiritual de Hispanoamérica", "Historia de las ideas políticas argentinas".

Foto

¿Cree usted que la polémica sobre temas históricos es conveniente y contribuye a exaltar el sentimiento patriótico?

-En los pueblos como en los hombres todo lo que no es tradición es plagio. Lo tradicional es el único elemento vital de la historia, en la que los pueblos aprender a ser fieles a su propio estilo, a la verdad de su ser, a la autenticidad de su cultura. Cuando los hechos del pasado son deformados para que sirvan ideologías o problemas extraños a ellos, se logran obras que pueden ser lo que se quiera, menos historia. Ese tipo de falsa historiografía abre camino a equivocadas expresiones de patriotismo, y quien no advierta que ése es un mal de hora no comprende hasta dónde constituye una gravísima enfermedad de la cultura argentina, que tarda en encontrar sus propias fórmulas porque no ha encontrado en su historia la autenticidad del ser nacional. ¿Y cómo habrá de encontrarla? Mala la que se enseña, mala y fundamentalmente incompleta. Mala la que difunde el periodismo; peor la que se oye en la radio; desesperante la que suele tocarse en el cine. Pero, eso sí, no creo que la solución sea polémica. La solución sigue en manos de los hombres que trabajan en los archivos, en las de los que procuran acercarse al pasado libres de apriorismo, en busca de su verdad, porque lo que ignoramos de nuestra historia es inconmensurable hasta lo inconcebible. Sobre el siglo XVII, por ejemplo, período en el que se integra y define la personalidad del ser argentino, apenas si la bibliografía registra algunas monografías sobre hechos aislados, y sin entrar a particularizar es notorio que el período hispano continúa siendo expuesto con una serie de lugares comunes que son flagrante testimonio de hasta qué punto se le sigue ignorando.

-¿Existe una historia argentina completa que permita conocer el verdadero desarrollo político, social y económico de nuestro país? Si existe, ¿cuál es?; y si no, ¿por qué no se escribe?

-Absolutamente ninguna. En esta cuestión me alcanzan las generales de la ley, pues después de ocho años de intensa labor he terminado una historia general en diez tomos, el primero ya en prensa. MI propósito no es otro que poner a mis compatriotas en conocimiento de lo mucho que ha avanzado la historiografía argentina, en trabajos inéditos de manera dispersa y, por lo mismo, que no han llegado a la mayoría, debido a lo cual se mantiene la vigencia de versiones erróneas sobre hechos que no han sido perfectamente aclarados. No sé de otros intentos, y se comprende que no abunden, porque su realización importa un esfuerzo y un sacrificio del que sólo se tiene idea cuando se está en él, y ni siquiera se sabe si la obra encontrará editor.

-¿Los manuales destinados a la enseñanza, llenan la finalidad de proporcionar a los estudiantes una buena formación histórica?

-Ninguno. Los manuales no ofrecen sino la anatomía de la historia, es decir, lo anecdótico. Una formación histórica no se forja con el conocimiento de hechos si éstos no son pensados en relación a la evolución de la historia. La formación histórica se traduce en una necesidad moral de acción, que no puede surgir de las simples descripciones y narraciones de los hechos y de las pasiones humanas que se muestran privadas de todo requerimiento determinado de acción o de educación. Y además, hasta esas simples crónicas de hechos es, generalmente, expresión de una historiografía que nada tiene que ver con la ...historiografía.

-En qué libro puede informarse un argentino sobre lo que ocurrió entre 1853 y 1900?

-Desde el punto de vista de nuestra vida política lo he intentado en mi obra "Historia de las ideas políticas en Argentina". Y perdóneme el repórter..., no es propaganda. Abundan trabajos aislados sobre hechos diversos de ese período, pero nada de conjunto. Es un mal que proviene de que el liberalismo argentino oficializó una versión histórica que no se puede tocar sin que surjan de sus filas los apóstrofes que pulvericen al audaz que se atrevió a desafiar el dogma. Si el historiador quiere vivir tranquilo, o se dedica a otra época o sigue a la letra lo establecido. Y así Sarmiento será siempre el maestro, Mitre el patriarca, Alberdi el pensador, Echeverría el intérprete del pensamiento de Mayo, Rosas el tirano y los caudillos unos bárbaros, aunque algunos, como Aldao, fuera licenciado en filosofía o como Heredia, maestro de latinidad.

-¿Qué opina usted sobre la llamada tradición liberal argentina?

No existe sino como fruto de la deliberada falsificación de la vedad de nuestra historia. NO faltan quienes se refieren a la importancia del liberalismo en la formación de la Argentina, para lo que apelan a la prestidigitación de suponer que la igualdad jurídica de los hombres, la libertad de vida o de conciencia es un fruto del liberalismo, ¡qué le vamos a hacer!¿Acaso no hay quien considera que las viejas Cortes españolas entran a integrar nuestra tradición liberal? Lo que ocurre es que son más los que hablan del liberalismo que los que saben lo que decía Harold Laski, que los doctores del liberalismo se enamoraron tanto de sus instituciones que dejaron de advertir sus sostenes económicos. En efecto, no hay formulación liberal que no conduzca a la libertad de comercio, que no es en el fondo otra cosa que libertad de que el hombre explote al hombre. Yo creo que el liberalismo no sólo se formó sino que deformó la verdad argentina. Careció a tal punto

de tradición que debió fabricar una historia para crearla, así como Daunou la creó una a Napoleón para que realizara su política. Y la mejor prueba de la fragilidad de esa falsa tradición es el furor antirrevisionista de los liberales que todavía quedan. Temen, y preciso es darles la razón, que los soportes históricos que forjaron sus penates para apoyar su ideología aparezca en su pura realidad escenográfica de papel pintado, y la conciencia histórica que se forje en contacto con la autenticidad de nuestro pasado, advierta hasta dónde esa tradición liberal no es otra cosa que intento de forjar a la nación por las rutas del plagio y no pos las legítimas de la tradición.

-¿Qué opina usted del revisionismo?

-Somos producto del pasado, y estamos sumergidos en el pasado, que por todas partes nos oprime, decía Croce, que se preguntaba: ¿Cómo emprender nueva vida, cómo crear nuestra acción sin salir del pasado, sin sobrepujarlo? ¿Y cómo sobrepujarlo si estamos dentro de él y él está con nosotros?" Y el filósofo se respondía: "No hay más que una salida, la del pensamiento que no corta relaciones con el pasado, sino que se levanta idealmente sobre él y lo trueca en conocimiento".

Quiere decir que en cada momento de la vida de un pueblo, sobre todo en los cruciales, el hombre interroga a la historia para libertarse de hacer las cosas del día como se hicieron las de ayer, para hacerlas con el estilo de ayer, pero respondiendo a los requerimientos de hoy. La historiografía es, por consiguiente, una actividad intelectual esencialmente revisionista. Pero, entre nosotros, el término no aspira a tanto. Se conforma con establecer hasta la realidad exterior de muchos hechos del pasado, porque sin la noción de su verdad objetiva, nunca el proceso de nuestra historia se podrá trocar en conocimiento. Lo que se explica, porque, más que revisar, la labor que se impone es hacer la historia.

-En qué punto cree usted que se finca, fundamentalmente, la divergencia entre la corriente liberal y la revisionista de la historia argentina?

-Esencialísima. La corriente liberal es una postura política y la revisionista deber ser una actitud científica. Porque todo revisionismo que no sea científico, es un fraude. Y , lógicamente, no llamo científico al uso de métodos de interpretación, sino a la honestidad con que se busque la verdad. Aclaración necesaria, porque cuando se habla de método científico no faltan quienes se refieren a la interpretación de acuerdo con los cánones del materialismo histórico, que como expresión científica corresponde a la época de la biología darwiniana, es decir, cosa mandada a guardar hace muchos años por quienes hacen historia para servir a la historia y no a otros amos.

-¿Cree usted que el pueblo argentino posee los elementos para adquirir una formación histórica de sentido verdaderamente nacional?

-Imposible negarlo. La tiene todo pueblo cristiano, porque la conciencia histórica es en la cultura occidental un producto del cristianismo, desde que su doctrina afirma los poderes humanos de la voluntad, del libre albedrío. Constituimos en el mapa de la cultura una región cuyo modo de vivir, de actuar, su estilo de vida a pesar de los esfuerzos hechos para deformarlo, se mantienen fieles a

lo que denominamos hispanidad. La historia debe colocarnos en el profundo sentido de esa realidad, única de la cual puede surgir un sentimiento nacional que no sea una deformación por plagio, para ser una profunda realidad de raigambre tradicional.

ANEXO N°9. Entrevistas a Julio Irazusta y Alberto Erro. En ESTO ES. N° 35. 27 de julio de 1954.

Recuadro

Julio Irazusta, periodista, ensayista e historiador. Es autor de diversas obras de carácter crítico e histórico: "La Argentina y el imperialismo británico", en colaboración con su hermano Rodolfo; "Ensayo sobre Rosas", biografías de Tito Livio, Tomás de Anchorena y Justo José de Urquiza; correspondencia del general Rosas, de la que se ha editado ya el cuarto volumen, y un libro de crítica literaria, sociológica y filosófica intitulado "Actores y espectadores". Fué iniciador y presidente del Instituto de Investigaciones Histórica Juan Manuel de Rosas. Como periodista político ha colaborado en "Nueva República", "Nuevo Orden" y "Voz del Plata", así como, en otras épocas, en "La Nación" y "El Hogar".

Foto

-Cree usted que la polémica sobre temas históricos es conveniente y contribuye a exaltar el sentimiento patriótico?

-La polémica sobre historia, como sobre las otras materias fundamentales, es no sólo conveniente, sino inevitable y necesaria, como que el movimiento natural de la inteligencia que busca la verdad y puede más fácilmente señalar las deformaciones que el erro le imprime, que describir su verdadera fisonomía. Recuérdense las polémicas entre los filósofos; y hasta el dogma se expresa en los anatemas de errores comunes, antes que en aserciones espontáneas de una ortodoxia indiscutida. Cuando a que la polémica contribuya a exaltar el espíritu patriótico, depende de quienes la hagan. Una discusión histórica entre internacionalistas de distintos matices contribuirá a deprimirlo. En cambio, lo exaltará tal vez la polémica entre dos adversarios que parten del

concepto de nación o de patria como de un supuesto aceptado por ambos, para discutir sobre el interés de lo que examinan. Peo ni esto es seguro, pues si en ella prevale, por su talento o su habilidad dialéctica, el que defiende una posición equivocada o contraria al interés nacional, el espíritu patriótico podría sufrir detrimento. Con todo, como la verdad tiene una fuerza expansiva, si en un debate de esa clase interviene un representante de la tendencia política que mejor plantea el problema de interés nacional, el patriotismo ganará a la larga, aunque dicho contrincante sea vencido en la polémica. Y hasta el vencedor equivocado nos dará preciosos elementos de juicio, porque el error necesita asociarse a la verdad, aunque para combatirla, si quiere exhibirse con cierta coherencia. Así es como el revisionismo actual dedujo sus tesis de la literatura unitaria, evidente superior en estilo y habilidad propagandística a la federal de la época de Rosas, en la que se gestaron las dos grandes tradiciones históricas que aún nos dividen.

-¿Existe una historia argentina completa que permita conocer el verdadero desarrollo político, social y económico de nuestro país? Si existe, ¿cuál es?; y si no, ¿por qué no se escribe?

-En rigor, la historia completa que permita conocer el verdadero desarrollo político, social y económico de nuestro país, como de cualquier otro, está siempre en elaboración. Morel-Fatio, cuando publicó la Historiografía de Carlos V, negaba que se pudiera escribir una historia científica del príncipe en cuyo imperio el sol no se ponía, con los elementos de juicio disponibles en 1913. Sin embargo, ya se habían escrito varias Historias de Carlos V antes de esa fecha, y alguna de ellas admirable, como la dieciochesca del escocés Robertson; y de entonces acá se escribieron varias otras, en español y todos los otros idiomas cultos, que poco dejan que desear, aunque, sin duda, susceptibles de ser mejoradas en cuanto al criterio y la información por los materiales y filosofías que aporten las generaciones venideras. En nuestro país, como en los demás, unos períodos están ya mejor estudiados que otros; pero aún sobre los más trillados, el estudio puede ahondarse. Para la sed del saber, siempre habrá penuria e insuficiencia de materiales, como decía Vico; pero, como también decía éste, a los historiadores no se los debe juzgar sino por la prudencia o imprudencia con que manejan los elementos de juicio que están a su disposición. Historias discretas, y aún buenas, de ciertas épocas nacionales, existen ya en apreciable cantidad, aunque me abstengo de dar títulos de obras y nombres de autores, por no tiene aquí espacio disponible para matizar mis apreciaciones. Lo que faltan son ensayos de narración seguida de la empresa argentina, desde la fundación del Estado Nacional bajo el imperio español hasta nuestros días, con criterio interpretativo adecuado, desde que Vicente Fidel López llevó el plan de su Manual, aunque en brevísimos resúmenes, hasta 1880. La carencia de las generaciones actuales en ese terreno se explica. Las que sienten urgencia de sintetizar las evoluciones nacionales hasta la época en que actúan, son las generaciones fundadoras, las que por medio de la política han hecho una revolución o introducido un cambio trascendental en un país; porque comprenden que la obra práctica, como fue inspirada, debe ser consolidada por la inteligencia. Los liberales argentinos que derrotaron a Rosas y fundaron el régimen constitucional del 53, escribieron historia para defender su actuación. Y más afortunados en la literatura que en la política, conservan su prestigio intelectual casi intacto en amplios sectores de la opinión, cuando su obra institucional es cosa del pasado. Los nacionalistas, que de remotos orígenes retomaron la revisión histórica hace dos

décadas, no supieron combinarla con una revolución política. Y al ser, en su mayoría, arrastrados por un movimiento revolucionario de un matiz intelectual muy diverso del que habían concebido inicialmente, carecieron de los motivos políticos que hacen experimentar la urgencia de una historia revisada. Muchos de ellos han manifestado tímidos conatos de vuelta lisa y llana al antiguo régimen liberal argentino, aunque con promesas de adornar intelectualmente un "nevo liberalismo" como antes hicieran con el aristocratismo de pega con que desorientaron la revolución de nuestro tiempo en esta región del mundo. Ahora acaba de escribir una historia argentina, de 16515 a 1938, Ernesto Palacio, uno de los primeros pensadores políticos de nuestra generación, y que mantiene invariable sus posiciones intelectuales, pese a su aventura parlamentaria. Y puedo decir que, como eximio prosista que es, ha hecho un libro como los que en grandes países escribieron los primeros escritores(Maurois en Francia, o HIllaire Belloc en Inglaterra) aunque por su índole polémica se parecerá más a las grandes síntesis de Bainville.

-¿Los manuales destinados a la enseñanza, llenan la finalidad de proporcionar a los estudiantes una buena formación histórica?

-Poco se de los manuales usados en la enseñanza, a no ser el del padre Julio Lafond es muy bueno, como el manual que dedicó a la historia constitucional para la enseñanza universitaria.

- **-En qué libro puede informarse un argentino sobre lo que ocurrió entre 1853 y 1900?**

- En cuánto a libros para informarse sobre la segunda mitad del siglo XIX argentino, no se publicó hasta ahora ninguna síntesis completa; pero hay muchos materiales dispersos en colecciones documentales, monografías particulares o biografías de personajes públicos. Las Obras Completas de Sarmiento y Avellaneda, el Archivo Mitre, los Mensajes de los Presidentes, las Memorias ministeriales, la Oratoria Argentina de Carranza, los Diarios de Sesiones parlamentarias, como infinitas otras obras de carácter informativo y Los que pasaban de Groussac, El noventa de Balestra, las tres grandes biografías de Rosas, Sarmiento e Yrigoyen por Manuel Gálvez, la Historia de los Ferrocarriles y Política Británica en el Río de la Plata de Scalabrini Ortiz y , si se me permite citarme, La Argentina y el imperialismo británico, que escribí con mi hermano Rodolfo, podrían constituir (junto con muchos otros excelentes trabajos que sería imposible recordar aquí) una sintética bibliografía para iniciarse en el asunto.

-¿Qué opina usted sobre la llamada tradición liberal argentina?

-Que se fundó sobre las bases más deleznables, no porque sus fundadores trataran de legarnos el hábito de la libertad (herencia que ninguna persona civilizada puede repudiar) sino porque equivocaron tanto el camino, que no lograron su propósito; y en cambio, transmitieron a sus continuadores el hábito opuesto, de la reverencia por el argumento de autoridad, y la superstición de la cosa juzgada. Dejando de lado la historia política de esta tradición cuyo debate nos llevaría demasiado lejos. ¿Qué pensar de una tradición liberal que llegó a proyectar el castigo de la blasfemia contra los próceres, y que después de haber derogado el delito de blasfemia contra Dios y que sigue escarbando en la cocina política de Rosas los tachos que en los subsuelos de cualquier régimen están llenos de basura?. ¿Qué hace del complot del silencio su principal

argumento contra las tesis de sus impugnadores? ¿Qué clama por la libertad de prensa cuando está en la parte angosta del embudo y la niega a los adversarios cuando está en la parte ancha del mismo?

-¿Qué opina usted del revisionismo?

-El revisionismo argentino es tan antiguo como la fundación de la llamada historia oficial. Las grandes obras de Mitre y López son poco menos que contemporáneas con los trabajos histórico de Guido Spano, Saldías y Vicente G.Quesada. En un ensayo sobre el historiador de la Confederación de Rosas, señalé el contraste observable al promediar la segunda mitad del siglo entre la timidez o el espíritu vergonzante con que los hijos de los federales recordaron la obra gubernativa de sus padres y la honradez intelectual de los descendientes de unitarios iniciaron la revisión histórica. Movimiento de los espíritu, explicables por una y otra parte como resultado de las condiciones en nobles inteligencias se hallaron colocados. En los albores del siglo XX y con la llegada a nuestro país de las tesis evolucionistas y darwinianas, la revisión histórico bajo otro carácter cobró nuevo impulso. Fue cuando José Ingenieros viendo la pujanza económica argentina de entonces y mirando el panorama de la América Ibérica, alabó el criterio de la integridad territorial defendido por Rosas en su larga dictadura , como el presupuesto de un expansionismo nacional que le parecía justicieramente fundado en el principio de la lucha por la vida. Pero, como estaba basado en un grosero materialismo, ese organicismo social descuido el esencial aspecto espiritual de la política, y no comprendió que un engrandecimiento nacional no es jamás el fruto de factores naturales dejados a sí mismos y sólo se puede alcanzar mediante el ejercicio de inquebrantable voluntad esclarecida. Al evolucionar aquellos espíritus(como el de Ingenieros) hacia un internacionalismo de moda en la segunda mitad del siglo XX que tan bien se armonizaba con la campaña auroral de Alberdi de 1838 y reconciliarse con la tradición liberal argentina la revisión de nuestra historia, sin césar del todo en el país halló sus mejores representantes en el mejicano Carlos Pereyra y el peruano Francisco García Calderón, hijos del siglo, sin duda, pero que con la curiosidad de los grandes espíritus por los problemas tremendos de la época en que vivían revisaron sus concepciones del mundo y miraron su continente, y , en consecuencia, nuestro país, con otros ojos que los usados hasta entonces. Otros fenómenos de la misma época conmovieron las inteligencias entre nosotros, y así cuando la experiencia de Yrigoyen por su sola acción de presencia, había sacudido el armazón liberal tradicional, Ravignani en sus Inferencias sobre Ross, adelanto conceptos que nuestra generación elaboraría pocos años más tarde. La revisión de la historia argentina, a partir de 1930 (y a favor de las vicisitudes políticas que, desde entonces, no cesaron de envolver al país) como un hilillo de agua nacido entre las breñas recoge, al bajar al llano, las aguas afluentes y lluvias, y transformó en el torrente caudaloso que hoy se llama revisionismo. Mi opinión sobre este movimiento es que, pese a lo mucho que ha fertilizado el terreno histórico, aún no llegó a la parte navegable de un curso. Como representante de una de sus fracciones, reconozco que en la conquista del gran público para los fines que debemos perseguir hemos adelantado mucho menos de lo que ambicionábamos, en cierto momento con enormes posibilidades y probabilidades de salirnos con la nuestra.

-En qué punto cree usted que se finca, fundamentalmente, la divergencia entre la corriente liberal y la revisionista de la historia argentina?

Si la primera es un bloque compacto, la segunda no me lo parece. Desde los albores del revisionismo más reciente, hubo una divergencia entre sus miembros, que es preciso aclara antes que la que separa de la corriente liberal. Desde entonces hubo revisionistas formalistas y revisionistas realistas. Los primeros pensaban en la forma de gobierno, los segundos en una obra de gobierno. Ahora bien, la tendencia a que pertenecí y sigo perteneciendo, radica su divergencia con los representantes de la tradición liberal en la que separó a los fundadores de ambas tradiciones: a saber, que Rosas anteponía la integridad territorial del país, tal como se hallaba constituido en su época, al perfeccionamiento institucional, mientras sus vencedores, los hombres de la llamada organización nacional, antepusieron el perfeccionamiento institucional a la integridad territorial. Las consecuencias de esta fundamental divergencia podrían devanarse al infinito. Más para limitarnos a lo que incide en las tradiciones intelectuales respectiva,, la conducta de los liberales antirrosistas singularizóse, en la historia de las emigraciones, por errores tan garrafales que luego, para disculparlos, hubo que crear un dogma en la materia opinable de la política(cuando se repudiaba el dogmatismo en filosofía), con lo que, evidentemente, los fundadores del liberalismo argentino no fundaron un régimen de libre discusión, ni legaron una tradición de libertad.

- -¿Cree usted que el pueblo argentino posee los elementos para adquirir una formación histórica de sentido verdaderamente nacional?

Hace muchos años, cuando el liberalismo triunfante nos oprimía con el peso de su éxito oficial, sostuve que dadas las dificultades de la reforma intelectual argentina, teníamos más motivos de esperanza que de pesimismo. Por muchas que sean las que aún se opongan al adelanto de la razón pública, estoy seguro de que, a la larga, ella dará al país una formación histórica de sentido verdaderamente nacional

Julio IRAZUSTA

ALBERTO ERRO

Recuadro

Carlos Alberto Erro, abogado, ensayista, historiador. Es autor de numerosas obras sobre temas sociológicos ("Medida del criollismo", "Qué somos los argentinos", "Meditación Argentina"), filosóficos ("Tiempo locorado", "Diálogo existencial", "Filosofía existencial") y prepara una obra sobre el ser y el destino del país en cuya sección sobre el sentido de la historia, incluirá sus ensayos sobre la generación de 1837, Alberdi, Sarmiento, Moreno, Echeverría y José Hernández. Fué presidente de la S. A. D. E. y es miembro de la Academia Goethiana de San Pablo. Encabeza la Comisión Organizadora de la Asociación Cultural Argentina para Defensa y Superación de Mayo (A.C.U.A.).

Foto

Primera cuestión

Creo que la polémica en general es conveniente sobre todo en esta centuria en que prácticamente ha desaparecido, después haber sido frecuente en otro tiempo. Como he dicho el gran pensador alemán Martín Buber la gran necesidad de nuestra época consiste en restaurar el diálogo. Hoy el mundo está dividido en partidos, comunidades, regiones, que no pueden dialogar entre sí. LO único que saben hacer es agraviarse, que constituye una auténtica y monumental calamidad del tiempo en que nos ha tocado vivir.

Segunda cuestión

No, sin duda. No existen. Existen libros que tratan algunos aspectos, temática y cronológicamente limitados, de nuestra historia. Pero esto no es privativo de la historia de nuestro país, ese tipo de historia integral –política, social y económica- no existe en nación alguna. Ni en Francia, ni en Alemania, ni en Italia, ni en España ni en Estados Unidos.

La Argentina tiene grandes historiadores. Deseo particularizarme con el general Bartolomé Mitre. Mitre hace, puede decírselo sin exceso, la historia de la patria. Y la hace a base de documentos, con referencia y acatamiento a la prueba escrita. La edifica con severidad –ahí está para demostrarlo su juicio sin contemplaciones sobre San Martín- y originalmente; antes de él no

teníamos nada y después de su obra tuvimos una auténtica historia argentina y clasificadas las fuentes escritas de que provenía. Mitre no es só0lo nuestro primer historiador, sino también nuestro primer compilador e intérprete de documentos. Las historias de Belgrano y de San Martín son dos cumbres de la historia argentina, lo que se ha escrito después –salvo lo de López que representa otro linaje de historia- no puede comparársele. Y quién haya leído la historia de Belgrano sabe la importancia de los factores económicos: raro ejemplo en un autor de su tiempo.

Tercera cuestión: No conozco los manuales de historia argentina como para poder opinar con autoridad al respecto. Pero conozco algunos buenos manuales de historia argentina: el de Julio Aramburu excelente y muy recomendable el de Héctor Ramos Mejía.

Cuarta cuestión: No existe, a lo que yo sé, ningún libro orgánico sobre ese período histórico. Este es un lamentable vacío de nuestra bibliografía. Parece que la historia se hubiera detenido después de 1862, hasta donde llega la Historia de la Nación Argentina, editada por la Academia Nacional de la Historia. La historia, lo mismo que las aguas de un río, nunca se detiene, sigue su curso a pesar de nuestras distracciones y nuestros olvidos.

El conocimiento sistematizado de ese casi medio siglo, denso aunque poco espectacular, es esencial para inteligir la realidad argentina. Invitamos a los historiadores a que realizan esa faena inaplazable. El libro de Balestra sobre la Revolución del 90 es un aporte espléndido para el estudio del período finisecular.

Quinta cuestión: Que merced a ella, impulsados por la tradición que nace en Mayo, los argentinos han hecho todas las grandes cosas desde dar vida a la patria, hasta encabezar una revolución continental y libertar naciones. Belgrano, San Martín, Las Heras, Guemes, Brown, nuestros ejércitos de la independencia y las naves de nuestra marina, realizaron su obra imperecedera, i9luminados por ese pensamiento. San Martín proclamó la hermandad de los hombres liberales, cualquier fuera su origen o nacionalidad.

A los hombres de la tradición liberal argentina, le debemos la organización del país y su desenvolvimiento durante un siglo dentro de un orden estable, superando así, casi treinta años de anarquía y tiranía. Ellos fueron los que organizaron nuestro sistema representativo, el sufragio universal, la administración de justicia, federal ordinaria y de paz; la educación del pueblo, los colegios, universidades, museos y bibliotecas de la República, la enseñanza primaria, media y superior. Instituyeron la libertad de expresión y llevaron a notable desarrollo la prensa diaria y periódica. Abolieron los fueros personales, aseguraron la tolerancia de cultos de que hoy disfrutamos, la igualdad de derechos civiles entre ciudadanos y extranjeros, la inviolabilidad del domicilio, el hábeas corpus, y las otras garantías de la libertad individual. Dictaron los Códigos civil, comercial, penal, procesal y de minería y las normas y leyes bajo cuyo influjo nuestro país creció y se pobló rápidamente. Organizaron el correo y el registro civil. Crearon el sistema rentístico fiscal e impositivo, los establecimientos bancarios, la estadística, las cajas de ahorro y el montepío civil. Construyeron o hicieron construir los ferrocarriles, los canales hidráulicos, todos los puertos y casi todos los caminos de la República. Ordenaron la higiene pública, la beneficencia, el sistema hospitalario y la vacunación obligatoria. Crearon mercados y depósitos para la producción; en

medio siglo plasmaron una de las primeras ganaderías del mundo, alcanzaron las áreas agrícolas máximas a que se haya llegado entre nosotros, comenzaron a hacer de la Argentina un país industria y gobernando prudentemente las finanzas mantuvieron un régimen de moneda sólida, con buen respaldo y contención en los gastos públicos, junto con abundante disponibilidad de divisas, lo que nos permitió gozar con amplitud de las maquinarias e instrumentos técnicos extranjeros que necesita el país y todavía no produce. Iniciaron la legislación social con diversas leyes obreras, sobre empleados de comercio y jubilaciones.

Lo que llamamos la tradición de Mayo se forja con el pensamiento de los hombres de 1810, sobre todo de Moreno, Monteagudo, Castelli, Belgrano, Rivadavia y con la aportación de los grandes intérpretes de la gesta revolucionaria, los hombres de la generación de 1836, encabezados por Esteban Echeverría, entre los que no puede dejarse de mencionar a Mitre, Alberdi, Sarmiento y Gutíerrez, quienes no fueron unitarios ni federales, en el sentido que se asigna a los partidos políticos de ese nombre, pero propugnaron una organización federal para la República y la implantaron merced a la acción espléndida de Urquiza.

Esa generación reclamó la emancipación del país en todos los órdenes: política, social, económica e idiomáticamente. Echeverría en El Dogma Socialista, eleva doctrinariamente a las masas al primer plano de la justicia; en el capítulo que se titula Emancipación del Espíritu Americano aboga por la liberación plena del pueblo argentino, y en la lectura inconclusa que se conoce con el nombre de Plan Económico, le da como fundamento la implantación de industrias genuinas transformadoras de nuestras materias primas, la subdivisión de la tierra y el crédito asegurador para los agrarios. Alberdi dice en el Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho, que tener independencia política pero carecer de libertad artística, cultural, industrial, equivale a tener libres los brazos y la cabeza encadenada. Este liberalismo argentino humanista y con sentido nacional, que quiere afrontar los grandes problemas concretos del país y no soslayarlos, que retornas a las fuentes para superarlas, es el que profesamos un grupo de hombres, jóvenes unos, maduros otros, que se han puesto en la tarea de reivindicar a Mayo frente a los intentos de desfigurarlo y desprestigiarlo.

Dos hombres de la Asociación de Mayo, Mitre y Sarmiento, gobernaron el país, labraron honda huella con su labor trascendental, y entre otras lecciones para la posteridad dejaron la muy valiosa de su austeridad: subieron pobres y bajos más pobres todavía, sin que a sus administraciones se les atribuyera un solo peculado. Encontraron un país semidesierto, sin técnicos ni capitales y siguieron la política de poblarlo y crear recursos para un día se lograra el noble ideal de la libertad económica frente a cualquier imperialismo viniera de donde viniera. Es infantil, fruto de un diletantismo trasnochado, la pretensión de que empezaran por clausurar el país ante el extranjero para evitar infiltraciones foráneas. Sarmiento fue un los últimos años de su vida, cuando la inmigración llegaba en grandes masas, verdadero centinela de la nacionalidad, y ninguno de los que fueron rosistas o proclives de Rosas, lo igualó en preocupación y tesón en defensa de los nacional. Recomiendo al curioso lector su libro Condición del extranjero en América.

Sexta cuestión: Como ha demostrado José P.Barreiro en su libro El Espíritu de Mayo y el Revisionismo Histórico –uno de los libros importantes que se han publicado en el país en los últimos tiempos- el titulado revisionismo histórico es la interpretación reaccionaria de la historia argentina, muchas veces influenciado por los vientos totalitarios que han soplado en el extranjero.

Para Echeverria, Rosas, representaba la restauración colonial; los hombres de la generación del 37 lo atacaron no sólo como tirano sino como reaccionario; lo combatían por significaba el regreso al paso y tornaba estéril el sacrifico de las generaciones revolucionarias. Ningún partido progresista y con ideales de justicia social puede defender la causa de Rosas. Este raro campeón de la soberanía argentina, no respetó la del pueblo, privándolo de su libertad, no combatió contra los ingleses cuando las invasiones según ha demostrado Ernesto H.Celesia, y ofreció las Malvinas a Inglaterra a cambio de la condonación de la deuda con ese país, como ha puesto en claro Jorge Lavalle Cobo. Cerró escuelas y universidades, puso mordaza a la prensa, persiguió la discrepancia ideológica como un crimen y usó como método de persuación el degüello y en los casos más benignos la estaqueadora sádica o el rebencazo bárbaro.

Reconozco que entre los revisionistas hay colegas inteligentes: algunos de ellos son mis amigos. Puedo discrepar con Julio Irazusta, por ejemplo, pero lo respeto y sigo de cerca su labor. Me gustaría encontrarme con hombres como él, a la altura de la devoción a la libertad y a la emancipación plena del país.

Carlos Alberto ERRO

ANEXO 10: LA "HISTORIA DE LA ARGENTINA" de Ernesto Palacio, corona nuestra encuesta. En ESTO ES N° 37. 10 de agosto de 1954.

Ernesto Palacio, colaborador de "El Hogar" en 1938, lee una adhesión al Congreso Eucarístico Internacional.

"¿Por qué no se escribe una historia nacional?", fue el tema y título de un artículo publicado en el número 24 de ESTO ES, el 11 de mayo anterior. Es decir, ¿por qué sigue en pie el esquema liberal del pasado argentino, siendo así que los principios sustentadores no tienen ya un vigor histórico paralelo a la aparente lozanía de aquel? ¿Por qué, a esta altura de nuestra experiencia histórica, mantiene su predominio una interpretación formulada hace setenta y más años? Y el articulista terminaba sugiriendo que se reabriese la polémica entre clásicos y revisionistas, no sólo como medio de dilucidar vitales cuestiones pendientes, sino de encender una pasión argentina por el pasado nacional, visiblemente sofocada, o moderada, por la inmigración, el materialismo y el espíritu de progreso.

ESTO ES recogió la insinuación, y abrió sus páginas a guisa de tribuna a dieciséis historiadores de diversas tendencias, escuelas y edades, que se expidieron con disímil criterio sobre el cuestionario que se les sometiera a juicio. En un solo punto hubo casi consenso unánime: "¿Existe una historia argentina completa que permita conocer el verdadero desarrollo político, social y económico de nuestro país?". Once de los consultados –liberales, nacionalistas, marxistas, radicales- dijeron rotundamente: ¡no! . Si damos por cierta que la mayoría, por serlo, tiene razón, quedaba probada, con este ilustrado micro-plebiscito, la necesidad que alguien la escribiese, y con toda elocuencia, las dificultades que comportaría una tal aventura, tan deseada y no emprendida.

Una “Historia de la Argentina”.

Sin embargo, uno de los distinguidos escritores que participaron en la referida encuesta –Manuel Gálvez- declaró saber que el doctor Ernesto Palacio tenía en preparación una obra de ese género, y otro de ellos –Julio Irazusta- reveló, más concretamente, lo siguiente: “Ahora acaba de escribir una historia argentina de 1515 a 1938, Ernesto Palacio, uno de los primeros pensadores políticos de nuestra generación, y que mantiene invariables sus posiciones intelectuales, pese a su aventura parlamentaria. Y puedo decir que, como eximio prosista que es, ha hecho un libro como los que en grandes países escribieron los primeros escritores(Maurois en Francia o Hillaire Belloc en Inglaterra), aunque por su índole polémica se parecerá más a las grandes síntesis de Bainville”.

El sólido prestigio intelectual de tales hombres, lo de los anunciantes y el del anunciado, suscitaron en nosotros la impaciencia por conocer el libro cuya aparición coincidía, por obra del azar o de la madurez del tema –Dios sabrá- con la terminación de tan vasta e ilustrativa consulta. Para ya en camino de vuelta de la librería, con el grueso volumen bajo el brazo, y mientras intentábamos comenzar su lectura, ahí no más, en la acera vertiginosa, en la calzada amenazante, o en el aglutinador tranvía, y a la par que abandónabamos por incivil, el intento, dimos en pesar: primero que todo libro contiene un porqué y un cómo inaparentes en su contexto; segundo, que debajo y encima de todo libro hay un autor, un ser viviente, tercero, que sólo él conoce el secreto de esos invisibles elementos; y , por fin, que en éstos se esconde –raíz y atmósfera del fruto- la razón entrañable de toda obra humana. En este caso, el libro (seiscientas cincuenta páginas bajo tapa de dos tonos de azul pizarra) se llama “Historia de la Argentina, 1515-1938”. El autor (cincuenta y cuatro años de edad, tras cuatrocientos de sangre nativa por rama paterna), Ernesto Palacio.

Cinco hijos más seis libros: once hijos.

Hubo un tiempo en que la Argentina era un país alegre y despreocupado: 1920. La primera guerra mundial había pasado sin tocarla, y los grandes mitos de la época eran ya dogmas para siempre. Orden, constitución, trigales feraces, puertos activos, vacas gordas, progreso, paz civil. Pero…ese tiempo que pintaba edénico produjo la generación más profundamente revolucionaria de cuantas ha tenido la Argentina. ¿Por qué? La historia tiene razones que la razón no alcanza. O que, mejor dicho, suele alcanzar por vías no siempre estrictamente racionales. Lo cierto es que los muchachos veinteañeros de 1920 no estaban satisfechos del orden dado, en la misma medida en que podían estarlo de sus suertes personales. Si esto era justo o no, no es el caso de resolverlo ahora. Pero la no aceptación del mundo , y el rechazo de multicolores abalorios es siempre signo de lucidez y pauta de espiritualidad. A esa generación de disconformes pertenece Ernesto Palacio.

Mas no hay que confundir al disconforme con el rezongóin, que no es otra cosa que un conformista malhumorado y estéril. Palacio vivió, como él mismo lo dijera: “veinte años de larga holganza distraída con literatura”. Pero se graduó de abogado y escritor para hacer política y no hacer literatura. Estuvo en “Martín Fierro” y en “Criterio” y dirigió “Nueva República”. Conspiró en el 30, fue hombre de gobierno a los treinta años y renunció casi en seguida para conspirar contra el gobierno, tarea de la que se hizo un deber hasta 1943, inclusive. Fundó “Política” para sostener

dialécticamente el nuevo movimiento. Mientras tanto, tradujo del latín a Dante Alighieri, a Belloc y a Virginia Wolff, y publicó decenas de artículos políticos. Dio a luz, sin contar el último, cinco libros: “La Inspiración y la Gracia”, en 1928, ensayos de crítica estética; “Catilina”, en 1935, alegato reivindicatorio del político romano(que le valiera, entre otros, estos juicios laudatorios): “Lo que usted explica sobre el problema general de la juventud y la gerontocracia en materia política, pertenece a lo mejor que yo conozco en la literatura sobre este asunto” –Keyserling-; “Costará trabajo, agudeza y documentación volver a rehacer el Catilina conocido” –Ramiro de Maeztu-; “Su fuerte Catilina, historia viva” –Alfonso Reyes-; “El espíritu y la letra”, premio municipal de prosa en 1936, ensayos de crítica cultural y moral; “La historia falsificada”, en 139, ensayo de crítica histórica, literaria y política. “Teoría del Estado” en 1949, ensayo de ciencia política. Fue diputado durante seis años, el más votado de la Capital, en las elecciones de 1946 y es un hombre pobre. Tiene cinco hijos y el menor es seminarista.

Cuando nos enteramos o nos acordamos de todo esto, decidimos visitar a Ernesto Palacio, disconforme en 1920 y en 1954, para preguntarle el cómo y el porqué de su reciente “Historia de la Argentina”.

Una visión aérea de la patria.

Séptimo piso de su departamento que se extiende en ángulo rector sobre la esquina de Libertad y Arenales. Al timbre responde un ladrido vigilante(Después sabremos que es “Atilio”, un pelo duro receloso de periodistas). Frente a la puerta, una imagen del Sagrado Corazón de Jesús define a toda la casa; y dos jóvenes caras bonitas que se asoman a la buena raza. No hay dos de tres: una tercera con ceño de paleontóloga, descifra un crucigrama. Atahualpa Yupanqui canta desde el fondo del combinado, y dos amplias ventanas se proyectan hacia la pampa lejana sobre las luces del barrio Norte. Amplia perspectiva para “ojos para ver la patria”, como quería Lugones, frase liminar del libro de nuestro entrevistado. Este se incorpora para saludarlos, dejando un sillón de pana roja desgastado por el ejercicio sedentario y continuo de la lectura. Está ante nosotros con una boquilla entre los labios bajo un bigote reminiscente, un poncho de vicuña sobre los hombres y una antología de cuentistas policiales ingleses en la mano izquierda. La derecha está libre para saludarnos con la familiariedad de quine nos recibiera todos los días y ofrecernos el slilón de pana roja. La palabra también, para preguntarnos si tenemos cigarrillos, pues él no ha conseguido hoy sino o tres paquetes. Tenemos. Y para preguntarnos si no tomaríamos un “Old Fashion”. Aceptamos. Tres veces aceptamos.

“No tuve más remedio que escribirla”.

Atahualpa se ha callado, las caras bonitas se han ido. “Atilio” ya no ladra. Y le esbozo mi teoría sobre los “invisibles elementos” que determinan un libro. Pero Palacio, poeta, no es retórico, y me dice:

-Poco puede decir un autor sobre un libro que no esté en el libro mismo. Son los lectores quienes tienen la palabra. Claro que para ello deben leerlo previamente. Le ruego que no tomen esto como una propaganda comercial aunque si lo he escrito es para que se lea y cuanto más mejor.

-Usted se ha especializado en el ensayo, ¿Qué sentimiento o impulso lo ha llevado a emprender la ardua tarea de una síntesis e interpretación histórica de todo el pasado argentino?

-Lo he hecho por espíritu de servicio patriótico, impulsado por un sentimiento de deber. Desde mis épocas de estudiante y luego cuando fui nombrado profesor de historia, sentía la necesidad urgente de una síntesis de lo nuestro, escrita con visión actual. No me satisfacía, por cierto, la versión corriente y oficializada, cuya falsedad se me hacía más patente a medida que profundizaba en mis estudios. Compartía esta convicción con gran parte de los hombres de mi generación, que habíamos seguido las clases de Ibarguren en 1928, y nos hallábamos al corriente de las investigaciones del Instituto de Historia Argentina. Con ellos participé en la fundación del Instituto "Juan Manuel de Rosas" en 1938. Por esa época, escribí los artículos que recopilé después en "La historia falsificada", en uno de los cuales expresaba precisamente la urgencia de escribir nuevamente la historia argentina.

-Ha pasado, desde entonces, quince años. ¿Por qué esperó tanto tiempo para satisfacer esa necesidad que ya entonces le preocupaba?

-no me había propuesto aún emprender yo mismo la tarea, aunque debía tener, desde entonces, la intención subconciente, ya que todas mis lecturas se encaminaban a ese fin. El periodismo de combate y la acción política, sí bien me privaron del reposo necesario para las tareas de gabinete, me proporcionaron elementos de juicio para comprender nuestro pasado. Al terminar mi diputación en 1952, la obra estaba ya madura en mi espíritu y no tuve más remedio que encerrarme a escribirla.

-¿Qué otros factores cree usted, que influyeron en la realización de la obra?

-Además de lo que ya le dije, la obra se había hecho posible por el avance de la investigación histórica y la labor de muchos estudiosos…

-…¿alguno de ellos en particular?

-…entre os cuales mencionaré en primer término a Julio Irazusta, con su magistral trabajo sobre la vida del Restaurador a través de su correspondencia, del que a aparecer el quinto tomo.

En diálogo con Inés, una de sus hijas, Palacio recoge la expresión satisfecha y admirativa de quien lo ha visto durante dos años largos con la "expectativa entusiasta" a que se refiere el autor en el prólogo de su reciente obra.

“No podrá satisfacer a todos”.

-¿Qué objeciones supone usted doctor Palacio, que se formularán a su libro?

-Desde luego que, no obstante su propósito de imparcialidad, no podrá satisfacer a todos. Ofrece de nuestra historia una versión distinta de la corriente y ha de desagradar a quienes aceptan dogmáticamente, por razones de partido las afirmaciones de Mitre y López. Estos me juzgarán parcial, exagerado, falso. No puedo evitarlo. Pero me alienta la seguridad de que la mayor parte los compatriotas que me lean verán en mi versión una coherencia y una verosimilitud que hace tiempo buscaban en vano en la “historia oficial” hasta hace poco vigente.

-¿Y qué impresión cree que causará en el campo historiográfico estricto?

-No debo descartar la opinión de los especialistas, que se escandilazarán, sin duda, de mi intrusión repentina en el gremio historiográfico al que no pertenezco oficialmente. Debo pedirles disculpa y agradecerles de antemano la corrección de los errores de detalle que necesariamente han de hallar en mis páginas; aunque si existen, habrá sido inducido por las propias obras de los especialistas que ha servido de material informativo.

-¿Qué otra reacción prevé?

-Temo de ellos otra cosa, y es que mi libro no les parezca lo suficientemente aburrido para ser serio.

-¿Por qué cierra su obra en el fin del gobierno de Justo y no la continua hasta nuestros días?

-En el prólogo explico la razón de que mi libro termine en el año 1938, en una atmósfera prerrevolucionaria. Los hechos posteriores pertenecen a la actualidad en que estamos envueltos y sobre la que no se puede escribir "como historia", sobre todo siendo en ella algo más que meros espectadores. Espero que Dios me conceda vida y salud para completar mi libro, cuando sea oportuno, con la inclusión del período que transcurrirá entre 1930 y 1970.

Sacamos mentalmente la cuenta que sí para ver con perspectiva histórica el lapso que terminó en 1938 consideró necesario esperar quince años, para juzgar el ériodo que sigue hasta el 70 tendrá que ponerse a la tarea a los ochenta y cinoc de edad. Lo felitamos y nos responde con amplia carcajada de optimista.

-Fijemos desde ya la fecha del próximo reportaje que usted mismo me hará , naturalmente. Tome nota: lo espero el 3 de agosto de 1986.

-Doctor, sólo Bernard Shaw y las Pirámides se han atrevido a hablar de fechas tan lejanas, de plazos tan largos….

-Y San Juan, querido amigo, en el Apocalipsis…

-Es verdad, pero prefiero comprometerme a otra visita más próxima. ¿Tiene usted algún otro libro en preparación?

-En gestación por lo menos. Uno sobre el ochenta y otro sobre Manuel Moreno. Y , por fin, una novela que no sé si terminaré algún día, pero que ya había empezado cuando tuve que escribir la "Historia".

Clásico sí, pero argentino.

Sobre la pared que está a mi frente, enmarcando por un lado a una biblioteca, cuelga una vieja espada. Es un signo, sin duda, por algo está allí. Y nos viene a la memoria una frase inicial de la "historia de la Argentina" que me quedó grabada por su belleza formal y riqueza descriptiva. Dice, refiriéndose a España, en vísperas del Descubrimiento y la Conquista: "La orgía del hábito adquirido del riesgo y la gloria. Que estaba, por cierto, en los aires del tiempo; pero en ninguna parte como en aquellas tierras ásperas donde la multitud de campeadores sin fortuna sentían palpitar en sus flancos el llamado del hierro vacante".

Mientras descendemos hacia la calle, recordamos que el padre Castellani dijo una vez de nuestro visitado: "Ernesto Palacio es un prosista potente: clásico sin esfuerzo, nervudo sin distensión; naturalmente limpio y proporcionado; sin acicalamientos ni efectismo femeninos, en quien una lengua de experto lingüista se ciñe a un pensar seguro de sí mismo con el desahogo y la morbidez de una toga".

Después de haber leído su “Historia de la Argentina”, y haber conversado con él unas horas sobre el tema de la Patria, podría agregarse que es un cabal hijo de ella, un bien nacido en ella, fiel a la sangre y a la tierra, magnánimo y confiado en su bondad materna.

Diego MEYA.

ANEXO 11: “Historia de la Argentina 1515-1938”. De Ernesto Palacio (Ediciones ALPE). En ESTO ES n° 53. 30 de noviembre de 1954.

Nota recuadrada en la Sección Los Libros por Eugenio Araoz, que lleva al pie las iniciales R.C.

Tiene en el centro una foto del autor comentado:

Hasta hace pocos años la “historia argentina” fue enseñada según los cánones de una interpretación del pasado nacional surgida de una posición beligerante. No fue, pues, el fruto de juicios imparciales ni, siquiera, independientes de las humanas razones de prestigio de quines los formularon, comprometidos –a fuer de políticos- en los mismo hechos juzgados. Dicha interpretación no fue, tampoco, estrictamente científica, por iguales motivos y porque la historia, como visión integral, es siempre hija de valoraciones subjetivas y experiencias personales. Sin embargo, se le dio un carácter dogmático como si fuera verdad de fe y una estructura silogística como si no fuera de razón. Mientras ambos órdenes de factores –valoraciones, experiencias- coincidieron, el paso así concebido mantuvo una fuerte unidad. Y varias generaciones de argentinos avanzaron sostenidos por una gran seguridad en el futuro. Más cuando la experiencia mostró que las valoraciones podían no ser definitivas y las valoraciones se hicieron más sensibles a la experiencia, el equilibrio se rompió y los castillos de arena se fueron al suelo. Quedamos, por así decirlo, con un presente tembloroso bajo los pies y un futuro impenetrable frente a los ojos: porque el pasado ya no proveía de ímpetu a nuestra vitalidad natural.

La gran angustia resultante de ese estado de ánimo se llamó “revisionismo histórico”, pasión nacional, pasión ecuménica, pasión metafísica, que nada tiene que ver con el meritorio o inmerecido hallazgo de documentos y datos historiográficos “mester de clerecía” de la Historia que cualquier estudioso puede cumplir con archivos y paciencia. Ese espíritu no escuela- inspiró muchas páginas y obras que tampoco carecían de archivos y paciencia, y que, trascendiendo la disciplina histórica, penetró en la política. Y, nuevamente, varias generaciones de argentinos reanudaron la marcha animados por una firme confianza en el pasado, un pasado que no empieza en 1943, ni en 1916, ni en 1880, ni en 1853, ni en 1835, ni en 1810…De pronto, en el mundo y

aquí, ocurren nuevos hechos a los cuales corresponden nuevas experiencias y valoraciones. ¿Habrá que revisar el revisionismo? Algunos lo intentan y hacen equilibrios literarios. ¿Habrá que adoptarlo como fórmula férrea?. Otros lo emprenden y caen en apologéticas simplistas.

En tan difícil y oscura coyuntura, Ernesto Palacio da a luz su "Historia de la Argentina. 1515-1938", obra en la que no se incurre en ninguno de estos errores, y síntesis magistral de la trayectoria de nuestro país desde su comienzos ciertos hasta donde ella es discernible con criterio crítico. Las dos fechas subtitulares son, así, de capital importancia: lo anterior a 1515 pertenece específicamente a lahistoria de España, del mundo; lo posterior a 1938 es todavía acontecimiento vivo. Ambas cifras dan cabido a cuatro siglos y cuarto de historia nacional, lapso más que suficiente para enamorar la pluma. El autor de "Catilina" se ha rendido a esa sugestión y nos ha dado una versión apasionada de la Argentina, fruta de desvelos en la meditación y la política, dos nobles modos de querer a la patria.

Posiblmente, de la conjugación en él de estos dos órdenes de actividad intelectual, de militancia patriótica, nace la variedad de tonos que utiliza y que brinda frases de sobria contextura clásica al lado de expresiones de punzante intención polémica; más freucnete y agudizadas –como es muy justo- en los últimos capítulos de la obra, cuyas solas denominaciones ya son definitorias: "Derrota nacional y gobierno de los emigrados", "La república liberal y mercantil", "La crisis del Régimen".

Esa circunstancia le comunica, a su vez, una vivacidad inusitada en el género, que convierte su lectura en un ejercicio solazante. Y por fin, un cabal manejo del idioma, obligado a servir a su objeto por una mano implacable con la retórica, hace de sus páginas un modelo de expresión directa, limpia y llena de fuerza dialéctica.

Pero no están allí, con serlo tan importantes, los mayores méritos de la "Historia" de Palacio, sino en que, a través de su contexto va surgiendo una Argentina espontánea, comprensible, coherente. Quien quiera substituir esta imagen sólida tendrá que ingeniarse pues no bastarán para ello las figuras de cera del conformismo, pálidas criaturas que por exceso de plasticidad, nunca llegan a adquirir forma cierta y tangible.

En síntesis, la "Historia de la Argentina" era un libro necesario y en es un gran libro, oportunamente escrito.

R.C.

Nota: las iniciales corresponden a Ricardo Curutchet.

ANEXO XII. Prólogo de Historia de la Argentina de Ernesto Palacio.

PROLOGO

Hace quince años, en una serie de artículos que tuvieron cierta repercusión[4], sostuve la necesidad de que se escribiera nuevamente la historia argentina, cuya versión "oficial" adolecía, en mi entender, de convencionalismo y falsedad. No sospechaba entonces que habría de ser yo mismo quien emprendiera la tarea. La vocación me señalaban otros rumbos.

Seguí estudiando, no obstante, y manteniéndome al corriente de las investigaciones y publicaciones de los últimos tiempos, singularmente prolijas algunas y esclarecedoras. Pero mi curiosidad no era profesional, sino patriótica. No leía para escribir después, sino para conocer mi tierra y a sus hombres. Si se agrega a esto una dura experiencia vital -rica en vicisitudes y el contacto permanente con las realidades de la política, muy variables en ese lapso, no es de extrañar que adquiriera con todo ello el hábito de referir el pasado al presente y viceversa, que es lo que define al historiador. Así se fue elaborando en mi mente este libro, sin que yo mismo lo advirtiese. Un día descubrí que estaba maduro y que no tenía más remedio que escribirlo.

Si afirmo que lo ví de pronto como una iluminación y como la expresión misma de la verdad, no exagero. Lo vi en su total arquitectura, antes de plantear su desarrollo, sintiéndolo intensamente como drama de mi gente y de mi raza, el drama de un destino frustrado. Pero al mismo tiempo, el nudo de angustia que acumulaba en mi garganta el dolor de las generaciones se disolvía en una exclamación jubilosa, porque la frustración que se confiesa es el comienzo de la redención.

El lector tiene en sus manos el resultado y a su juicio me atengo. ¡Ojalá logre comunicarle la misma fe en el futuro de la patria que a mí me ayuda a escribir y a vivir!

=

No es mi propósito incurrir en polémica. Este libro ha sido escrito con el único afán de contar la verdad, tal como surge de las fuentes más dignas de confianza y de acuerdo con la investigación al día. No es culpa mía si difiere de las versiones corrientes, inspiradas todas en el esquema fraguado por los vencedores de Caseros, que sólo intentaban justificarse. En su lugar hallará el lector la historia de esa "historia"...

Rindo mi homenaje de gratitud la legión laboriosa de estudiosos que, en estos años, ha enriquecido con su aporte el caudal de conocimientos generales sobre el pasado argentino, mediante el hurgoneo de archivos y publicación de los documentos más importantes. Gracias a elllos no puede alegarse impedimento de ignorancia sobre los hechos. Es verdad que ninguno ha emprendido la revisión integral de la historia -paralizados por le prestigio de los precursores- y que siguen hundidos en los archivos, acaso en busca del documento que les ilumine, por fin, el ignorado panorama. Como sé que quienes así piensan no lo hallarán nunca(porque los documentos, como los planetas, carecen de luz propia y sólo brillan a la luz que se les proyecta),

[4] Recopilado más tarde en *La Historia falsificada*, 1939.

me he adelantado a consignar mis conclusiones sobre la investigación realizada por ellos hasta hoy, que es abundante, valiosa y suficientemente reveladora.

Nuestra historia (tan corta) no adolece tanto de lagunas de información, cuanto de fallas de interpretación. No se halla viciada por el desconocimiento de lo ocurrido sino por su deliberada falsificación. Basta aplicar a los hechos que se conocen con certidumbre un criterio razonable, fundado en buenos principios políticos y una ajustada psicología, para que nos revelen sus relaciones causales y se agrupen en un orden armónico que, por satisfacer a la inteligencia, tiene que coincidir necesariamente con la expresión de la realidad. Negarlo sería negar la posibilidad misma de la Historia.

=

Debe inferirse de lo dicho que no pretendo ningún valor de originalidad, incompatible con la dignidad de esgta disciplina, sobre todo cuando se trata de la historia propia. NO me propongo sorprender con hallazgos de documentos ni hazañas de revisador de archivos. No persigo un éxito de escándalo. Mi repertorio de hechos está tomado de la biliografía corriente. MI tarea ha consistido simplemente en relatarlos de manera ordenada, sin mutilaciones ni escamoteos, de manera tal que unos a otros se expliquen y se aclaren. Creo haber logrado con ello un resultado coherente y satisfactorio, que si puede sorprender, será solamente por contraste con el galimatías habitual, originado en la sobra de respeto humano de los profesionales del género, duchos en aderezar las verdades para encuadrarlas en un esquema preestablecido del que no osan evadirs.

La única originalidad que reclamo para mí es la haber preferido la verdad a la conveniencia y a cualquier especie de cálculo. Me sentía obligado a ello por lealtad a mis compatriotas y a mi propia sangre.

Por razones de composición he preferido no cargar este libro con aparato erudito(llamadas al pie depágina, bibliografías, etc.) que habrían aumentado inútilmente su volumen. Su índole no lo reclamaba. Los profesionales saben, por lo demás, la escasa importancia real de esa labor, que suele realizarse por secretarios y amanuenses. Me limitaré a expresar que no hay una sola afirmación en este libro que no se funde en fuente autorizada y que lo escribí agotando los medios de información. Aparte de las obras clásicas de Mitre, López, Pelliza, Domínguez, Saldías, los Quesada, Bilbao, Zinny, Ramos Mejía, Sarmiento y Alberdi, y de los meritorios trabajos de investigación de Groussac, Levene, Ravignani, Levillier, Cárcano, Ibarguren, Ruiz Guiñazú, Pueyrredón, Piccirilli y Palcos- sin olvidar las monografías de la monumental y desigual Historia de la Academia-, he utilizado el valioso aporte "revisionista" -Irazusta, Font Ezcurra, del Mazo, Rosa, Caballero, Galvez- y el "marxista" en sus diversas tendencias -Sommi, Real, Yunque, Ramos-. No debo olvidar los estudios de historia económica de Scalabrini Ortiz, ni las recopilaciones documentales del Instituto de Investigaciones Históricas ni las biografías, ni las innumerables "memorias" y crónicas de actores de los sucesos, ni las colecciones de diarios y revistas, desde la "Revista del Plata" hasta la "Revista de Derecho, Historia y Letras" que dirigió Zeballos.

Ante el copioso material informativo que tuve a mi disposición y del que he mencionado una mínima parte, la tarea más engorrosa consistía en resumir, limitándome a la expresión de lo esencial para no excederme del plan que me había trazado. Toda historia es una síntesis, y la labor de quien la emprende se asemeja a la del minero empeñado en extraer de un material turbio el precioso filón, siguiendo la dirección de la veta. Cuando no existen para ello instrumentos de precisión, fuerza es que algún oro se pierda y que el que se obtiene venga mezclado<; y nada menos preciso que nuestra facultad crítica. No he escapado, por cierto a esa dificultad. En el afán de no perder la ilación de los acontecimientos políticos, he debido limitarme a enunciar los de orden militar(los más importantes -como la gesta del Libertador-ocurridos fuera de nuestras fronteras) y reducir a meras alusiones los de orden cultural y económico, salvo cuando incidían directamente en lo político. He omitido también todas las digresiones que fue posible evitar. Creo con todo, que el resultado se ajusta, al menos parcialmente, a mi propósito. Halle gracia ante el lector, con lo que aquí encuentre, por lo que falte.

La otra dificultad - y ésta de orden personal- consistió para mí en el estilo. Mi instrumento de ensayista se adecuaba difícilmente al relato. La resolví con una decisión de absoluta simplicidad y rechazo de toda "literatura". Si a menudo no alcanzo el ideal de nitidez y animnación que me propuse y caigo en lo pedestre, téngase en cuenta que el mismo Homero dormita a veces, por lo cual ya es mucho que alguna vez se me halle despierto.

=

Esta es la historia de un pequeño pa´pis, no obstante su extensión territorial, situado en los suburbios de la civilización, en el hemisferio meridional, cercado de océanos. Para las potencias que dominan el mundo, una isla remota, sujeta a sus combinaciones imperiales. Todas nuestras desdichas han provenido de esa debilidad.

Pero este pequeño país es para nosotros el centro del mundo. Y el resto, nuestro horizonte.

No es dable encarar nuestro pasado -ni nuestro futuro- sin esa doble conciencia de nuestra pequeñez relativa y nuestra grandeza potencial.

Este libro ha sido escrito con la preocupación obsesiva por nuestro destino. ¿Para qué, si no serviría la historia? Cuando no se buscan en ella los signos de una vocación, queda reducida a simple pasatiempo erudito, o a pretexto de canongías burocráticas. La función del conocimiento histórico consiste en iluminar los caminos del porvenir. No me atrevo a afirmar que lo he logrado en este libro. Diré solamente que, así como la idílica versión de la historia que nos legó la genración "constituyente" y que nos hablaba de un destino cumplido y glorioso, nos dejaba desazonados e insatisfechos(puesto que nos obligaba al conformismo con una situación de factoría "próspera"), la enumeración leal de nuestras desgracias nacionales nos lleva a una conclusión optimista, puesto que nos marca una tarea y una misión. La mentira mata, la verdad vivifica. Sufrir derrotas no es deshonra, mientras quede la esperanza del desquite. Todos los grandes imperios han tenido contrastes en su historia. Lo que no admite redención es el error

intelectual: el considerar las derrotas como victorias y glorificar a sus autores, que es lo que ha ocurrido en la Argentina.

De mí sé decir que el estudio de nuestros orígenes y nuestra formación ha corroborado mi confianza en el futuro nacional. Dios quiera que pueda comunicársela al compatriota que me lea.

=

Aunque he tratado de mantener en este libro la más estricta objetividad, no negaré que muchas veces he sentido bullir mi sangre ante la injusticia, el error o la traición, lo cual puede haber teñido accidentalmente de pasión mi lenguaje. Es natural, puesto que las consecuencias recaían sobre los míos, sobre mí. No creo que la pasión haya empero logrado perturbar mi juicio.

Tampoco negaré que me animara a veces cierto espíritu de desquite. Pertenezco, en efecto, a una raza calumniada. Cuando hace más de cuatrocientos años, vivía en el territorio que es hoy nuestra patria apenas un puñado de blancos españoles -menos de un centenar-, ya había entre ellos gente de mi sangre. Fundaron ciudades, gobernaron provincias y villas, poseyeron encomiendas y fundos, guerrearon con indios, en cuyas manos varios perecieron. Sus descendientes lucharon por la independencia y la libertad, asistieron a congresos y asambleas, participaron activamente en las vicisitudes nacionales. Soy por consiguiente un viejo argentino; es decir, una víctima de la oligarquía que proclamó la superioridad del extranjero sobre el criollo y del hijo del inmigrante sobre los descendientes de los conquistadores. No es de extrañar mi escasa simpatía por Sarmiento y Alberdi, con quienes tengo esa cuenta pendiente de carácter personal. Debido a su prédica, quienes nos hallamos en aquella situación debemos reclamar, ya no privilegios por lo menos un estatuto de igualdad, así sea para la tarea inofensiva de escribir la historia.

=

Esta es la historia completa de la Argentina, hasta donde es dable honradamente escribirla hoy.

La elección del año 1938 como fecha final se justifica por razones de perspectiva, e incluso diré filosóficas. Se trata del último año anterior a la guerra europea, que acaso los historiadores del futuro considerarán como el comienzo de una nueva era en la historia del mundo: la era atómica. Desde el estallido de esa guerra, todas las circunstancias cambian, incluso entre nosotros, por la interferencia pronunciada, en nuestros asuntos internos, de los problemas internacionales. La revolución militar de 1943 significó aquí la liquidación del régimen liberal-burgués, impuesto por la generación organizadora. Describir la profunda transformación que ha producido en el país sería crónica contemporánea, no historia; y no podría emprenderla el autor sin desembarazarse de su condición de militante activo en los sucesos, para convertirse en espectador imparcial.

De todos modos, la continuación de la historia hasta 1938 empalma con los recuerdos personales de los compatriotas más jóvenes y hace de ella la introducción -acaso proporcione la explicación- de la compleja y rica realidad presente.

¿Qué más? Sólo me queda agradecer a quienes me ayudaron a realizar este trabajo hasta darle fin.

En primer lugar a mi esposa, que me proporcionó la atmósfera necesaria de paz y silencio, de atención vigilante.

A mis hijas Susana y Gloria, secretarias eventuales. A mis hijos Ernesto, María Inés y Juan Manuel, por su expectativa entusiasta.

A mi tío Domingo Palacio, que se prestó a leer y corregir mis originales, en su doble carácter de profesor de historia y castellano.

A mi admirado amigo Julio Irazusta, que también accedió a leerlos y comunicarme su opinión, sus observaciones y su consejo.

A mis amigos que me proporcionaron datos, me prestaron libros o en cualquier otra forma contribuyeron a la edición: R.P.Leonardo Castellani, Carlos Colautti, Alejandro Cárdenas, Carlos Brian, Ricardo Curutchet Oromí, Carlos M.Dardén, Gabriel del Mazo, Juan Pablo Oliver, Carlos Pacheco, Adolfo Silenzi de Stagni, Luis María Róo, Carlos Rodríguez Baigorria, Raúl Scalabrini Ortiz.

A mis editores, Sergio y Alfredo Alonso y Arturo Peña Lillo, que acogieron con entusiasmo la idea de editar un libro de éxito inseguro -verdadera aventura- y lo que es más raro entre editores argentinos, me pagaron por anticipado una parte de los dudosos derechos de autor que habrán de corresponderme.

A todos los demás, que me acompañaron con su estímulo y con su esperanza.

Buenos Aires, Mayo de 1954.

ANEXO XIII. Testimonio del editor Arturo Peña Lillo sobre la salida de la Historia de la Argentina de Ernesto Palacio.

"En determinado momento, comentando mi actividad como editor, Santillán recordó que alguien estaba escribiendo un libro que supondría todo un acontecimiento cuando se publicara; se trataba de una historia argentina, que dado los méritos de su autor como su militancia en el nacionalismo, concitaría el interés de un gran sector, tanto de simpatizantes como de estudiosos. Se trataba de Ernesto Palacio y su Historia de la Argentina. Debí reconocer mi absoluta ignorancia en ese momento sobre Ernesto Palacio y cuánto significaba en las letras políticas e historiográficas del país. La recomendación de Diego Abad de Santillán sobre la potencial importancia de la Historia que se había dado en escribir Palacio fue suficiente motivo para que me dispusiera a dar con él....No fue difícil hallar a Palacio. En su departamento de la calle Arenales, envuelto en un poncho y con un enorme recipiente que hacía de cenicero -fue uno de los grandes fumadores que conocí- tirando colilla tras colilla, escribía su historia mientras una doméstica jovencita, a la que llamaba "Mamaracho", le cebaba mate. Este menester le había hecho descuidar otros que le proveyeran para sus urgencias cotidianas. Por este motivo y para acelerar la finalización del original, convinimos un anticipo a cuenta de las hipotéticos derechos a percibir en cuanto apareciera el libro. Y se firmó un contrato.

Por aquella época Del Giúdice y yo nos habíamos desvinculado societariamente, debiendo, por lo tanto, buscar apoyo financiero para encarar una obra tan importante como "Historia de la Argentina" que sobrepasaba las 700 páginas en su original edición de 15 centímetros por 23, formato mayor que pemitió hacerla en un solo volumen. Para su financiación llegué a un acuerdo con unos amigos que tenían un pequeño taller de imprenta. Hicimos una sociedad que denominamos Editorial ALPE, sigla que respondían a los apellidos Alonso y Peña. Sergio y Alfredo Alonso eran los amigos gráficos dipuestos a correr los riesgos de esta nueva aventura editorial.

La inminente aparición de la Historia pronto fue comentada en el reducido ambiente del libro, llegando a los oídos de Adolfo Silenzi de Stagni quien, justamente con otras personas, habían adquirido la tradicional librería Renacimiento...Silenzi, enterado de nuestro arreglo, me llamó para plantearme una curiosa situación. El mismo había convenido con Ernesto Palacio la edición de la Historia, oblando también un anticipo. Quienes conocían a Palacio sabían de sus estrecheces, explicable en quien, habiendo cesado en su diputación nacional por el peronismo y dedicado a la política y a las letras, no tenía a la vista posibilidades de ingreso alguno.

Ante la confesión de Silenzi de Stagni le propuse una solución: en cuanto apareciera la obra, le entregaría la cantidad de ejemplares que hacían a la cifra por él anticipada. La propuesta era salomónica; Silenzi contaba con la librería para realizar la venta de la Historia y yo allanaba el camino para su publicación, sin trabas legals. Silenzi de Stagni aceptó este pacto verbal como un caballero, cosa que se cumplió inmediatamente aparecido el libro, en el mes de julio de 1954.

En tanto, la edición de la "Historia" iba tejiendo otra historia, la oculta por su condición de doméstica; pero no menos grave por las incógnitas, ansiedades y expectativas creadas entre los

Alonso y yo. La inversión había sido muy importante para las escasas garantías de éxito que se manejaban. Ernesto Palacio era reconocido por su brillo intelectual y agudo sentido político en un restringido sector del nacionalismo católico, que si bien no tenía relevancia pública, eran los generadores ideológicos de la derecha, sordamente manifestada en la influencia ejercida sobre el gobierno que impuso la enseñanza religiosa en las escuelas, una severa censura en los modos y la moral de los medios de comunicaciones y un estricto poder policial, montado sobre el judicial. Yo debí infundir ánimo a mis socio; ánimo que por momentos me faltó a mi mismo, pues toda publicación, haciendo abstracción de sus méritos, se expone a una suerte de imponderables que hacen a su feliz o desgraciada acogida. Sólo tenía una carta de triunfo sobre la que cifré gran esperanza. La revista Esto Es, que dirigía Tulio Jacovella, había abierto una encuesta sobre historia argentina en la que opinaban , número a número, historiadores liberales de distintas tendencias y revisionistas, esperando cerrarla con la aparición de la "Historia de la Argentina", según una formal promesa de su director.

El esperado acontecimiento por fin llegó. Terminada la edición y ya con un ejemplar en la mano, recorrí ese día todas las librerías, y muy especialmente las dedicadas al tema, que no son muchas. Algunos libreros, cautelosamente, la rechazaron; otros solicitaron de a un ejemplar para ver qué pasaba, pues era una obra especializada y de bastante precio dado su gran volumen. Una sola librería pidió dos ejemplares: Fernández Blanco. Y al cabo del día se habían vendido 60 ejemplares. En el taller quedaban, entonces, 4940 ejemplares. Ahora sólo debía esperar la reacción del público, cuando los libros ya estuvieran a la venta. Por el momento la repercusión en las librerías había sido negativa. No olvidemos que el librero es un fiel intérprete del lector, siendo el que anticipa, la mayoría de las veces, el éxito o fracaso de un título.

Al anochecer del día siguiente, ya entregados los pedidos, el teléfono fue el mensajero de una aceptación que -salvando períodos como fueron los años de Frondizi y luego Illia, en que el libro de Palacio se olvidó- fue sostenida hasta llegar a su culminación en los días previos al retorno de Perón".